

EL COLEGIO DE MEXICO
CENTRO DE ESTUDIOS INTERNACIONALES

LA POLITICA EXTERIOR DEL GENERAL DE CALLES
1938-1969

Tesis para optar por el grado de
Licenciado en Relaciones Internacionales
MARIA SOLEDAD LOAEZA TOVAR

México, D.F.

1972



6004

A Jorge,
e mis padres.

Agradezco a todos aquéllos que de alguna manera contribuyeron a la elaboración de este trabajo. A Natalia y Marc Lebreton, Al Prof. Rafael Segovia por su dirección y apoyo, y al Prof. Luis Medina y al Sr. Lorenzo Meyer por sus valiosos comentarios.

D. La Política Militar...	p. 137
La nueva estrategia continental...	p. 138
IV. FRANCIA FRENTE A LAS SUPERPOTENCIAS.	p. 143
A. Estados Unidos: La Alianza Transformada...	p. 146
La reestructuración de la Organización del Tratado del Atlántico Norte...	p. 148
Charles de Gaulle contra el dólar...	p. 167
Diferencias en cuanto a una estrategia global...	p. 178
B. El Acercamiento con Europa Oriental...	p. 186
"Europa del Atlántico a los Urales"...	p. 204
CONCLUSIONES...	p. 208
NOTAS...	p. 209
BIBLIOGRAFIA...	

INTRODUCCION

La noción de "grandeza" o "pequeñez" de los Estados es un concepto relativo que se sitúa en un marco de estratificación internacional determinado sobre una base de poder.

El poder es también una noción relativa que puede medirse de acuerdo con criterios objetivos tales como el medio geográfico, los recursos materiales y humanos. "... el poder de una colectividad depende del escenario en el que se desarrolla su acción y de su capacidad para utilizar los recursos materiales y humanos de que dispone" ^{1/}.

En la vida internacional el poder podría definirse como la capacidad de un Estado para imponer su voluntad sobre otros, o para defenderse de esa imposición frente a otro Estado. Esta capacidad deriva de la fuerza comparativa de cada una de las entidades políticas que intervienen en el desarrollo de las relaciones internacionales. Por lo tanto, dado que la política a este nivel implica una buena dosis de conflicto, en virtud de que se trata de la interacción de entidades autónomas, el sistema internacional podría definirse como, "... el conjunto de entidades políticas que mantienen relaciones regulares y que pueden verse implicadas en una guerra generalizada" ^{2/}.

II

Se trata, pues de un conjunto de elementos interrelacionados que interactúan en una relación dinámica con el medio que los rodea. Este comportamiento dinámico del sistema permite una evolución derivada de la acción de las entidades internacionales, dentro de determinados límites de estabilidad. El sistema mantiene un equilibrio dinámico en el que se registran constantes reajustes que responden a las demandas de estabilidad del mismo. Ello permite que fluctúe dentro de un marco que encuadra las perturbaciones generadas por su propia dinámica. El equilibrio podrá mantenerse en la medida en que el sistema pueda absorber la perturbación, si lo logra registrará un "cambio de equilibrio"; si por el contrario, la perturbación es muy intensa e insuperable, el cambio generado será irreversible y su resultado será un "cambio de sistema".

2

La IIa Guerra Mundial constituyó una profunda modificación en la configuración de fuerzas que predominó hasta 1941. De un sistema multipolar en el que la actividad diplomática se desarrollaba entre unidades políticas de fuerza comparable, se pasó a un sistema bipolar en el que dos grandes superpotencias, con mucha ventaja - en términos de fuerza económica y política - es decir de recursos - a los demás, se convirtieron en protagonistas del sistema internacional. Así, la IIa Guerra Mundial constituyó un punto de inflexión que hasta 1939 se vio directamente afectado por las decisiones a este nivel, así como por las acciones de las superpotencias mundiales al transferir los principales elementos del sistema a las nuevas Superpotencias: Estados Unidos y la Unión Soviética. En este caso el equilibrio internacional sólo se pudo mantener en términos de dos coaliciones en las que se alinearon las superpotencias.

de los países 3/.

El resultado de la guerra fue una nueva distribución del poder en la que

...el equilibrio del poder europeo se ha convertido en una mera función del equilibrio mundial del que Estados Unidos y la Unión Soviética, colocados en los platillos opuestos, son los pesos principales 4/.

Esta bipolaridad del sistema se caracteriza por la presencia de dos países - polos de poder - alrededor de los cuales se agrupan los demás en una relación jerarquizada de subordinación y dependencia, con la consecuente disminución de su margen de maniobra.

Los objetivos elementales que se plantea todo Estado son la supervivencia y la seguridad, ambos pueden englobarse en la noción del interés nacional, siendo éste un término que abarca todo elemento que se defina como indispensable para la existencia de una entidad política. Su amplitud y flexibilidad posibilita la inclusión de todo tipo de objetivos que puedan cumplirse en una capacidad autónoma de decisión. Ahora bien, en el caso del sistema bipolar la seguridad y supervivencia de los actores secundarios - es decir, aquéllos que se encuentran en los niveles inferiores de la jerarquía internacional - compromete necesariamente su independencia a las decisiones de los países dominantes - los polos de poder que se sitúan en el nivel jerárquico más elevado.

En los primeros años de la postguerra Europa se convirtió en uno de los principales núcleos de tensión de las relaciones soviético americanas. El continente se hallaba dividido entre uno y otro polo y la rigidez de las relaciones entre ambos no permitió ningún desarrollo autónomo.

En un primer momento, el temor al "avance soviético" en el occidente de Europa, y las ofertas de ayuda norteamericana fueron condicionando que los intereses de cada uno de estos países se indentificaran con los del bloque, que a su vez coincidían con los de Estados Unidos. Aquí - como en el mundo socialista - era el actor principal quien determinaba los intereses del conjunto occidental.

El equilibrio internacional pasó a ser competencia exclusiva de Estados Unidos y la Unión Soviética, sin que en ello interviniera ninguna otra fuerza. Este nuevo esquema internacional determinó la posición de los demás actores internacionales en términos de las relaciones entre las Superpotencias. El problema de la definición del papel que desempeñar los primeros en la política internacional puede ser enfocado desde diversos puntos de vista: en términos de interés, de seguridad y de independencia.

Por ahora nos interesa examinar el papel de las antiguas grandes potencias, los países europeos - más específicamente Francia -, que se vieron desplazados por el surgimiento de las Superpotencias, para constituirse en una fuerza intermedia en-

tre ellas y los países más pequeños.

Si la definimos en términos de interés una potencia sería un Estado cuyos intereses fueran limitados en relación con los intereses globales y más universales de la Superpotencia. También puede definirse como un Estado que no pueda defenderse de una Superpotencia sin la ayuda de la otra; o a partir de la efectividad de sus iniciativas políticas autónomas.

Estos instrumentos determinan la situación de una entidad internacional en la jerarquía mundial de poder. Una potencia menor - ya sea media o pequeña - se define como un participante no autónomo de la política internacional, que por sí solo no constituye un elemento decisivo para la estrategia de la Superpotencia. Su posición dentro de la escala de potencias menores quedarían definida por su capacidad política frente a la potencia dominante, que a su vez está determinada por las relaciones entre las Superpotencias, y por el peso del poder de que dispone en la coalición a la que pertenece. Esto último podemos inferirlo a partir del éxito o fracaso de sus iniciativas de política internacional.

3

De 1945 a 1958 Francia actuó como un Estado no autónomo cuya seguridad estaba garantizada por la pertenencia al bloque occidental, al mismo tiempo que su independencia se hallaba en gran parte comprometida por esta alineación. Ello no tanto por un acto de voluntad sino por la rigidez de la bipolaridad, misma que no permitía un desarrollo independiente.

Frente a esto, la investibilidad política de la IVa República y los problemas que planteaba la descolonización, restaron fuerza considerable al país al tiempo que reducían aún más su capacidad de maniobra autónoma en el escenario internacional.

No obstante, a la llegada del general de Gaulle al poder la política exterior francesa pareció cambiar de signo al afirmar su deseo de expresar una voluntad independiente en la política mundial y de plantear una tercera posibilidad. Dos factores determinaron su evolución; en primer lugar la dinámica misma del sistema internacional. En 1956 la "coexistencia pacífica" apareció como una manifestación del relajamiento - déntente - de las relaciones entre los bloques. A partir de ese momento, el paulatino acercamiento de las Superpotencias - interrumpido por la crisis de Berlín de 1958 y la crisis cubana de 1962 - permitió el desarrollo de una actividad internacional más diferenciada que favoreció los postulados independientes de la política francesa.

El segundo factor importante sería la presencia y el papel del líder. En efecto Charles de Gaulle se propuso llevar a la práctica un esquema de política exterior que devolviera a Francia su independencia y su status de gran potencia. (Según él, su país debía convertirse en la tercera fuerza que pusiera fin a la bipolaridad y garantizara la estabilidad internacional. Su política puede resumirse en una acción "antibloque" que tenía por objeto hacer de Francia una potencia mundial y un factor decisivo de la política internacional. Para lograr su propósito

intentó diversas alternativas, pero ¿cuáles eran los elementos que le permitirían a Francia desempeñar el papel de una gran potencia? De Gaulle responde primero con el prestigio, luego con un armamento nuclear independiente. También se planteó la posibilidad de ejercer un liderazgo europeo, en el que la totalidad de los recursos continentales apoyaran su acción independiente, con respecto a Estados Unidos y La Unión Soviética. Después buscó el acercamiento con los países del Tercer Mundo.

A lo largo de su ejercicio político las estrategias fueron muy variadas pero el objetivo único e inmutable: devolver a Francia la grandeza y el status de gran potencia.

Para examinar la política exterior degaullista - 1958-1969- trataremos de analizar los instrumentos de que se valió De Gaulle para llevar a cabo - o al menos intentarlo- una acción independiente. Primero presentaremos los factores de orden interno que le permitieron realizar una política personalista; para después presentar, de manera un tanto general, sus principales ideas acerca de las relaciones internacionales donde su acción parece estar dirigida por un realismo fundamental con una base ideológica esencialmente nacionalista.

Luego examinaremos su política exterior a la luz de los instrumentos que utilizó en la prosecución de sus fines: la política hacia Europa, el reajuste de las relaciones francoamericanas y sus puntos de conflicto, y por último el acercamiento con la Unión Soviética.

VIII

Nuestro propósito consiste en hacer una evaluación de la política exterior francesa en tanto que manifestación de independencia dentro de un sistema bipolar. Determinar sus limitaciones, así como su éxito o su fracaso.

Asimismo, intentaremos evaluar las capacidades reales de Francia en contraposición con sus objetivos. Por último, trataremos de encontrar cuál fue el verdadero significado de la política de Gaulle y su influencia sobre el desarrollo de las relaciones internacionales; si fue de hecho un elemento de cambio o si en realidad su acción tuvo como único resultado ser una contribución a la consolidación del sistema internacional; para concluir con una generalización en cuanto a la capacidad de maniobra de una potencia menor en un esquema de bipolaridad. Definiendo por fin el status de Francia en la jerarquía mundial.

A lo largo del trabajo partimos de las Memorias del general de Gaulle - tanto las de guerra como las posteriores-, así como de sus discursos y conferencias de prensa y de las Memorias del Ministro de Relaciones Francia durante todo este período, Maurice Couve de Murville, como principales referencias. Como la bibliografía en torno al tema y a sus implicaciones es excepcionalmente extensa, tratamos en lo posible de utilizar algunas de las fuentes más útiles en el campo de la política exterior francesa. Dada la complejidad del problema, quisimos centrarnos en lo que nos pareció fundamental: los actos de la política exterior francesa más relevante y las condiciones de evolución del sistema internacional. En este aspecto parece válida una relativa

va abstracción de la situación interna del país, y en general, del aspecto económico de sus relaciones exteriores para hacer el análisis desde el punto de vista de la política del poder.

CAPITULO I

DEL REGIMEN PARLAMENTARIO AL PRESIDENCIALISMO. 1946-1958

La IVa República

Al término de la IIa Guerra Mundial Francia se enfrentaba a la necesidad de establecer un régimen político distinto del anterior. La derrota de 1940 parecía condenar definitivamente a la IIIa República, y había generado un sentimiento de fracaso que atribuía a su organización constitucional los gérmenes de su propia destrucción. Los creadores de la IVa República trataron de resolver a través de cambios constitucionales un problema cuyas raíces se hallaban en la tradicional división de las tendencias políticas, más que en la constitución que rigió el período entre 1875 y 1940. Se pensó entonces en el establecimiento de un sistema parlamentario, similar al inglés, en el que una mayoría coherente apoyara a un gobierno que, a su vez, derivaría su efectividad de ese apoyo. La experiencia anterior parecía exigir un cambio fundamental que expresara la supremacía del poder ejecutivo sobre el legislativo.

Sin embargo, la estructura multipartidista del sistema político determinó el fracaso del esfuerzo de los constituyentes franceses de 1946 por reorientar el régimen. El resultado fue una gran inestabilidad gubernamental y la debilidad del ejecutivo, que se hallaba literalmente a merced de la Asamblea y de las disensiones entre los partidos y aun en el interior de los mismos.

El 20 de enero de 1946 el Gral. de Gaulle abandonó la jefatura del Gobierno Provisional, después de seis años de liderazgo, en virtud de que todo -la constitución que empezaba a delinearse, el clima que imperaba en la Asamblea constituyente y el estado de la opinión pública- parecía indicar que el país se inclinaba hacia un régimen parlamentario caracterizado por un claro predominio de los partidos políticos: "Rechazando la dictadura, rechazando también un papel aparente en un régimen orgánicamente impotente, deja en manos de los partidos las responsabilidades que éstos reivindican" ¹/.

Así, a pesar del deseo de que la Constitución adoptara el modelo inglés, de hecho los conflictos que representa el multipartidismo y su reflejo en el funcionamiento del Parlamento y del gobierno, desembocaron en una vuelta a la inestabilidad de la IIIa República. Esto hace que algunos se pregunten si el período de 1946 a 1958 no fue sino una prolongación del régimen anterior.

El régimen político y constitucional

El 27 de octubre de 1946 se votó la Constitución de la IVa República, cinco meses después de que un primer proyecto había sido rechazado por la voluntad popular. El documento fue producto de un compromiso entre la presión de la izquierda por establecer una cámara única y potestosa y la resistencia de la derecha

que buscaba introducir controles más directos sobre la actuación del Parlamento. La solución consistió en un punto intermedio entre un sistema presidencial basado en la separación de poderes y un gobierno de Asamblea "basado en la confusión de poderes" ^{2/}. El edificio constitucional descansaba sobre tres elementos que se consideraban duraderos: la alianza de tres grandes partidos, organizados y disciplinados; la idea de que el legislativo y el ejecutivo no entrarían en conflicto, puesto que estaban formados por los mismos elementos; y de ahí el compromiso de los partidos a apoyar al gobierno a través de sus respectivos miembros que formaban parte de él. Pero el tripartismo gubernamental que tenía como base la mayoría parlamentaria, constituida por el Movimiento Republicano Popular, (MRP) el Partido Socialista (Section Française de l'Internationale Ouvrière -SFIO-), y el Partido Comunista Francés (PCF), desapareció el primer semestre de 1947. En el mes de mayo la salida del PCF del gobierno y su aislamiento en una obstinada oposición dió paso a una cascada inestabilidad ministerial, debida a la debilidad del ejecutivo y al establecimiento de un régimen de asamblea que difícilmente podía formar una mayoría parlamentaria que apoyara la acción del gobierno. Esta inestabilidad era inevitable en un sistema en el que la efectividad del ejecutivo dependía de arreglos temporales, siempre revocables, entre múltiples partidos ninguno de ellos sometido a la disciplina del voto.

El ejecutivo dual -formado por el Presidente de la República y el Consejo de Ministros- perdía toda fuerza

ante la necesidad de formar gobiernos de coalición que obtuvieran la aprobación de la Asamblea. El Presidente de la República actuaba sólo como moderador sin ninguna atribución política real. El nuevo estatuto limitaba fundamentalmente su acción al no otorgarle derechos tales como la disolución de la Asamblea, el control de las fuerzas armadas y la iniciativa legislativa; y si bien nombraba al presidente del Consejo de Ministros lo hacía después de que la Asamblea lo hubiera elegido.

El presidente del Consejo de Ministros tenía que conjugar muy diversas tendencias porque los parlamentarios que pasaban a formar parte del gobierno mantenían su diputación y, por consiguiente, una relación de dependencia con respecto a sus partidos. Dadas estas condiciones la debilidad del gobierno era aún mayor puesto que tenía que elaborar una política a partir de intereses divergentes y casi todas sus energías tenían que orientarse hacia el mantenimiento de su posición. Esta preocupación desplazaba los problemas políticos más importantes. Igualmente, la inseguridad que rodeaba a los gobernantes impedía la elaboración de programas políticos a largo plazo. De tal manera que, dado que los gobiernos de coalición exigen una mayor actividad parlamentaria por parte de los ministros, los miembros permanentes de la administración gozaban de una mayor libertad de acción, lo cual condujo a un gobierno de la burocracia ^{3/}.

El predominio de la Asamblea significó no sólo la preponderancia de los partidos políticos, sino también una gran intervención de grupos e intereses particulares en el proceso político. La inestabilidad ministerial que caracterizaba al sistema contrastaba, sin embargo, con una notable permanencia del personal político y, por lo tanto, una estabilidad profunda. Los cambios ministeriales no implicaban sino variaciones menores en la orientación política general de todos los gobiernos. "De manera similar, las amplias divisiones del electorado tendieron a permanecer constantes a través de las tres legislaturas de la IVa República" ^{4/}. Esta misma idea la expresó Raymond Aron de manera muy clara al escribir: "Se puede decir con justicia que la política francesa por su inestabilidad superficial, traduce y favorece una estabilidad exagerada de las estructuras socioeconómicas, o más aún, que la política francesa oculta bajo la inestabilidad de las combinaciones ministeriales, un inmovilismo fundamental" ^{5/}.

Pero tal vez uno de los problemas más graves que generó el régimen de 1946 fue la pérdida de prestigio de las instituciones y la desconfianza de la opinión pública. La "casa sin ventanas" en que se convirtió el Parlamento se hallaba sumida en innumerables disensiones y luchas políticas internas que erosionaron la autoridad del gobierno y desembocaron en una "...alienación del público de los partidos y del sistema político que al fin terminó en la alienación de los parti-

dos del público"^{6/} y, por lo mismo, de la administración del país en general.

El régimen empezó a perder el contacto con una realidad que exigía soluciones prontas y decididas; la lentitud del proceso de toma de decisiones y la impopularidad del Parlamento fueron preparando el terreno para la aceptación de un nuevo régimen, ahora sí diferente del parlamentario, puesto que en la IIIa y la IVa República "la democracia consistía en un régimen en el que el pueblo delegaba su soberanía cada cuatro o cinco años en 600 delegados que disponían de ella como mejor les parecía " 7/.

La política exterior

La crisis de Francia en el plano internacional es inseparable de la crisis europea que data de 1914 y que se refiere al total resquebrajamiento del orden mundial que hasta entonces había imperado durante casi cien años. Esta nueva situación se explica por una contradicción fundamental que empezó a manifestarse entre el papel de Francia en Europa y de Europa en el mundo, y el peso relativo de sus recursos y posibilidades reales en el marco internacional que empezaba a delinearse desde el fin de la Iª Guerra Mundial.

Después de la derrota de 1940 el Gral. de Gaulle se planteó como objetivo necesario y primordial la reconquista del "rango" internacional de Francia que esencialmente consistía en un tratamiento de gran potencia. Al terminar la guerra, cuando Francia se hallaba en un estado de pobreza sin precedentes, el jefe del Gobierno Provisional declaró que "Francia jugaría un papel a la medida no de sus medios sino de la idea que él mismo tenía de la patria" ^{S/} O sea la de una gran potencia que tenía aseguradas la independencia y la libertad de acción en el campo de las relaciones internacionales.

Cuando de Gaulle abandonó el poder, si bien los parlamentarios no olvidaron la idea de la grandeza de Francia, tampoco se percataron del cambio fundamental que el 20 de enero de 1946 representaba en cuanto a la elección de la prioridades nacionales. A partir de ese momento la orientación de la política exterior estuvo determinada por lo que Alfred Grosser llama la "obsesión alemana" y por la pérdida de importancia relativa de la posición internacional en la escala de las decisiones políticas, frente a la transformación interna del país, que era fundamental para los partidos en contraposición al ideal de gaulista. Pero aunque esta distinción sugiera una ruptura en la política exterior francesa con respecto al período de la guerra, su continuidad está asegurada en cuanto a los problemas que afronta el país desde 1940 asu-

ta la instauración del nuevo régimen y su desarrollo posterior.

La estructura del sistema político convirtió las relaciones exteriores en un elemento más de la política general, lo cual implicaba su dependencia con respecto a las contradicciones internas de la Asamblea. Este rasgo produjo con mucha frecuencia la búsqueda de la mejor táctica interna y externa que evitara la caída de los gobiernos, y la consecuente ineffectividad en el plano internacional. No obstante, el hecho de que el ministerio de relaciones exteriores contara en este período con la presencia de dos personalidades predominantes, -George Bidault y Robert Schuman- permitió una acción más o menos integrada de Francia en el escenario mundial. Y si bien no puede hablarse de una teoría de política exterior francesa en estos años, sí podemos encontrar en ella la persistencia de tres elementos básicos: el control de Alemania, la unificación europea y, de manera un poco tímida y difusa, la independencia con respecto a las grandes potencias.

El texto de 1946 precisa que "El Presidente de la República se mantiene informado de las negociaciones internacionales. Firma y ratifica los tratados" ^{9/}. De lo cual se desprende que a él no corresponde la negociación, sino que el Ministro de Relaciones Exteriores es, en teoría al menos, el

único responsable de la política internacional del país. Sin embargo, ello no implica una total libertad de acción, por el contrario, el 17 de noviembre de 1953 Alfred Coats-Floret afirmó ante la Asamblea "Nuestra democracia es de tipo parlamentario y no presidencial. No es en el Eliseo sino aquí, en la Asamblea Nacional, donde debe formularse la política exterior francesa..." ^{10/}. Y aunque esta parecía ser la posición de la mayoría, rara vez los diputados poseían una información adecuada sobre los problemas internacionales, puesto que su principal preocupación era la reelección y los problemas relativos a su circunscripción.

El papel de Parlamento en materia de política exterior pudo haber consistido en dar al gobierno indicaciones a partir de las cuales éste formulara un programa para llevar a cabo una acción que luego sometería a la aprobación parlamentaria. Sin embargo, en la práctica la IVa República nunca supo impulsar la política internacional del país. Si decidía asumir un papel activo actuaba más como un freno que como un promotor, y si no contribuía a la formación de esa política era porque la imprecisión era la regla general que exigía la elaboración de compromisos necesarios para la formación y supervivencia de los sucesivos gabinetes. Así era como el ejecutivo sufría las rivalidades que se manifestaban entre los partidos en el seno de la Asamblea.

Después de 1945 Francia tenía que adaptarse a la nueva realidad mundial en el plano diplomático y "aceptar al enemigo como el amigo y al amigo de ayer como el enemigo de mañana" 11/, tenía que resignarse a ya no ser una gran potencia; ya no tenía los medios materiales para serlo, puesto que recibía de fuera las armas para sus soldados y los recursos para el desarrollo de su economía.

El problema fundamental lo constituía Alemania y el deseo de preservar la unidad de los aliados en función de la preocupación creada por el destino de esta última. Ambos son elementos de una continuidad real que, por otra parte, expresaban de manera un poco confusa el temor de la mayoría de los franceses. Esta actitud llevó a una política hacia Alemania de reivindicaciones, reparaciones económicas y desmembramiento del Reich. Sin embargo, bien pronto las dos superpotencias empezaron a manifestar su desacuerdo y esto llevó a considerar a Alemania con otros ojos. Desde 1946 se anunciaba ya un cambio en la política norteamericana a este respecto, que ponía fin a la fase punitiva de la ocupación. Pero todavía en este momento Francia se esperaba en mantener una política alemana intransigente.-

El Plan Marshall, las huelgas de 1947, el golpe de Praga de febrero de 1948, la formación del Kominform y la crisis de Berlín de junio de ese mismo año transformaron la naturaleza del problema alemán. Empezó a pensarse que la pro-

peridad europea exigía la contribución económica de Alemania, y los 16 países que se adhirieron al Plan de Recuperación del continente afirmaron que la economía europea tenía que integrar a la economía alemana. El que Francia estuviera entre los adherentes no significó un cambio de política, sino la adopción de una nueva política que vino a sumarse a la anterior, cuando ambas eran incompatibles. Este hecho reflejaba la incapacidad del régimen para interrumpir una política inaplicable ante las nuevas condiciones existentes, de tal manera que no podía practicar ni la una ni la otra, sino que más bien sufrió el peso de las circunstancias que la obligaron a actuar en consecuencia.

Esta situación llevó a un continuo combate en retirada de la política de Francia hacia Alemania, hecho que frenaba la política occidental e impedía la formulación positiva de una política internacional. El paulatino deterioro de las relaciones entre Este y Oeste, la clara y reconocida división del mundo en dos bloques y la adhesión de Europa occidental a uno de ellos llevó a un cambio necesario y fundamental de la actitud francesa.

La firma del Tratado del Atlántico Norte el 4 de abril de 1949 fue un paso decisivo hacia la integración europea, porque constituyó el reconocimiento de la necesidad de una acción conjunta para poder afrontar los problemas que planteaba la nueva distribución del poder y la Guerra Fría. El Pacto Atlántico abrió la puerta a la reintegración efectiva

de Alemania occidental al marco europeo, aunque no de manera inmediata.

A partir de ese momento la base de la política europea consistió en sumar debilidades para constituir una fuerza común capaz de neutralizar la amenaza de una de las superpotencias -representada por la presencia soviética en Europa oriental- e inspirar el respeto de la otra. La existencia de un gobierno alemán también intervino en la transformación de la política francesa, y la unificación de Europa apareció como un instrumento para limitar el potencial alemán.

Desde los primeros meses de 1950 todo parecía indicar que Estados Unidos estaba dispuesto a rearmar a Alemania. La existencia del Cominform, de pactos militares bilaterales en Europa oriental, y el inicio de la guerra de Corea, el 25 de junio de 1950, llevó a que el 16 de septiembre del mismo año el Consejo de la OTAN emitiera un comunicado, a pesar de la oposición francesa, que aconsejaba: "El Consejo acordó que Alemania debía estar en capacidad de contribuir a la defensa de Europa occidental".^{32/} En respuesta al anunciado rearme alemán que esta declaración sugería, las autoridades francesas elaboraron el Plan Pledge que proponía la formación de un ejército europeo que integrara unidades alemanas, como un intento por mantener el potencial militar alemán bajo control europeo.

En el exterior esta propuesta adquirió día con día un mayor número de adeptos, entre ellos Estados Unidos. Pero en el interior del país la parálisis se apoderó paulatinamente de los sucesivos gobiernos y las oposiciones se fueron multiplicando. La discusión de la Comunidad Europea de Defensa (CED) dominó la política francesa de 1950 a 1953 y dividió profundamente a la opinión pública, división reflejada en el Parlamento y en el lento proceso legislativo que desembocaría en el rechazo del tratado.

Este fracaso constituyó un rudo golpe para el proceso de unificación europea y de construcción de una tercera fuerza internacional. Prueba de ello es el ingreso de Alemania a la OTAN como miembro regular el 16 de septiembre de 1953.

El 30 de diciembre de 1954 la Asamblea Nacional acepta el ingreso de la República Federal Alemana al Pacto Atlántico como solución alternativa a la CED. Cuatro años antes el gobierno francés lanzaba la idea de un ejército europeo como solución alternativa al ingreso de la RFA en el Pacto Atlántico 13/.

Mientras se empezaba a debatir el problema de la CED seguían floreciendo las propuestas orientadas hacia la integración europea. Así, el 9 de mayo de 1950 apareció el Plan Schuman como un medio para controlar el inmenso potencial industrial alemán, al poner el conjunto de la producción

franco-alemana de carbón y de acero bajo el control de una autoridad común. Este organismo venía a reemplazar los fallidos intentos franceses de internacionalización del Ruhr, -y aun la anexión de la región del Sarre como se vería pocos años después-, al tiempo que era una medida aceptable para el esquema occidental, base de la Europa que se buscaba construir. Y aunque la idea de una Europa que movilizara sus fuerzas para amortiguar el choque entre los dos bloques había surgido con anterioridad, la Comunidad Europea del Carbón y del Acero representaba también una innovación en la medida en que la idea de una Europa integrada se había manejado en torno a una posible alianza franco-inglesa.

El acercamiento franco-alemán era a la vez causa y consecuencia de la renovación de la idea de la unidad europea que persistía como fuente de ventajas para todos los países del continente. La mejor prueba de ello fue la propuesta que el 18 de mayo de 1955 emitieron los Ministros de Relaciones Exteriores de los países del Benelux, en el sentido de crear una comunidad de energía atómica y una integración económica completa. El 10. de junio se reunieron en Mesina, donde declararon que "la constitución de un mercado común europeo es el objetivo de su acción en el dominio de la política económica" 14/. Finalmente, el 25 de marzo de 1957 Francia firmó el Tratado de Roma, documento constitutivo del Mercado Común Europeo, que incluye además a los países del Benelux,

a Alemania e Italia. El 10 de julio del mismo año el tratado fue ratificado por la Asamblea Nacional.

Hacia la independencia a través de la dependencia

En 1946 la IVª República se enfrentó a un nuevo equilibrio del poder en el que este último se concentraba en Estados Unidos y la Unión Soviética, las dos superpotencias. El 28 de julio el Gral. de Gaulle afirmaba en un discurso pronunciado en Barle-Duc que ningún país europeo podía enfrentarse de manera individual a las dos grandes potencias, pero que Europa unida podía significar el establecimiento de un nuevo equilibrio, "La vieja Europa, que durante tantos siglos fue la guía del universo, puede constituirse en el centro de un mundo que tiende a dividirse en dos, el elemento necesario de compensación y entendimiento" 15/.

Durante el tripartismo el gobierno francés trató de mantenerse entre las dos potencias reafirmando su autoridad en las colonias. En 1947 los problemas internos y externos se fundieron en uno solo, Francia vivía en el interior el conflicto que dominaba el panorama internacional.

El deterioro de la situación mundial y la aparición del Plan Marshall, así como la gravedad de la situación interna llevaron a elegir la cooperación con el mundo occi-

dental. La adhesión a la OTAN y al Programa de Recuperación Europea se justificaron como el resultado ineludible de la división del mundo, pero al mismo tiempo significaron un obstáculo para la realización de un programa independiente de política internacional. La aparente amenaza soviética y la apremiante necesidad de aceptar la ayuda norteamericana limitaron la libertad de maniobra de la política francesa; aun cuando pudiera considerarse que existía una coincidencia de intereses más que una imposición de condiciones favorables al mantenimiento del bloque occidental, esta coincidencia es más bien relativa. Ejemplo de ello sería la crisis de Suez. La coincidencia de intereses se daba en un plano profundo de oposición a la Unión Soviética, pero desaparecía en cuanto al papel internacional de Francia.

La ayuda económica y militar planteaba el problema de la dependencia política que subrayaba no sólo la recepción de donativos y préstamos, sino todavía más la adhesión al Pacto Atlántico. La inferioridad real de Francia la llevó a buscar un nuevo mecanismo a través del cual pudiera restaurar su grandeza —la unificación europea bajo el liderazgo francés—, sin embargo la situación en Europa, y especialmente en Francia, en 1958 exigía la ayuda norteamericana para su desarrollo económico y su defensa. Todavía no había llegado el momento en que Europa y con ella Francia pudiera erigirse en fuerza independiente.

En un principio se pensó que la ayuda de Estados Unidos debía aprovecharse hasta que la recuperación del continente pudiera permitirle llevar a cabo una acción internacional independiente. Pero la independencia económica que Francia buscaba a través de la ayuda del Plan Marshall, se vió obstaculizada por las necesidades del rearme, el déficit de la balanza de pagos y los gastos de las guerras coloniales. Todo ello parecía sugerir una grave crisis económica, puesto que en 1958 las reservas de oro y divisas eran casi inexistentes. En esas condiciones nadie puede ser amo de su política exterior y menos aún cuando ha optado por la adhesión a alguno de los dos bloques.

"La política exterior de la IVa República refleja una contradicción entre ideología y realidad (que Francia dependía en su recuperación económica y en su protección militar de Estados Unidos)" 16/. La distancia que mediaba entre estos dos elementos repercutió en una errónea evaluación de la nueva situación internacional y de la posición del país en ella. De ahí la indecisión y lentitud que con frecuencia neutralizó la efectividad de la política exterior francesa que, por otra parte, eran expresión de las divisiones internas del régimen. La crisis de Suez en 1956 es un ejemplo de los errores de apreciación que afectaban a la política exterior francesa, prueba además la subordinación de los intereses europeos a los de las dos superpotencias 17/.

A pesar de todo, aun cuando pensemos que "La IVa República siempre dejó actuar primero a los hechos para luego formular su política en consecuencia con ellos" 18/, en la lista de sus logros podemos inscribir la política alemana y la política europea, cuyo objetivo consistía en asegurar la igualdad con las grandes potencias, y más específicamente con Estados Unidos a través de una dependencia mutua. Sin embargo, las condiciones económicas no permitieron el desarrollo de esa interdependencia. El movimiento de unificación europea, iniciado en muchos casos a instancias de Francia, si bien en un principio tuvo que sacrificar su independencia a las exigencias de un sistema bipolar, principio difícil y comprometido, también preparó el camino para la formación de una tercera fuerza internacional.

El fracaso de la IVa República se debió a un problema de carácter interno: el proceso de descolonización y la política de Ultramar fueron los catalizadores de la caída del régimen. Sin embargo, esta obstinación por conservar el Imperio involucra consideraciones de política exterior. Francia se negaba a abandonar sus colonias porque las consideraba elemento constituyente de su grandeza y a través de ellas pretendía mantener la posición de gran potencia. La derrota de 1940 y la humillación que representaba la sustitución de una diplomacia mundial por una diplomacia puramente europea llevaron a una falta de conciencia de la transformación sufri

da por la importancia relativa de Francia.

La República Degaulista

La agudización de la crisis argelina precipitó la caída de la IVa República. Entre la dimisión del Gral. de Gaulle en 1946 y la investidura de 1958 la figura del líder de la Francia Libre, que pareció conservarse a través de la formación del partido degaulista, el Rassemblement du Peuple Français (RPF), empezaba a desvanecerse y a pasar a formar parte de la historia. Pero la dimisión de 1946 no había sido un adiós definitivo, de Gaulle esperaba que la dinámica del sistema que instituiría la Constitución, que él nunca dejó de condenar, y su incapacidad para enfrentarse a las complejidades políticas llevaría a que los diputados lo buscaran para que tomara en sus manos la dirección del gobierno. La crisis que el general siempre había anunciado y esperado fue provocada por la guerra de Argelia.

El RPF había dejado de existir desde 1953, pero en Francia todavía quedaban gaullistas y se advertía su resurgimiento. Los sucesos de mayo de 1958, la prolongación de la guerra y la ausencia de una mayoría parlamentaria convirtieron al "más ilustre de los franceses" en el único hombre capaz de salvar al país. No es esta la primera vez que el fracaso de un régimen representativo empuja a Francia a lanzar-

se a los brazos de un salvador. "La adhesión masiva casi unánime de los franceses a un régimen representado por un hombre, lejos de ser una novedad radical es una repetición característica de Francia desde 1789: la búsqueda y aceptación, en caso de crisis nacional, de un sustituto de monarca" 19/.

Después de la disolución del BPF los gaullistas trataron de mantenerse unidos a través de una red cuyo instrumento más importante era la Union pour le Salut et le Renouveau de l'Algérie Française (USRAF), creado por Jacques Soustelle en marzo de 1956 para la preservación de la Argelia francesa. "USRAF fue probablemente el grupo de presión más poderoso y exitoso en la historia de la IVa República" 20/. Gran parte de sus actividades de propaganda estaban orientadas hacia la preparación del terreno para la vuelta del Gral. de Gaulle al poder.

También en 1956 de Gaulle realizó un viaje por la Unión Francesa en el que se sucedieron entusiastas demostraciones de simpatía y apoyo. Igualmente, a partir de esa fecha Colombey -la residencia del general- empezó a recibir numerosas visitas de importantes funcionarios y diplomáticos, todo ello parecía indicar que Charles de Gaulle abandonaría su retiro voluntario. Desde principios de 1958 se pensaba que él era el único que podría poner un alto al deterioro de la

Unión Francesa y solucionar el constante estado de crisis del régimen político. Tanto la izquierda como la derecha coincidieron en la creencia de que la salvación del país ante la amenaza de una guerra civil estaba en manos del Gral. de Gaulle.

Pero la vuelta de Gaulle estaba sujeta a condiciones que en un principio parecieron excesivas; sin embargo, la inminente invasión de la Metrópoli por parte de las tropas estacionadas en Argelia, obligó al régimen a aceptar esas condiciones que Charles de Gaulle imponía para formar un nuevo gobierno. El 12 de junio de 1958 volvió a la Asamblea Nacional y expuso ante ella, en una declaración fría y desprovista de emotividad, sus exigencias: plenos poderes durante seis meses y una reforma al artículo 90 de la Constitución que tenía por objeto la instauración de un nuevo régimen constitucional. Si la Asamblea Nacional no aceptaba esta condición renunciaría esa misma noche. El general volvía, pero bajo sus propias condiciones; este fue el primer signo de la que había de ser la técnica de su gobierno: someter a la opinión pública a sus propios designios.

Los cambios de la nueva república

"Como no había sido hecha por él la Constitución de la IVa República fue hecha contra él. La Constitución de la Va República fue hecha por él y para él" 21/. Charles de Gau-

lle había enterrado el régimen de 1875 y volvía para enterrar el de 1946.

La Constitución de 1958 reproduce íntegramente las ideas que el Gral. de Gaulle había expresado en un discurso pronunciado en Bayeux el 16 de junio de 1946; los puntos fundamentales son: la separación y el equilibrio de los tres poderes, el arbitraje nacional por encima de las contingencias políticas y la supremacía del poder ejecutivo. En este último punto se advierte ya una clara tendencia hacia el presidencialismo: el Presidente de la República formularía la política del gobierno, promulgaría leyes y decretos, presidiría las reuniones del Consejo de Ministros, sería el guardián de la independencia nacional, nombraría a los ministros, incluido desde luego el primer ministro, de acuerdo con la orientación del Parlamento.

La constitución aprobada el 28 de septiembre de 1958 parecía estar basada en un análisis de los defectos del sistema anterior, de los cuales el principal era la inestabilidad del Ejecutivo y el insuficiente poder del gobierno ante la Asamblea. Según algunos es el resultado de un compromiso entre el régimen presidencial y el gobierno parlamentario.

El texto de la constitución establece un poder ejecutivo bicéfalo formado por un Presidente de la República y el primer ministro que encabeza el Consejo de Ministros; un cuerpo legislativo bicameral ante el cual el gobierno es responsable; también instituye un Consejo Económico y Social, restable

ce el Consejo de Justicia y la Suprema Corte, un Consejo Constitucional y transforma la Unión Francesa en Comunidad. En realidad las innovaciones de la nueva constitución se refieren más bien al funcionamiento de las instituciones. Para nosotros resulta más relevante el análisis del Ejecutivo y del Legislativo, de modo que prescindiremos del estudio de los demás órganos constitucionales.

Los constituyentes dieron al Presidente de la República el prestigio y las prerrogativas que le permitirían marcar la continuidad del Estado y supervisar el funcionamiento de la constitución. Por otra parte, goza de poderes que puede ejercer a discreción y que le otorgan un poder de veto en una amplia área de la política. Designa al primer ministro y, aunque se diga que esa designación se hará conforme a la configuración de la Asamblea, de hecho llegó a convertirse en un acto de política personal. Además dispone del derecho de disolución del Parlamento con la única restricción de que no la repita dos veces en un mismo año. Se mantiene el período presidencial de siete años y la irresponsabilidad del Presidente ante la Asamblea, y puede someter a referéndum las leyes votadas por ellas. Este derecho junto con el de disolución adquieren el carácter de prerrogativas presidenciales, puesto que en ninguno de los dos casos se exige la contrafirma ministerial. De alguna manera estos dos mecanismos traducen el papel de árbitro que desempeña el Presidente, que establece el artículo

5 constitucional. El Presidente también firma los decretos y preside las reuniones del Consejo de Ministros.

En lo que se refiere a sus atribuciones diplomáticas el Presidente de la República nombra y acredita a los embajadores y los embajadores extranjeros se acreditan ante él. Negocia y ratifica los tratados y concluye los acuerdos militares que no exigen la ratificación parlamentaria. Este último punto proporciona al Presidente un amplio radio de acción en materia de política exterior, y era una de la exigencias fundamentales del Gral. de Gaulle. La nueva constitución plasmó su deseo de considerar a la política exterior como algo separado de la política general y muy aparte y por encima incluso de las diferencias y contingencias de la política interna. Lo anterior queda confirmado en virtud de que estos poderes no hacen del Presidente el jefe del gobierno, sino que de acuerdo con la letra de la constitución los asuntos cotidianos quedan en manos del Consejo de Ministros; no obstante, el Presidente puede influir y presionar sobre la acción del gobierno a través del referéndum o de la disolución de la Asamblea. Más aún, el Presidente puede asumir plenos poderes en caso de "circunstancias excepcionales". En ese caso él solo encarna a la nación y actúa en su nombre, y aunque el recurso a este mecanismo, que establece el artículo 16, se vea limitado por la condición de que "una amenaza grave inmediata ponga en peligro el funcionamiento regular de los poderes públicos", la

fórmula de que el Presidente puede adoptar "las medidas exigidas por las circunstancias" tiene la suficiente vaguedad como para incluir cualquier materia en el poder presidencial.

La revisión constitucional del 7 de noviembre de 1962, que aplicaba los resultados del referéndum celebrado el 28 de octubre del mismo año, instituyó el sufragio universal que vino a reemplazar el anterior sistema de elección presidencial basado en un sistema de colegios electorales restringidos, y, al mismo tiempo, influyó de manera decisiva en la orientación presidencialista del régimen.

Sin embargo, si por régimen parlamentario entendemos un sistema en el cual el gobierno es responsable ante el Parlamento, y por régimen presidencial un sistema en el que el jefe del Estado es al mismo tiempo jefe del Ejecutivo sin tener que responder de sus actos ante una Asamblea, la Va. República tiene un régimen constitucional parlamentario. El artículo 20 de la constitución afirma que "el gobierno determina y conduce la política del país" y el artículo 21 establece que el primer ministro dirige la acción del gobierno siendo responsable ante el Parlamento. De tal manera que al primero corresponde el derecho de decisión que ejerce en las materias que especifica la constitución y en las reservadas al Presidente de la República, a través de la contrafirma ministerial.

Aun así, la posición del gobierno es más la de un lazo de comunicación entre el Presidente y el Parlamento, que la de un órgano autónomo. Porque si bien el primer ministro tiene poderes propios de naturaleza política, los ministros no tienen sino poderes administrativos relativamente secundarios desde el punto de vista de la política general. El primer ministro es el responsable del gobierno, de su programa, de las declaraciones políticas o de los textos que exponga ante la Asamblea luego de la aprobación del Consejo de Ministros.

Algunos autores encuentran grandes similitudes entre la Constitución de Weimar y la Constitución de la Va República: "El régimen que en 1919 quería establecer Max Weber, uno de sus inspiradores, era un parlamentarismo regularizado, reforzado y estabilizado por el peso de la personalidad presidencial" ^{22/}. Y el texto de la Constitución de 1958 es tan ambiguo que la orientación del régimen -presidencialista o parlamentaria- depende de las fuerzas relativas del Presidente y del primer ministro. Si el primero se impone sobre el segundo su irresponsabilidad unida a la amenaza de disolución puede hacer caer en sus manos todo el poder real. En ese caso la clave del régimen sería el Presidente y los ministros serían únicamente agentes ejecutores de su política; si por el contrario, la figura dominante es la del primer ministro, apoyado por una considerable fuerza parlamentaria, entonces el régimen adquiriría los rasgos de un parlamentarismo de tipo inglés.

El restablecimiento del gobierno de Asamblea fue una de las principales preocupaciones de los constituyentes de 1958; por lo tanto, la Constitución establece un cuerpo legislativo bicameral, que tiene por objeto reducir la fuerza de la Asamblea Nacional y proteger al Ejecutivo de los cambios que pueda sufrir el Legislativo, y más específicamente de los cambios de la opinión pública. La Asamblea es elegida directamente por sufragio universal, mientras que el Senado es elegido por un sistema de colegios electorales que tiende a favorecer a los notables rurales, lo cual implica que tenderá a ser más conservador.

El poder y la importancia del Parlamento están limitados y reducidos por el establecimiento de un control de la constitucionalidad de las leyes —a través del Consejo Constitucional en beneficio del gobierno—, por la incompatibilidad entre las funciones ministeriales y el puesto parlamentario, y por la delimitación rigurosa de su acción al dominio exclusivo de la legislación. Pero además, esta atribución se ve debilitada por la prerrogativa presidencial de recurrir al referéndum.

"La nueva constitución es un esfuerzo por crear un gobierno fuerte basado en las elecciones y no en los partidos"^{23/}. Y aquí encontramos reflejada la tendencia del general de Gaulle a recurrir directamente al pueblo haciendo a un lado a los intermediarios, es decir, a los partidos. Esta apreciación

sugiere el recurso al contacto personal directo entre el líder y el pueblo y la clara orientación de la República Degaulista hacia el establecimiento de un régimen presidencialista basado en la reiteración del apoyo popular, y de personalización del poder.

El presidencialismo y la personalización del poder

En mayo de 1958 Charles de Gaulle volvió a ejercer sobre los franceses su ascendiente personal. Regresó, si bien más flexible en cuanto a las fuerzas políticas que tenía que conciliar, con las mismas directrices y ambiciones para Francia y para sí mismo que había mantenido desde 1940. Y lo que en ese año afirma de Churchill parece traducir lo que él desea para sí mismo "...el gran campeón de una gran empresa, el gran artífice de una gran Historia" 24/.

En 1940 de Gaulle se apropió de Francia, y cuando en sus Memorias expone los sentimientos que lo indujeron a asumir por él mismo la esencia de la nación francesa, no titubea en compararse con ella y en algunos casos resulta difícil discernir si habla el hombre o la patria personificada en el hombre.

Pero para entender mejor la personalidad, el ascendiente y la política de Charles de Gaulle es preciso recurrir a la distinción que Max Weber establecía entre tres tipos de

poderes: el poder legal que el ciudadano obedece en virtud de una regla o institución; el poder tradicional que el ciudadano obedece porque es sujeto de un poder establecido en función de un hábito o costumbre; y el poder carismático que descansa en la entrega extracotidiana a la santidad, heroísmo o ejemplaridad de una persona, es decir, proviene del don particular que una persona tiene para ser jefe y para ser reconocido como tal por aquéllos de quienes exige obediencia 25/.

El poseedor del "carisma" 26/ tiene una cualidad que se considera extraordinaria, o por lo menos extracotidiana y no asequible a cualquier persona. Su voluntad concreta de organización le permite crear y exigir cambios que se consideran necesarios para la realización de su "misión". El carisma implica una renovación que, nacida del entusiasmo, significa "un cambio en la dirección y conciencia de la acción, con una reorientación de todas las actitudes frente a las formas de vida anteriores o frente al mundo en general" 27/.

La dominación carismática representa una relación social rigurosamente personal. Sólo conoce determinaciones y límites propios, abraza el cometido que le ha sido asignado y exige obediencia y adhesión en virtud de su misión. La base de la respuesta que recibe por parte de quienes aceptan ser sus dominados es eminentemente eactiva y, por lo tanto, inestable, de ahí la necesidad de institucionalizar el carisma

para que éste pueda subsistir bajo el peso de la cotidianidad.

Hasta aquí hemos encontrado más de una referencia al fenómeno del carisma degaullista. Charles de Gaulle parece ser el hombre de las crisis. Su legitimidad se funda en el deseo de los franceses de reconocerlo como la única persona capaz de salvar al país; sin embargo, para aceptar el liderazgo nacional el general tiene que introducir un cambio revolucionario -en el sentido de poner fin a prácticas y actitudes si se quiere "tradicionales"-, e introduce aquéllos que considera esenciales para su actuación. La relación rigurosamente personal con sus gobernados se expresa a través del sufragio universal, las frecuentes apariciones en televisión o el recurso a los referéndums, que en este caso -de Gaulle- tienen un carácter netamente plebiscitario que nos hace pensar en la teoría oficial del cesarismo francés.

El referéndum significa en el fondo un esencial robustecimiento de todos los poderes irracionales de la obstrucción, pues excluye normalmente, desde el punto de vista técnico, el regateo y la transacción entre las personas interesadas 28/.

Para sí mismo de Gaulle era un hombre a quien desde 1940 el destino había colocado en una posición extraordinaria y que casi por revelación divina había sido elegido como guardián de la seguridad nacional. Su misión consistía en salvaguardar y si fuera posible acrecentar la grandeza del país.

El mismo espíritu que parece apoderarse de él en los primeros años de la guerra, inspira su vuelta al poder en 1958 cuando la patria está igualmente amenazada. En todo momento el general se siente instrumento del destino.

Cuando Charles de Gaulle vuelve al poder es porque está por encima de todos, porque él es la Francia misma y porque la opinión lo acepta como tal. Cuando los franceses se cansan de sus luchas partidistas parecen volver a su antiguo sueño de un poder ajeno a los partidos. El general personificaba una vez más a la República. Francia en 1958 se reagrupó en torno a un hombre más que en torno a un conjunto de ideas y esto facilitó la acción del nuevo Presidente del Consejo, que de junio de 1958 a enero de 1959 dispuso de un poder prácticamente absoluto. Sin partidos ni parlamentarios, con una opinión pública en su mayoría favorable, a lo único que tenía que enfrentarse era a las circunstancias. Pero aun así su poder de decisión tenía un límite "no puede realizar actos que destruirían la imagen que la mayoría de la población se ha hecho de él, pues esta imagen es la verdadera fuente de su poder" 29/.

El hecho de que la Constitución de 1958 fuera la respuesta a una crisis anunciaba la aparición de elementos generales a partir de la sabiduría que hemos señalado que en muchos casos afecta el texto del documento. Por otra parte, si rela-

cionamos los aspectos presidencialistas que contiene el nuevo régimen con la fuerza de la personalidad carismática del primer Presidente de la Va República, podremos analizar y comprender las distorsiones que en la realidad orientaron a Francia hacia el presidencialismo y la personalización del poder, entendiendo por eso "la concentración del poder en una función encarnada por un hombre" ^{30/}, que en Francia, como en muchos otros países, consiste en el reforzamiento del jefe del gobierno frente a los ministros y del gobierno frente al Parlamento.

Si la nueva Constitución establece un ejecutivo bicéfalo, en la práctica este dualismo fue más aparente que real durante la presidencia de general de Gaulle, y ello en virtud de que su prestigio personal introdujo un elemento determinante en el funcionamiento del régimen, de tal manera que su influencia real era desproporcionada en relación con la que establecía el texto constitucional. Al utilizar el "Discurso de Bayeux como punto de referencia para la elaboración del documento, los constituyentes parecieron "institucionalizar" al general de Gaulle. Así, además de la legitimidad democrática que fundamentaba la autoridad del Presidente se dió peso a una segunda legitimidad derivada del carisma degaulista que, por lo mismo, gozaba de poderes mucho más amplios que los estrictamente señalados por la constitución.

Todas las decisiones fundamentales las tomaba el Presidente de la República, el primer ministro y el gobierno se limitaban a dominios secundarios de la política y la administración. Esto nos permite aplicar a la República De Gaulleista la teoría de la separación vertical de los poderes:

En definitiva nada traduce mejor la práctica Gaullista como la distinción fundamental del derecho constitucional soviético entre 'el poder político del Estado' y el 'poder administrativo del Estado'. El Gral. de Gaulle ejerce el primero, el primer ministro y los ministros el segundo" 31/.

El papel del Parlamento era secundario, pues estaba reducido al de una "caja de resonancia", dadas las muchas restricciones que le impone el mismo texto constitucional. Si la Asamblea de 1956 era incontrolable por la ausencia de una mayoría parlamentaria, la de 1958 era demasiado pasiva por la ausencia de una oposición real. Pasividad derivada del consenso general que enmarcó la vuelta de Charles de Gaulle 32/.

El significado de la nueva República en materia de política exterior

Entre las muchas razones que llevaron al Gral. de Gaulle a reincorporarse a la vida política en 1947 a través de la creación del RPF, las consideraciones de política exterior

ocupaban un lugar preponderante.

Para el general el valor supremo, casi el único, es la nación a la que personaliza y atribuye todo tipo de cualidades humanas e inclusive divinas, y cuya misión está predeterminada a la grandeza. La sublimación de la patria nos hace recordar los textos de Maurice Barres y el patriotismo encendido de 1914. La imagen que de Gaulle tiene de Francia está inspirada por el sentimiento y alimentada por la imaginación, a ella entrega su vida, su inteligencia y todas sus energías.

El presupuesto básico del ideal degaullista es que "Francia no puede ser Francia sin grandeza" ^{33/}, y su cometido en la vida es restaurar o preservar esa grandeza. El nacionalismo es la base ideológica de toda su política. A lo largo de sus actividades en el período de la guerra su preocupación fundamental era mantener al país al mismo nivel que las grandes potencias, preservar el rango internacional que Charles de Gaulle consideraba inherente a la esencia misma de la patria. Para él las preocupaciones cotidianas son muy respetables, aunque no del mismo orden que los problemas de la nación como ente internacional. Esta concepción es la que domina el texto de la constitución, los problemas que afectan directamente a la nación son de incumbencia exclusiva del Presidente de la República, puesto que él es el árbitro de la vida política interna y está por encima de los intereses parti-

culares, él es el interés nacional. De ahí todas las prerrogativas de que goza en ese sentido. La solución de los problemas internacionales debe permanecer fuera del alcance de las luchas ideológicas, puesto que la vida internacional no es más que un enfrentamiento de los Estados-nación, en el que las ideologías no son sino temporales e engañosas. De todo ello se desprende que para el general el nacionalismo es la única ideología válida. Desde esta perspectiva la política exterior domina la política interna, es la única política verdadera, porque en última instancia la política interna tiene por objeto la estabilidad y el desarrollo del poderío nacional, y ambos elementos son instrumentos que intervienen en la política exterior. Todo ello nos lleva a afirmar que (la política exterior de la Va República fue más degaullista que francesa: "Para Argelia, para la política europea él -De Gaulle- ha decidido, él decide solo" 34/.

El advenimiento de Charles de Gaulle al poder significó en materia de política exterior, más todavía que en política general, un liderazgo muy fuerte no sólo a nivel nacional 35/ sino también en el plano europeo, y el anuncio de una participación más activa de Francia en el escenario internacional. Pero al mismo tiempo implicaba un grave riesgo. El hecho de que el general impusiera a su política internacional las directrices de su propia concepción del mundo y los principios de una actitud puramente personal, y fundamentalmente

emotiva, podía distorsionar la visión de las circunstancias objetivas con que la realidad se enfrentaba en el exterior, así como la apreciación de esa misma realidad.

El liderazgo de gaullista en la política exterior francesa conllevaba al mismo tiempo que una promesa de independencia, una amenaza por el empeño de iniciar una empresa superior a sus posibilidades, por la obstinación en no ver la disminución de la posición relativa del país con respecto a las dos superpotencias, o por la negación de dar a otros lo que reivindicaba para sí misma. La nueva República, tenía que resolver los problemas que planteaba la incompatibilidad entre las ambiciones de su política exterior y su capacidad real. El mismo problema al que esencialmente se enfrentó la IVa República, pero agudizado por las particularidades del régimen que hemos señalado.

En el caso de la Va República los grupos de presión intentan actuar sobre el Parlamento, pero, dado el carácter limitado de la acción de este último, su influencia es en consecuencia también limitada. Esta relación entre las empresas o los grupos de interés y el Legislativo se establece a través de la pertenencia de los parlamentarios a los consejos de administración de las firmas privadas. Pero la antipatía personal que en muchas ocasiones expresó el Presidente de Gaulle hacia los "intermediarios" en la política, y que -según él-

anteponen un interés particular al interés nacional, redujo su efectividad de manera considerable. "no obstante, (...) la presión de los grupos de interés puede ser efectiva cuando apoya tendencias que se manifiestan en el gobierno hacia la adopción de determinadas políticas" 36/.

CAPITULO II

CHARLES DE GAULLE: EL REALISMO POLITICO*

En esta parte del trabajo trataremos de presentar las principales ideas de política exterior del General de Gaulle, expresadas primero en sus Memorias de Guerra, y luego en los discursos que pronunció y en las entrevistas de prensa que concedió entre 1946 y 1955.

Las Memorias de Guerra resultan particularmente importantes porque en ellas algunas veces más que un relato histórico encontramos muchas de las ideas fundamentales que posteriormente inspirarían la acción exterior de Francia a partir de 1958. Esta obra, que para Malraux es "el relato de la ejecución de un gran designio", se nos antoja más el testimonio de un gran acto de rebeldía. Rebeldía no sólo ante la derrota, sino también ante una realidad que excluía a Francia del juego de las Grandes Potencias. Relegada a un segundo término, los años de la guerra la vieron luchar por recuperar su independencia a todos los niveles, para que en los años inmediatos tuviera que doblegarse ante la impotencia que le imponían su debilidad interna y la nueva distribución mundial. De

* "La política es un arte y un servicio, y no una explotación, es una acción orientada hacia la realización de un ideal a través de realidades". Charles de Gaulle, 1955.

Gaule se resistía a aceptar como definitiva esta disminución, y en sus Memorias señala los diversos caminos y alternativas que él consideraba viables para que el país recuperara la grandeza en la independencia.

Una de las más notables características del pensamiento degaullista es su gran flexibilidad ante una situación dinámica que presenta a lo largo de un desarrollo coyuntural diversas alternativas para el logro del objetivo, único que por lo demás determinó la orientación de su política. Parte, pues, de un realismo político fundamental que le permite, dentro de los límites que le impone una realidad dada, una amplia movilidad.

Más que líneas estrictas de pensamiento, encontramos en Charles de Gaulle "ideas-fuerza" -como las llama Jacques Soustelle-; esto es, ideas bien precisas que se desplazan en una escala de prioridades dentro de la que ocupan diferentes posiciones, dependiendo del momento histórico de que se trate y de las posibilidades que hallen para su ejecución. Para el general la política parece ser la ciencia de lo posible y "el arte de las realidades" ✓, de ahí que en más de una ocasión sus declaraciones públicas contengan la adecuada vaguedad.

Los Años de Lucha

Una vez que de Gaulle asumió el papel que él mismo se había asignado al lado de las potencias aliadas después de la derrota de 1940, se inició una lucha sorda entre él y sus aliados. Inclusive a veces parecería que el enemigo era más la hegemonía anglosajona o el poderío soviético, que el mismo Reich. El general combatía no sólo para expulsar a los alemanes de su país, sino, y tal vez fuera éste su objetivo primordial, para salvaguardar el rango internacional de Francia. De ahí su insistencia en participar en el esfuerzo de la guerra como un elemento independiente, y en estar presente en el momento de la victoria. Francia "no podrá revivir más que para la victoria y subsistir en el culto de su propia grandeza" 2/.

A lo largo de estas primeras Memorias se percibe una obstinada firmeza ante la exclusión de que lo hacen objeto los aliados. Los argumentos que a ella opone de Gaulle, históricos y geopolíticos, resultan demasiado débiles si se quiere, pero en esos momentos su poder de negociación era mínimo y su única fuerza la intransigencia.

El rango internacional de Francia

La presencia de Francia entre los aliados era para Gaulle la condición necesaria para que el país mantuviera un

status de gran potencia. Uno de los argumentos que esgrimía para subrayar la importancia de su participación era la idea de que no era posible restablecer el equilibrio mundial en ausencia de Francia, misma que identificaba con la ausencia de Europa. Sin embargo, tanto Estados Unidos como Inglaterra y la Unión Soviética parecían coincidir en que, después de la derrota y del debilitamiento del continente, éste tendría poco que decir en el futuro proceso de decisiones que reglamentaría el nuevo orden internacional.

Esta actitud agrió las relaciones del jefe de la Francia Libre especialmente con las "potencias anglosajonas", así llama a Estados Unidos e Inglaterra con el claro propósito de distinguirlos de Europa, a quienes atribuía una mayor responsabilidad a este respecto llegando incluso a la amenaza: "Deben saber -los aliados- que Francia no admite esta exclusión y que en el futuro no podrán contar con ella si ahora la ignoran" *2/*. Y de hecho esta primera hostilidad pesaría sobre el desarrollo de las relaciones entre su país y los "anglosajones" a lo largo del período *de Gaulleista*.

Por otra parte, argumentaba que el surgimiento de la Unión Soviética como potencia mundial le exigía el restablecimiento interior y exterior de Francia. Para que la nueva construcción mundial no pecara de débil y arbitraria, Europa -encabezada por una Francia fuerte y sólida- tendría que jugar un papel decisivo en la contención de los soviéticos.

No podía, por lo tanto, aceptar el papel de auxiliar de la política norteamericana que los Estados Unidos parecían querer adjudicarle.

Francia había contribuido a la liberación y estaba presente en la victoria; esto le permitía formular las exigencias que consideraba indispensables para garantizar su seguridad a largo plazo, y entre ellas las que se referían a Alemania y a un posible resurgimiento de su potencial militar, eran las que más le preocupaban.

La nueva posición de Estados Unidos en el primer plano del escenario internacional y su política hacia de Gaulle durante los años de la guerra, así como la plena identificación de los intereses anglosamericanos, indujeron a de Gaulle a precisar la necesidad de una alianza franco-alemana como un medio para restablecer el equilibrio europeo sin ingerencias extracontinentales.

La política norteamericana se insinuaba ya como una amenaza a la independencia francesa; de ahí que desde 1945 pienso de Gaulle que la única posibilidad de protección residía en esa alianza con Alemania que, además de ser un instrumento de control de este mismo, serviría de contrapeso, por una parte frente a las potencias anglosajonas, y por otra, frente a la asimilación de Europa oriental al bloque soviético - definida en la conferencia de Yalta-, en el marco de un estrechamiento general de las relaciones con los demás países del continente.

es decir, de una unión europea.

Ante la derrota de Alemania, la destrucción de Europa y el antagonismo ruso-americano, Francia enfrentaba —según el propio de Gaulle— oportunidades excepcionales de acción: asegurando, primero, el desarrollo pacífico de Europa occidental a través del control de Alemania; colaborando con uno u otro bloque a través de un sistema de alianzas que garantizara su independencia con respecto a ambos; y por último, fomentando la unificación de Europa, para hacer de ella una gran potencia, que bajo el liderazgo francés, actuara como árbitro entre los soviéticos y los anglosajones.

La lucha contra los anglosajones

La desconfianza que a de Gaulle le inspiraban Inglaterra y Estados Unidos pareció convertirse a lo largo del período de la guerra en una posición de principio. La debilidad francesa y la identificación de la política inglesa con los intereses norteamericanos restaban —desde su punto de vista— independencia al continente. Esto lo llevó a orientar gran parte de sus energías a defender los intereses estrictamente europeos, insistiendo en que la cooperación con los aliados anglosajones era de orden puramente estratégico militar.

De Gaulle consideraba que las graves derrotas que habían sufrido los ingleses a fines de 1942 y el debilitamiento en el que se hallaban, los orillaba a alzarse cada vez más

estrechamente con Estados Unidos, comprometiendo en consecuencia su libertad de acción. Le parecía que Churchill aceptaba incondicionalmente la política norteamericana, constituyendo con ella una misma amenaza de hegemonía para el continente. De tal manera que a veces su principal preocupación era conjurar ese peligro.

El mesianismo democrático que revestía la participación norteamericana en la guerra era para el general el disfraz de una clara tendencia hacia la intervención, en la que se ocultaba -según sus propias palabras- "un instinto de dominación" que, si bien se había anoderado de Inglaterra tendría que enfrentarse a la voluntad independiente de Francia. Obviamente esta actitud incomodaba a Roosevelt, quien estaba resuelto a imponer la Paz Americana: "Como Estados Unidos participaba en la guerra, Roosevelt pensaba que la paz tenía que ser una paz americana, y que a él mismo le correspondía dictar su organización" 4/.

No obstante, a, pesar de que el líder francés sostenía que su país desempeñaba una función primordial en el equilibrio mundial, ya desde 1944 definía la posición de Francia como la de una potencia media que veía limitada su acción internacional por la presencia de dos países militar y económicamente superiores -con un gran potencial de dominación-. En estas circunstancias el acercamiento con las demás naciones

europas era una necesidad no sólo para la supervivencia de su propio país sino para la de todo el continente. La confrontación con Estados Unidos no significaba el rechazo de la alianza francoamericana, pero para el general su mantenimiento exigía la independencia de sus miembros dentro de la misma. En este caso de Gaulle adopta a veces un tono de denuncia en cuanto a la posibilidad de que Estados Unidos se tragara paulatinamente al continente europeo mediante una política solapada de dominación.

La política norteamericana había pasado del aislacionismo al extremo opuesto del intervencionismo, de acuerdo con una línea de compromiso global, que, además de subordinar la política europea dentro de un esquema internacional más amplio, transformaba sustancialmente la estructura de las relaciones mundiales que hasta entonces había imperado.

De acuerdo con esta línea de pensamiento, de Gaulle consideraba que las Naciones Unidas eran la institucionalización de la tendencia norteamericana (la dominación.) Para él la política internacional debía plantearse en términos de una diplomacia tradicional basada en un sistema de alianzas. Así pues, el nuevo organismo mundial le inspiraba la mayor desconfianza; pensaba que las negociaciones internacionales sólo serían efectivas si se desarrollaban con la mayor discreción, mismas que se verían malogradas en un foro de tal magnitud.

De acuerdo con su idea de una diplomacia limitada, en 1945 de Gaulle intentó firmar una alianza que con Inglaterra, que reforzara la posición de ambos, y de ahí la de Europa, ante el surgimiento de Estados Unidos y de la Unión Soviética. Sin embargo, Churchill se resistió a abandonar la línea política diseñada por los norteamericanos, y a negar a los soviéticos la "satisfacción de sus ambiciones" en Europa oriental. Ambos puntos eran inaceptables para el general puesto que ello significaba abandonar el destino del continente en manos de las dos superpotencias.

En los últimos meses de la guerra empezaron a manifestarse los primeros síntomas de la bipolaridad; si a ello sumamos la destrucción de Europa y en general el creciente deterioro del escenario internacional, vemos que el general de Gaulle tuvo que admitir, no sin amargura, que Europa occidental había elegido lo que para él era la única alternativa posible, producto de una situación específica. "En fin, ante la amenaza, el mundo libre no tenía mejor alternativa ni opción que aceptar el "leadreship" de Washington".

La alianza con la Unión Soviética

La firma del tratado de diciembre de 1944 entre Francia y la Unión Soviética respondía a la necesidad de independencia que se había planteado al general. Para él este país seguía siendo, al menos en el exterior, la Rusia zarista, una

potencia europea que envolvía su interés nacional en una ideología perniciosa y degradante.

Ese interés nacional le iba a permitir a de Gaulle firmar un tratado cuyo primer objetivo era la defensa contra un posible resurgimiento alemán. Sin embargo, era también un elemento de equilibrio que podría utilizar frente a la creciente influencia norteamericana. Y si durante la Guerra Fría aparentemente olvida esa idea, en realidad siempre pensaría en esas relaciones como en un instrumento de negociación frente a Estados Unidos.

Este tratado representaba el inicio de lo que hubiese podido ser la ejecución de la política de alianzas a que se refería de Gaulle, que le permitiría a Francia mantener su independencia con respecto a los dos campos: el soviético y el anglosajón. Según él, el "orden natural de las cosas" exigía la solidaridad francorrusa ante un posible resurgimiento alemán y también ante los deseos hegemónicos de los anglosajones, por otra parte, consideraba el tratado también como una defensa contra la misma Unión Soviética.

La creciente hostilidad que se evidenció en las relaciones entre los aliados occidentales y la Unión Soviética, relegaría a un segundo término esa solidaridad francorrusa, al menos por el momento.

La "Travesía del Desierto"

Los gobiernos tripartitas de 1946 se declararon fieles a la política exterior, tal y como había sido definida en 1945; y hasta la conferencia de Moscú del 25 de abril de 1947 la diplomacia francesa intentó permanecer al margen de los dos nuevos bloques de poder. No obstante, la actitud negativa de la Unión Soviética hacia la política de los aliados occidentales en relación con Alemania y las perspectivas de la ayuda norteamericana para la recuperación europea, trajeron como resultado un acercamiento entre París y Washington. Este hecho sumado a las dificultades internas a que empezaba a enfrentarse el régimen de la IVa República, llevaron al general de Gaulle a reincorporarse a la vida pública a través de la formación de un instrumento político, un movimiento cuya intención era agrupar a todas las tendencias y orientaciones para iniciar, "por encima de los intereses particulares", el esfuerzo de la renovación.

La creación del Rassemblement du Peuple Français (RPF), el 7 de abril de 1947, respondía a los deseos del general de participar en la política permaneciendo al margen de la actividad parlamentaria, cuidadoso sin duda de preservar su imagen pública que hubiera podido deteriorarse de verse su vida en las luchas partidistas 1947 marcó el comienzo de un período de grandes esperanzas, pero también de grandes decep-

ciones para el gaullismo que iniciaba la "travesía del desierto". Se ha dado en llamar así a los años en que los gaullistas, pero más específicamente de Gaulle mismo, permanecieron fuera del poder.

Francia en la Guerra Fría

Para el hombre de las crisis que era Charles de Gaulle, el regreso a la vida pública obedecía a la certeza de que el país atravesaba graves riesgos y dificultades, que en ese momento el sistema francés era incapaz de resolver de manera satisfactoria "... si yo sintiera que Francia se encontraba en una situación normal que no implicara inmensas dificultades en el exterior y en el interior, no saldría de Colombey-les-deux-Eglises" 6/.

A partir del momento en que se creó el RPF de Gaulle inició una intensa campaña con el fin de definir los objetivos esenciales de su movimiento: la reforma de las instituciones, como condición esencial para el restablecimiento interno y externo del país; la denuncia del "peligro comunista" en el exterior y en el interior; la intransigencia en la política hacia Alemania, y la independencia de Europa frente a las dos superpotencias; además de algunas reformas y modificaciones a las políticas social y económica. De todo ello las cuestiones de política exterior eran las que ocupaban un lugar

preponderante en los objetivos que se había planteado el general de Gaulle. "Sólo una cosa le interesaba, el poder, y en el ejercicio del poder, la gran política internacional, los primeros papeles mundiales" V.

En 1946 surgieron profundas divergencias entre los aliados de la guerra en cuanto al tratado de paz que debía firmarse con Alemania S. Por otra parte, los acuerdos financieros firmados entre Francia y Estados Unidos el 28 de mayo de 1946, aunque no expresaban explícitamente un compromiso político, sí disminuían de hecho las posibilidades de la primera de mantener una actitud intermedia en la pugna entre las dos superpotencias.

La Doctrina Truman, que prometía el apoyo norteamericano a los países amenazados de subversión comunista, constituyó la perspectiva de una ayuda de la cual la economía francesa sería una de las principales beneficiarias. El 4 de marzo de 1947 se firmó el tratado francoinglés de Dunkerque, como la contrapartida occidental del pacto firmado anteriormente con la Unión Soviética. Pronto se fueron precisando las afinidades políticas que, al mismo tiempo que prometían jugosos acuerdos económicos, limitarían aún más la capacidad de Francia de mantenerse al margen de la Guerra Fría, que era uno de los objetivos señalados por de Gaulle en 1945.

La adhesión de Francia al bloque norteamericano era prácticamente inevitable, y ello no dejaba de preocupar al ge

neral. Aun cuando en cierta medida aceptara la inminencia de este desarrollo, formalmente siempre lo rechazó. A la pregunta que en alguna ocasión se le hiciera en cuanto a cuáles serían las modificaciones que introduciría en materia de política exterior en caso de volver al poder, respondió: "... yo no tendría que cambiar la política exterior de Francia porque Francia actualmente no tiene política exterior" 9/.

Siendo que la independencia del país era su principal preocupación y dadas las condiciones de dependencia real en las que se hallaba Francia, de Gaulle buscó un esquema de política internacional que, al mismo tiempo que aseguraba al país su libertad de maniobra, lo fortaleciera.

"En una situación como ésta -la Guerra Fría- en la situación de Francia el mantenimiento de nuestra independencia se ha convertido en el problema crucial" 10/. Para lograrla o preservarla proponía dos caminos: una unidad europea bajo liderazgo francés y un sistema propio de defensa del continente, problemas ambos que se discuten ampliamente a lo largo de este período. El Imperio era un tercer camino para que el país recuperara la independencia a través de la fuerza que supone.

Del Imperio a la Comunidad

Los virajes del pensamiento degaullista, determinados por la expedición política, los encontramos setamente

dibujados en materia colonial.

Durante el período de la guerra el General de Gaulle desafió constantemente la posible ingerencia angloamericana en las colonias francesas, empeñándose por fortalecer su unidad en torno a la Metrópoli 11/. La participación de estos territorios en el esfuerzo de la guerra despertó inquietudes de autonomía en su población. De ahí que el propio de Gaulle hablara de la necesidad de introducir reformas que respondieran a estas expectativas. Así, el 1° de Febrero de 1944 pronunció en Brazzaville -Congo francés- un discurso en el que afirmaba la exigencia de que estos países evolucionaran hacia un mayor grado de autonomía, sin embargo, ello no suponía la independencia.

Durante mucho tiempo -a todo lo largo de la "travesía del desierto"- el general insistió en que el mantenimiento del Imperio era una de las bases a partir de las cuales Francia podría recuperar su grandeza. No obstante, en 1945 el país se hallaba en una situación en la que conservaba los intereses y las obligaciones de una potencia ultramarina que, sin embargo, carecía de los medios adecuados para asumir sus responsabilidades como tal. Los gobiernos de la IVa República se empeñaron en preservar la integridad del Imperio, pero ello supuso la orientación de gran parte de sus recursos en este sentido, mientras aumentaba su dependencia con respecto a Estados Unidos.

La Constitución de 1946 sustituyó el término Imperio por el de Unión Francesa que descansaba sobre una base equívoca. En efecto, se trataba de mantener un dominio colonial que formalmente intentaba aplicar el esquema federal que de Gaulle había propuesto en 1945, pero que partía del principio de que,

... La Unión Francesa debe ser francesa, lo que implica que la autoridad de Francia se ejerza claramente sobre el territorio... 12/

Entre enero de 1946 y mayo de 1947 surgieron las primeras dificultades en los territorios coloniales. La culminación sería el inicio de la guerra de Indochina, el 19 de diciembre de 1946 y que terminaría hasta 1954 después de que Francia aceptara la independencia del Sudeste asiático con la firma de los Acuerdos de Ginebra. El esfuerzo militar que la Metrópoli empujó en esta lucha drenó gran parte de sus recursos económicos, puesto que el país carecía de la fuerza necesaria para imponer nuevamente su dominio sobre la región.

La IVª República también intentó conservar sus colonias africanas a través de la concesión de algunas reformas destinadas a promover la participación de las poblaciones nativas en la administración local.

Como era de esperarse uno de los objetivos del partido gaullista, el RPF, fue la preservación de la integridad

del Imperio. Una de sus circulares señalaba el 7 de julio de 1947: "Perder Indochina, Africa del norte, etc., sería no sólo perder nuestro prestigio, sino vernos reemplazados por otra potencia", y luego añadía.

Es por la Federación de Pueblos de Ultramar, reunidos en la Unión Francesa, que somos una gran potencia (cien millones de súbditos franceses) y por eso tenemos derecho a sentarnos con los tres Grandes 13/.

De ahí que el gaullismo de este período se identifique con los intereses coloniales, partiendo de la base de que el Imperio es una de las justificaciones de que Francia sea una potencia mundial. Asimismo, las fuerzas gaullistas apoyarían la decisión gubernamental de participar en la fuerza multilateral de Naciones Unidas que actuó en la guerra de Corea, en defensa de sus propios intereses en Asia 14/. En este caso el general aprueba incondicionalmente la acción norteamericana como una respuesta defensiva del mundo occidental y añade

... el combate que desde hace cuatro años enfrenta a Indochina contra Francia y la Unión Francesa es parte de esta misma lucha. Quienes malévolamente acusan a Francia de colonialismo, mientras combate a Ho Chi-Minh, harían bien en callarse 15/.

En 1948 propuso que la Unión Francesa se convirtiera en una confederación en la que cada país se responsabilizara de su propia administración, dejando en manos de Francia su política exterior, su defensa y la elaboración de una estrategia económica común. Este sería el mismo esquema, que años más tarde aplicaría para la creación de la Comunidad.

La incapacidad de la IVa República en materia colonial fue utilizada por los gaullistas como una prueba más de la errónea organización del país. El fracaso que en este período se manifestó en el nivel del proceso de decisiones, condujo a que los diferentes gobiernos no pudieran resolver los problemas que planteaba la preservación de los territorios coloniales o aun la descolonización.

En noviembre de 1954 estalló la rebelión argelina, cuyo desarrollo dominó los últimos años del régimen constitucional de 1946. Pierre Mendes-France era en ese momento presidente del Consejo de Ministros y, haciendo, a un lado toda idea de secesión o retirada, intentó aplicar una serie de reformas en el estatuto de Argelia, destinadas a fomentar la participación de los musulmanes en la administración local y a elevar su nivel de vida. No obstante, la resistencia de los europeos habitantes de Argelia impidió la aplicación efectiva de esta política. Ellos sostenían que esta solución no tendría ningún resultado y que la mejor táctica era combatir la.

rebelión con las armas 16/.

La situación se deterioraba aceleradamente y el régimen empezó a verse dominado por un desacuerdo fundamental en cuanto a la solución del problema colonial. La subsecuente parálisis fue abriendo paso a las fuerzas de la oposición, especialmente a los gaullistas que tanto habían defendido la idea de conservar el Imperio. El propio de Gaulle afirmaba el 30 de junio de 1955

"... sólo una política orientada a reemplazar la dominación con la asociación en África del norte francesa, que aporte, desde luego, la firmeza necesaria y casti que todos los crímenes será válida y digna de Francia" 17/.

Pero los sucesos se precipitaron de tal manera 18/, que el mismo hombre que en 1958 fue llamado para evitar el desmembramiento de la Unión Francesa, la liquidaba definitivamente en marzo de 1962 con la firma de los tratados de Evian que aseguraron la independencia argelina.

En junio de 1958 de Gaulle, jefe del gobierno, afirmaba "... todos los argelinos son franceses con plenos derechos y Argelia es tierra francesa hoy y para siempre". Al mismo tiempo proponía la creación de la Comunidad Francesa. Esta forma de asociación de los territorios ultramarinos con Francia tenía las características de un esquema de autonomía limitada en el que la ex Metrópoli asumía las responsabilida-

des de defensa y política exterior y económica.

El referéndum del 29 de septiembre de 1958 que sometió la nueva constitución al voto popular, en las colonias proponía además dos alternativas: si votaban sí, ello significaba que el territorio conservaría provisionalmente su estatuto francés y en cuatro meses decidiría entre tres posibilidades: conservar el status de territorio, o elegir entre el de Departamento y Estado miembro de la Comunidad. Si votaba no entonces obtendría su independencia.

Salvo Guinea, cuyo voto fue negativo, la mayoría de los territorios de Ultramar optó por el estatuto de Estado miembro de la Comunidad. No obstante, Jacques Soustelle —uno de los principales colaboradores del general de Gaulle durante este período—, afirma que desde 1958 el nuevo jefe del gobierno francés manifestaba la convicción de que todos los pueblos coloniales, sin excepción, aspiraban a la plena independencia. Al parecer, creía firmemente que "el sentido de la historia" conducía de manera inevitable a la desaparición del Imperio, y optó por desempeñar el papel de emancipador. Así, el 4 de junio de 1960 la Asamblea Nacional votó una ley según la cual todo miembro de la Comunidad Francesa podría acceder a la independencia, sin dejar de serlo.

Además,

a partir del momento en que los países del África negra se percataron de que Francia, sin nin

guna duda, se disponía a abandonar Argelia y el Magreb comprendieron que la Comunidad estaba perdida 20/.

Y mientras que en enero de 1959 de Gaulle ofrecía a Argelia un status preferencial -sin especificarlo- en el seno de la Comunidad, en marzo, de 1960 cambiaba sorpresivamente el tono al hablar de una "Argelia argelina" y sugerir apenas una concesión de independencia en junio del mismo año; hasta que en diciembre de 1961 anunció el inicio de negociaciones con el Frente de Liberación Nacional (FLN) y el retiro de las tropas francesas de territorio argelino.

Es de suponer que después de un cierto período el general llegó a la conclusión de que el control político y militar de las excolonias resultaba demasiado costoso para el país, que por lo demás deseaba orientar en otras direcciones. Por otra parte, es posible que también haya considerado las ventajas de modificar los términos de las relaciones con los antiguos territorios de Ultramar en un sentido que asegurara las ventajas de una relación más o menos estrecha. Además, seguir luchando por mantener las posesiones coloniales hubiera implicado la renuncia -a más o menos corto plazo- a la formación de un ejército completo y modernizado, que era uno de los objetivos prioritarios de su política.

La unificación europea

Ya hemos visto que el objetivo fundamental de Charles de Gaulle era dar a Francia un gran papel en Europa y en el mundo, y que para lograrlo la condición esencial era la independencia.

Para él la miseria económica en la que la guerra había dejado a Europa alimentaba el peligro de un avance soviético en el continente, afirmaba que la ayuda norteamericana no era suficiente para contenerlo y que resultaba demasiado onerosa en la medida en que comprometía la independencia del continente. Era necesaria la creación de una Europa unida y fuerte formada "por Estados independientes, organizada como un todo capaz de contener cualquier pretensión de hegemonía y de constituir el elemento de equilibrio que exige la paz 21/". Pero Europa occidental no podría ni debería organizarse sino en torno a una Francia sólida. Entonces, una vez que ese país se hubiera recuperado, gracia a la ayuda norteamericana, podría darse la unificación de Europa que era el único camino que le quedaba si deseaba mantener una posición autónoma -con respecto a Estados Unidos y la Unión Soviética- guiado por la grandeza de Francia, conforme lo exigía "el orden natural de la cosas".

Ante la imposibilidad de llegar a un acuerdo con la Unión Soviética en cuanto al tratado de paz con Alemania, de

febrero a junio de 1948 se celebró la conferencia de Londres a la que asistieron los representantes occidentales de tres de las zonas de ocupación. Las conclusiones de dicha reunión resultaron esencialmente diferentes a la política francesa, en cuanto a que anunciaban la constitución de un Estado alemán occidental, rechazaban la propuesta de internacionalización del Ruhr dando solamente a su industria ese status, y dejando pendiente el problema del Sarre.

Para de Gaulle este acuerdo significó el primer aviso de que Estados Unidos sería capaz de sacrificar en su propio beneficio el futuro de Europa, era el principio de la reunificación alemana, con la consecuente amenaza para Francia, como resultado de una política anglosajona de apaciguamiento. Para Estados Unidos esta decisión tenía por objeto "según él transmitir a Alemania unificada sus responsabilidades en el continente. Mientras que Inglaterra "...siguiendo la tradición, busca el renacimiento del Reich a fin de que en la agrupación de Europa occidental Francia y Alemania se contrarresten mutuamente bajo su arbitraje" 22/. Para de Gaulle la solución francesa era la única realmente europea y quienes adoptaron una distinta no comprendían su alcance "... pues Europa es muy compleja, muy difícil. No es fácil entender Europa cuando se viene de lejos" 23/. Su rechazo era tan absoluto que, reconociendo en el acuerdo el peso de la influencia norteamericana y el condicionamiento que suponía su ayuda económica

afirma: "Hemos vivido mucho tiempo sin el Plan Marshall... sería de gran utilidad a condición de que no nos llevara a sacrificar el futuro del país y de Europa" ^{24/}. Pero estas expresiones no dejan de ser meras manifestaciones de su resentimiento ante el poderío estadounidense.

A partir de 1949 Europa occidental empezó a registrar un fuerte movimiento hacia la organización. En ese año se creó el Consejo de Europa, dotado de un comité de ministros y de una Asamblea cuyos miembros eran designados por los parlamentos nacionales, pero sin ningún poder real. Dentro del mismo esfuerzo hallamos también, y además como respuesta a la no internacionalización del Ruhr, la propuesta del 9 de mayo de 1950 de Robert Schuman, que invitaba a la creación de la Comunidad Económica del Carbón y del Acero (CECA), bajo una autoridad supranacional, como un primer paso hacia la integración de las economías de Europa occidental. La negativa de Inglaterra a participar en esta organización empezaba a sugerir la formación de una Europa de los Seis: Alemania, Francia, Italia y los países del Benelux.

Luego de haber comprobado la fidelidad de Inglaterra a la política norteamericana, Charles de Gaulle pensaba que la base de la Europa unida debía ser un acuerdo directo sin intermediarios, entre Francia y Alemania. "El futuro de Europa dependerá de las relaciones francoalemanas" ^{25/}. El Consejo

de Europa le parecía ser una mera ficción, un artificio, él sostenía que para que la unificación de Europa fuera realmente europea tendría que provenir de la decisión directa de un gran movimiento popular, y de los pueblos que expresarían su voluntad a través de un referéndum 26/.

Charles de Gaulle temía que los Estados Unidos impusieran en Europa occidental un tipo de unificación que implicara la pérdida de la soberanía nacional en favor de una autoridad supranacional, y tal vez hasta extraeuropea. La organización de Europa debía reunir a pueblos muy distintos pero respetando sus respectivas particularidades, para formar una confederación en la que cada Estado delegaría parte de su soberanía, cultura, economía y defensa. Pero estas cesiones de soberanía serían del mismo tipo de las que implica la firma de un tratado. Por el contrario, en su esquema la superioridad relativa de Francia en Europa -sobre todo en cuanto a una mayor capacidad política de maniobra- podría permitirle convertirse en la potencia continental dominante y fortalecerla frente a las superpotencias, a ella en particular y al conjunto europeo en general. A veces la ambigüedad era una de las mejores armas de la política degaullista.

Todo parecía sugerir que Inglaterra deseaba permanecer al margen de esta organización, conforme lo señalaban -según de Gaulle- su insularidad tradicional, la existencia

del Commonwealth y sobre todo la relación de privilegio que sostenía en la política norteamericana. En cuanto al papel que Estados Unidos debía jugar en esta unificación afirma: "Estados Unidos no forma parte de Europa. Creo haberlo descubierto en el mapa" 27/. La confederación europea debía partir de un acuerdo directo entre Francia y Alemania con base en las realidades nacionales.

Las instituciones confederales debían consistir en un Consejo formado por los primeros Ministros de cada país, que dispusiera de servicios comunes en la preparación de sus decisiones políticas, económicas, culturales y militares; una Asamblea deliberativa elegida por sufragio universal, otra que representara las realidades regionales, económicas, intelectuales y morales de cada uno de los Estados participantes y una Corte de Justicia formada por miembros inamovibles elegidos entre los magistrados de cada uno de los países. El problema que planteaba este esquema residía en que los países más pequeños de Europa occidental no estaban dispuestos a admitir ningún proyecto de unificación que no incluyera algún elemento de contrapeso a la influencia de Francia o Alemania, a saber: la supranacionalidad o la presencia de Inglaterra.

La unificación del continente representaba para de Gaulle una necesidad histórica. "Yendo hacia la unidad de Europa vamos en el sentido de la historia" 28/.

La defensa de Europa

El golpe de Praga de febrero de 1948 acentuó el resquebrajamiento de Francia al bloque occidental y modificó su carácter. La amenaza que aparentemente la Unión Soviética hacía pesar sobre Europa infundía el temor de que esta última sería incapaz de enfrentar sola ese peligro. La extensión del tratado de Dunkerque a los países del Benelux parecía insuficiente. Entonces, a petición de los mismos europeos la Alianza Atlántica adquirió un carácter militar consagrado el 4 de abril de 1949 con la firma del Pacto Atlántico.

Desde principios de 1948 de Gaulle consideró la necesidad de que la ayuda norteamericana se extendiera al plano de la defensa "de manera precisa y explícita", pero no aprobó los acuerdos finales que desembocaron en la creación de la organización del Tratado del Atlántico Norte, porque insistía en que en ellos debía prevalecer la cooperación y que la ayuda debía utilizarse de tal manera que no comprometiera la independencia. Para que esto fuera posible era necesario que Francia tuviera un sistema de defensa propio, puesto que siendo ella responsable de la defensa de Europa, no podía estar sujeta exclusivamente a las exigencias y necesidades militares de Estados Unidos.

Esta idea constituye el germen de la "force de frappe", y se irá desarrollando conforme los acontecimientos pon-

gan en duda la solidez del apoyo norteamericano ante un posible ataque soviético a Europa occidental. Cuando en 1949 la Unión Soviética hizo estallar su primera bomba atómica, de Gaulle expresó su temor de que ante la perspectiva de la destrucción total Estados Unidos tratara de adoptar una política "más prudente" en sus decisiones estratégicas en Europa. Es decir, que en caso de un ataque soviético a Europa occidental la respuesta norteamericana no fuera tan inmediata. La efectividad de "la sombrilla nuclear" se veía debilitada por las posibilidades soviéticas de lanzar un ataque masivo contra el territorio estadounidense.

Para el general el Pacto Atlántico restaba autonomía a Europa, al colocar todos sus efectivos militares bajo comando norteamericano. La inferioridad de armamento también constituía un grave obstáculo para la independencia estratégico-militar que consideraba indispensable para que el continente dispusiera de un aparato defensivo adecuado: "No tenemos bombas atómicas. En un mundo como éste, lo siento" 29/.

En 1950 la guerra de Corea agudizó las tensiones, la división del mundo en dos bloques, y el temor de que el conflicto adquiriera amplitud y proporciones mundiales. En septiembre de ese mismo año Estados Unidos expresaba su decisión de reforzar la defensa del campo occidental sumando a ella el potencial alemán. Ante la inminencia del rearme de Alemania, el gobierno de René Pleven en Francia sugirió en

el mes de octubre la creación de un ejército europeo que si bien controlaba a los contingentes alemanes al enmarcarlos e impedía la reconstitución de un ejército germano, también implicaba la disolución del ejército francés bajo una autoridad política supranacional: La Comunidad Europea de Defensa (CED).

La oposición del general de Gaulle a este proyecto fue, desde un principio, absoluta; para él entraba en juego la existencia misma de la nación, aunque apoyara la unificación militar del continente "Este sistema sería erróneo si las fuerzas francesas estuvieran dispersas en un maquinismo apátrida y perdiera por fragmentos su carácter de instrumentos nacional" 30/. Según él, un ejército no sabe luchar si no es por su país, bajo la autoridad de su gobierno y las órdenes de sus propios jefes.

La CED subordinaba Europa a la estrategia norteamericana y hacía de ella su instrumento, políticamente era un disfraz para una abdicación de la soberanía, que "... hoy equivale a un rebajamiento y mañana a un desastre" 31/. Un ejército nacional es la condición necesaria de la paz y la independencia "... debemos fortalecernos con un ejército que sea nuestro ... y aliados atlánticos que sean aliados y no amos" 32/.

El descontento que de Gaulle empezaba a manifestar cada vez más abiertamente hacia la política norteamericana en Europa podemos atribuirlo a la decisión que se tomó con rela-

ción a Alemania en los acuerdos de Londres; y que según él afectaba directamente los intereses de Francia, y además a la fuerte presión que Estados Unidos ejerció sobre esta última en apoyo al proyecto de la CED 33/.

Para el general la Alianza Atlántica era indispensable dado que el país estaba amenazado, pero la debilidad e inconsistencia del régimen habían hecho de ella "un protectorado". El 12 de noviembre de 1953 afirmaba a propósito del ejército europeo que para Francia era inaceptable un acuerdo en el que su aparato militar dependiera de un comandante en jefe norteamericano, en una situación general en la que "... en muchas regiones del mundo y aún en ciertos puntos de Europa la política de Estados Unidos de ninguna manera se conforma a nuestros intereses" 34/.

Para él la defensa de Europa implicaba la creación de una confederación realmente europea de la que formarían parte Francia, Alemania e Inglaterra, pero debía concentrarse en la primera porque "la defensa de Europa no se hace desde Londres". Esto exigía la revisión de la Alianza Atlántica "... para adaptarla a nuestra propia independencia y a nuestra posición de potencia" 35/ mundial.

La muerte de Stalin en 1953 permitió que en 1954 se restableciera una cierta actividad entre Washington y Moscú, y en general un tono menos severo de la actividad diplomática,

todo parecía sugerir la tendencia del sistema internacional hacia el establecimiento de un "modus vivendi". Charles de Gaulle no podía permanecer impasible, ni Francia ajena a todo este movimiento. El primero en un intento por evitar que las dos superpotencias llegaran directamente a un acuerdo, -subrayando así la insignificancia de los demás actores en el drama-, afirmó que ésta era la oportunidad para llevar a cabo una política exterior realmente francesa, dedicada a lograr un relajamiento entre los dos polos de poder. Francia tenía que optar por una política que le fuera propia y no sólo adaptar su acción a la de los demás. Pero esto le parecía exigir un potencial atómico que le permitiera utilizar el mismo lenguaje que las grandes potencias. "No podemos ser eficaces y hacernos oír sino a condición de que seamos fuertes" 36/.

La ratificación de los acuerdos de Londres y París que se refieren al ingreso de Alemania al Pacto Atlántico en 1954, no provocó las tensiones que se suponía, aun cuando la Unión Soviética denunciara el tratado francoruso de 1944 y respondiera con la creación del Pacto de Varsovia. Por otro lado, si bien las conferencias que se celebraron en Ginebra entre julio y noviembre de 1955 tendientes a solucionar el problema del tratado de paz con Alemania resultaron inútiles, la conclusión de otro relativo a Austria contribuyó al relajamiento y a que disminuyera el temor a un ataque soviético en Europa occidental.

En Francia, el gobierno de Antoine Pinay se vio favorecido por el descenso de los precios mundiales y la estabilización en 1952, por primera vez desde la guerra, de los precios internos. Todo parecía sugerir que por fin podría fortalecerse la IVa República. ^{37/} Las elecciones municipales de abril de 1953 marcaron el inicio de la desintegración del RPF que terminó actuando como un partido más. En fin, el gaullismo que había surgido como una alternativa al cataclismo, parecía perder su fuerza y su razón de ser. El 4 de diciembre de 1954 el general de Gaulle anunció su decisión de retirarse definitivamente de la vida política del país. No sería sino hasta la agudización del conflicto argelino que los franceses volverían sus ojos a de Gaulle, como el hombre indicado para resolver la crisis. "Sin el problema de Argelia, la IVa República todavía existiría" ^{38/}.

IIa PARTE.

LA POLITICA EXTERIOR DE CHARLES DE GAULLE. 1958 - 1969. —

La política de la grandeza y la intransigencia.

Ya casi resulta un lugar común decir que los once años de la Va República que van de 1958 a 1969, constituyeron antes que nada una política exterior. El gaullismo está basado en "una cierta idea de Francis", de ahí que dé primacía a las cuestiones externas. El pensamiento del general de Gaulle estuvo siempre dominado por el deseo de que su país ocupara un lugar de primer orden en el escenario internacional, "... su acción en todos los demás dominios sólo estaba orientada a reunir los medios para alcanzar ese objetivo" ^{1/}.

Ya hemos señalado la influencia determinante que el Presidente de la República ejercía sobre el proceso de la toma de decisiones en materia de política exterior, no sólo en virtud de su propia determinación e inclinaciones, sino también gracias a los mecanismos constitucionales especialmente diseñados con ese propósito. Aun así, el papel del Ministro de Relaciones Exteriores durante todo este período no carece de importancia. De Gaulle indicaba cuales habían de ser los lineamientos a seguir, dejando en manos de su ministro un margen de acción considerable, ya que el interés que manifestaba por diferentes problemas siempre era intermitente. Maurice Couve de Murville

"No es un compositor, sino un excelente director de orquesta, el Karajan del Wagner del Eliseo" ^{2/}.

A partir de 1958, antes siquiera de que se hubiera resuelto el problema de Argelia, París se convirtió en uno de los centros neurálgicos de la actividad internacional. A lo largo de todo el período que nos ocupa, esta ciudad recibió incontables visitas de estadistas y funcionarios importantes de casi todo el mundo, y el propio de Gaulle realizó frecuentes viajes al exterior, que tenían por finalidad última subrayar la importancia de Francia en el escenario internacional.

El gobierno degaullista se propone llevar a cabo una política de prestigio ^{3/} orientada a restaurar su imagen exterior, haciendo gala de una iniciativa y de un impulso que el período anterior había casi olvidado.

La problemática que enfrentó la IVª República en su política exterior no difería esencialmente de la que enfrentaría su sucesora, al menos a nivel continental. En el primer caso los fines que se plantearon fueron la seguridad frente al bloque oriental y a Alemania, así como la reconstrucción económica. En ese momento el logro de ambos implicaba una buena dosis de concesiones en el exterior, por ejemplo en la política hacia Alemania, en la expedición de Suez o aún en la actuación de Francia en las organizaciones internacionales, misma que confirmaba su alineación al bloque occidental. En el segundo caso el nuevo régimen también buscaba la seguridad frente al bloque oriental y la expansión económica, aunque estos no fueron sus únicos fines; la defensa que antes buscaba con respec

to a la Unión Soviética se tradujo también en un deseo de independencia con respecto a Estados Unidos en un conflicto por evitar que la no pertenencia a uno de los dos bloques no implicara necesariamente la asimilación al otro.

El elemento fundamental que introdujo un cambio en la actuación exterior de uno y otro régimen fue la evolución del sistema internacional. El marco en el que se desarrolló la IVa República sólo le permitió resignarse a reconocer que casi inevitablemente se había visto incluida en un bloque. Su actitud reflejaba a veces más una sorda importancia ante lo ineludible, que una prioridad en la concepción de la política exterior conforme a la división del mundo en dos campos.

Aun cuando hallamos rasgos de continuidad en estas dos épocas de la política francesa, la presencia del general de Gaulle al frente del país introdujo un elemento determinante. Su personalidad imprimió un sello muy específico a este período, y si bien algunos pueden considerarlo trivial, a nosotros nos hace pensar en la fuerza que puede tener la expresión de un estilo y una voluntad peculiares en la política internacional.

Considerando aparte los problemas coloniales, la Va República - al menos en sus primeros años no representó un viraje esencial de la política exterior francesa; por ejemplo, en lo que se refiere a Europa. En este caso la construcción europea se revigora y reafirma adquiriendo un nuevo tono y una inspiración ideológica decidida. Lo mismo sucede en cuanto a

la política nuclear e inclusive miliar, podemos pensar que el origen de la CED se halla en una tímida manifestación de independencia europea. Las guerras coloniales, la expedición de Suez y la participación de Francia en el conflicto de Corea, pueden considerarse como el deseo de sostener una política de alcance global.

Cuando de Gaulle llega al poder la situación interna, que es de hecho la que lo llevó a la presidencia, exigía con mayor urgencia su atención. El mismo consideraba que hasta que no se hubieran resuelto los conflictos coloniales, a saber, Argelia, y sus repercusiones económicas en el interior de la Metrópoli, Francia no tendría las manos libres para actuar en el panorama internacional. Dado que una situación interna ag lida y estable es el prerrequisito esencial de una política exterior sana, activa e independiente.

Esto no significa ni mucho menos que los primeros cuatro años de la presidencia de Gaulle mantuviera a Francia al margen de los asuntos mundiales. Por el contrario, desde un primer momento el Presidente de la República, hizo patente su decisión de llevar a cabo el cuadro de alianzas que, a la manera tradicional de un sistema de equilibrio de poder, atribuyera a Francia un papel preponderante en Europa, en el seno de la Alianza Atlántica y por ende en el mundo.

Hasta 1958 Francia se acomodaba al inmovilismo general de los países menores, que sancionaba la división del mundo; ya sea que se tratara de la política atlántica, de la constru

ción europea, o de una cierta hostilidad hacia el Tercer Mundo, nacida de las guerras coloniales. De Gaulle, por su parte, trató de terminar con esta exclusión de los grandes roles internacionales para restablecer, como hemos dicho, un sistema diplomático tradicional de alianzas y contra-alianzas que agrupara a los grandes: "Su tendencia se orienta hacia un directorio de los Grandes: cinco en la ONU, tres en la organización Atlántica, dos en Europa y uno solo en Francia" 4/.

Ahora bien, para que esto fuera posible y Francia pudiera reafirmar su "vocación de grandeza", tenía que contar con algunos otros elementos que la consagraran en el status de gran potencia que ocupaba en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, dada y su calidad de potencia colonial-problema que ya hemos discutido. Uno de los símbolos más manifiestos de la grandeza en la actual era atómica era el armamento nuclear. El realismo que caracteriza al general de Gaulle le imprimía a su acción exterior una brutalidad, no sólo en la forma sino también en la concepción de las relaciones internacionales, en las que la fuerza ocupaba un papel determinante y, sobre todo, la fuerza militar.

La unidad europea fue otro de los elementos que dentro de la política exterior francesa de este período se consideró más como un medio que como un fin en sí misma, un instrumento para que Francia recuperara su grandeza y su independencia. Los países del Benelux quedaban naturalmente excluido de cualquier posibilidad de ejercer un liderazgo europeo; Alemania es-

taba aparentemente condenada a ser "el gigante económico pero el enano político de Europa", según palabras de Willy Brandt; y por último, Italia se debatía en un sistema interno caracterizado por una gran inestabilidad parlamentaria que limitaba sus posibilidades en el exterior. De tal manera, que Francia era la única que podía ejercer un liderazgo europeo. El problema residía en convencer a los demás miembros de la comunidad continental que esta apreciación era acertada y que por lo tanto esto debía ser así.

Al asumir la presidencia de la República el general de Gaulle interpretaba la problemática internacional de la siguiente manera: el núcleo de la rivalidad soviético-norteamericana estaba en Alemania y en el status de Berlín, de ahí se extendía el Tercer Mundo que se había convertido en el campo de batalla de las dos superpotencias. Las crisis que agitaban al Medio Oriente, Asia, Africa y América Latina se prolongaban por la indebida intervención de Estados Unidos y de la Unión Soviética, hecho que debilitaba aún más el frágil equilibrio mundial. Consideraba que la unificación de Europa occidental era un proyecto a corto plazo que debía preparar la unificación de todo el continente y una "Europa del Atlántico a los Urales". Por otra parte, estimaba necesaria la revisión de las organizaciones internacionales que de hecho carecían de imparcialidad y polarizaban las decisiones para convertirse en un microcosmos de la política mundial. Terminaba señalando, "Quiero que Francia intervenga en cada uno de estos dominios" 2/.

Este planteamiento de las relaciones internacionales puede resumirse en la oposición a la política de bloques y en la expansión del ámbito de competencia de la acción exterior de Francia que, según de Gaulle, había de asumir un responsabilidad mundial. La política de bloques, tal como la definió el propio general, neutralizaba cualquier acción independiente y se manifestaba en todos los aspectos de la vida internacional; la participación de Francia vendría a ser como una fuerza extrapolada, cuya intervención a todos los niveles modificaría sustancialmente la política mundial, marcaría el fin de la Guerra Fría y fortalecería el sistema internacional.

Todo ello implicaba en primer lugar una reorganización de las relaciones interaliadas, la transformación de la alianza atlántica y de las bases de la construcción europea. De esta voluntad renovadora surgirían muchos conflictos que por momentos parecerían poner en peligro la existencia misma de estas estructuras. Los problemas se originarían a todos los niveles, ya sea en cuanto a una política europea, a una política nuclear, a un sistema monetario internacional basado en el dólar, o en cuanto a una estrategia global del mundo occidental. En lo que se refiere a las relaciones con la Unión Soviética y con el mundo socialista en general, se nota, comparativamente hablando, una sorprendente facilidad en el restablecimiento y fomento de las mismas.

En la política hacia Europa hallamos un deseo de restaurar la hegemonía francesa, contener a Alemania y en última

instancia eliminar los vestigios de Yalta, esto es, la doble hegemonía mundial. En este nivel se plantea el problema de la rivalidad con Inglaterra (y con Estados Unidos) en términos de política del poder. El apoyo al Tratado de Roma se explica por razones económicas profundas, pero también con base en con sideraciones de orden político: "Dotar a Francia de una economía adaptada a las más desarrolladas, pero también la voluntad de restaurar, sin excesos, su papel en el mundo y en Europa" 6/.

En este punto resulta indispensable señalar que el gobierno degaullista siempre trató de delinear una tajante distinción entre la integración económica y la integración política, aunque a veces se valiera de la segunda para obtener con cesiones en la primera. De hecho, nunca estuvo dispuesto a sa crificar un centímetro de su soberanía nacional "Creo que actualmente, no más que en otras épocas, la unión de Europa no podría consistir en la fusión de los pueblos, sino que puede y debe ser el resultado de un acercamiento sistemático" 7/.

La unidad europea se concibe como una autodiferenciación esencialmente con respecto a Estados Unidos, pero de ninguna manera como el establecimiento de un gobierno supranacional.

Resulta primordial señalar que el esquema de la política exterior del general de Gaulle se sitúa en un marco bien específico de posibilidades y limitaciones. En primer lugar cabe subrayar que siendo él el último de los Grandes de la dé cada de los años Cuarenta, consideraba que en el mundo en el

que ahora le tocaba actuar, "Quedan jefes políticos que quieren asegurar ventajas para su país, desde luego en detrimento de los demás, pero que evitan los riesgos y las aventuras. (...) En pocas palabras, es un momento en el que en todas partes reina la mediocridad y en el que yo tendré que actuar por la grandeza" 8/. Esta apreciación, que no carece de verdad, tiene que manejarse con mucho cuidado, tratando de evaluar la personalidad del general de Gaulle siempre en su justa medida. La indudable ampliación de los márgenes de movilidad de la política exterior francesa durante este período no se debió sólo y exclusivamente a la voluntad de un solo hombre, por férrea y determinada que ésta fuera, sino que fueron con mucho las condiciones derivadas de la evolución misma del sistema internacional las que favorecieron este desarrollo.

El clima de relajamiento que se originó a raíz de la enunciación del principio de la "coexistencia pacífica" en 1956, como principio rector de las relaciones entre los bloques, permitió una actividad internacional más diferenciada. Así también la aparición de un Tercer Mundo que afirmaba una voluntad de independencia con respecto a los dos polos de poder, imprimió una mayor movilidad a todo el sistema. Por otra parte, la total recuperación económica del continente europeo y su competitividad en el mercado internacional, empezaba a sugerir el progresivo deterioro de un sistema bipolar que actualmente parece registrar una tendencia hacia la multipolaridad, con la aparición de nuevos centros autónomos de decisión; o por lo menos de potencias económicas que desafían

la hegemonía norteamericana en este nivel.

El resquebrajamiento de las estructuras internas del bloque socialista, y la erosión de la estructura de poder en Estados Unidos, derivada de su empeño por mantener una política de compromiso global, son elementos que hay que considerar. La transferencia de la rivalidad de las superpotencias a otras regiones ha llevado a que esta política mundial tienda a verse remplazada, sobre todo desde la agudización del conflicto de Vietnam, por una política de "disengagement" en áreas que han ido perdiendo importancia estratégica -Europa-, o de transferencia de responsabilidades en determinadas regiones hacia otros subcentros de poder.

Frete a estas condiciones que posibilitaron la acción exterior de Charles de Gaulle, y que con base en su realismo político supo manejar puesto que su línea de conducta consistió en proceder de acuerdo con las circunstancias; encontramos que su política enfrentó serias limitaciones que en más de una ocasión resultaron insuperables aún a pesar de su intransigencia. Entre ellas la más importante nos parece ser la incapacidad de de Gaulle para convencer a los demás miembros de la comunidad europea de que aceptaran la necesidad de independendizarse de Estados Unidos y de que consideraran a Inglaterra un elemento disruptivo de lo que pudiéramos llamar la "europoidad". Evidentemente esto no es más que un reflejo de la incapacidad de Francia para sustituir a Estados Unidos como potencia hegemónica dentro del continente. Parece

obvio que lo que de Gaulle realmente desaprobaba no era la división del mundo, sino la negativa de Estados Unidos a compartir con Francia su mitad del liderazgo mundial^{9/}.

De esta manera, es posible afirmar que la política exterior francesa se sitúa en el contexto de una independencia relativa, en el que si bien se dieron actos de autodeterminación, éstos se presentaron dentro de un marco de posibilidades cuyo desarrollo fue bastante ajeno a la acción de Francia. La independencia fue relativa en la medida en que no rebasó ese marco determinado de posibilidades; de hecho probó su ineffectividad cuando trató de referirse a regiones o a problemas vitales para alguno de los polos de poder, como sería el caso del patrón oro, de Vietnam o del Medio Oriente. O el hecho de que la intervención soviética en Checoslovaquia no hubiera suscitado una reacción sobresaliente por parte del gobierno francés que, de esta manera, reconoció implícitamente la política de bloques que aparentemente rechazaba.

En lo que se refiere específicamente a cuestiones de orden interno resulta interesante señalar que, si bien en 1964 se podía afirmar que en líneas generales la política exterior degaullista era ampliamente aceptada por la opinión pública-halagada por la consideración que recibía a través de su presidente y la oposición que en este sentido se manifestaba se refería más a la forma que al contenido; las elecciones presidenciales de 1965 marcaron el debilitamiento del carisma. El voto personal gaulista sufrió en esta ocasión un conside-

rable descenso y los actos unilaterales del Presidente, tanto en política interna como externa, empezaron a perder la sanción popular que constituía el origen de la fuerza de Charles de Gaulle, quien aparecía cada vez más aislado de la "intendencia", esto es, de la política interna.

Nos enfrentamos pues al problema de la definición de la política exterior francesa bajo Charles de Gaulle. En este momento todo parece indicar una tendencia al repliegue de Francia al ámbito europeo; si aparentemente se mantienen los lineamientos anteriores, de hecho parece haberse olvidado la política de grandeza y de alcance mundial. Esto parece concidir con una regionalización de la política internacional basada en la tendencia hacia la multipolarización del sistema. La política de Charles de Gaulle parece haber sido apenas un episodio en la evolución de las relaciones internacionales. La misma dimensión del gaullismo le impone sus propias limitaciones al estar fundado en "una cierta idea de Francia".

CAPITULO III,

LA POLITICA FRANCESA HACIA EUROPA

Nacionalismo francés y supranacionalidad europea

La base de la política exterior del general de Gaulle era el nacionalismo, entendido éste como una concepción del mundo que atribuye a la nación el valor político supremo. De ahí deriva la idea de que el interés nacional debe ser el único principio rector del gobernante, por encima de regímenes e ideologías, y de que la unidad nacional es el fundamento necesario de una política interna, espina dorsal de la acción internacional de un país.

Según escribe Duverger ^{1/}, Charles de Gaulle conjuga dos tipos de nacionalismo: el de la autodeterminación de un Estado débil ante otro más fuerte, y el de la dominación que un Estado desea imponer sobre otro comparativamente más débil. Esta doble percepción se manifestó primero en su política hacia Estados Unidos y en su oposición a la creación de una amplia comunidad atlántica, y luego en la política hacia Europa, donde se nota claramente el deseo de imponer el liderazgo francés en el continente, o en su política hacia el Tercer Mundo donde quiere convertirse en el campeón de la independencia y la autodeterminación.

La posición que de Gaulle deseaba atribuir a Francia en el escenario internacional se basaba en la convicción de que

sólo ella podía hablar en nombre de Europa, como único representante legítimo de la civilización occidental. Las tres alternativas que tenía de Gaulle para lograr su objetivo fundamental, a saber, la grandeza de Francia, eran: formar parte del bloque occidental, pero como socio y ya no como aliado subordinado de Estados Unidos —que es la política que subyace en su propuesta de un directorio atlántico tripartita—, crear un bloque europeo occidental independiente de Estados Unidos, en el que Francia ocupara una posición preponderante —esta era la orientación del tratado franco-alemán—; o sumarse, como líder, al grupo de los países pequeños que reivindicaban su independencia con respecto a la política de bloques —esta es su política de apoyo al Tercer Mundo y al neutralismo—.

Por ahora nos interesa analizar la segunda de estas alternativas, la creación de un bloque europeo occidental independiente. En este caso la política del gobierno de Gaulle tendía al establecimiento de un concierto de Estados europeos. De acuerdo con esta idea la construcción de la unidad europea debía partir de las realidades continentales, esto es, de los Estados-nación que por lo demás "...son las únicas entidades que tienen el derecho de ordenar y el poder para ser obedecidas" ^{2/}. Para de Gaulle las organizaciones transnacionales o supranacionales podían tener valor técnico, pero ninguna efectividad política; así pues, la unidad europea había de darse en el marco de una cooperación sistemática y de un acercamiento gradual que culminara en la concertación de

una política común, más que en el establecimiento de un gobierno supranacional.

El tipo de unificación europea que de Gaulle postulaba no era la Europa federada que había inspirado la firma del Tratado de Roma, ni los Estados Unidos de Europa de Jean Monnet, sino una especie de resurrección del Congreso de Viena de 1815; una asociación de potencias que cooperaran entre sí dentro de los límites de sus intereses nacionales y de sus ambiciones particulares.

Esta concepción de la unión europea constituye la fuente de los principales conflictos que se manifiestan en el seno de la Comunidad continental. Francia aparece en ellos como la defensora de la soberanía nacional frente a los rasgos de supranacionalidad que parecen manifestar los demás miembros. De hecho, los tratados de integración que firmó la IVª República tendían a la formación, a largo plazo, de una comunidad supranacional. No obstante, la actuación del gobierno francés de la Va República reveló una orientación que difería sustancialmente del espíritu que había motivado el movimiento integracionista europeo.

Cierto es que el asumir de Gaulle de manera explícita los compromisos adquiridos por el régimen que lo antecedió, respondía a una exigencia profunda, a la necesidad de renovar las estructuras occidentales, o por lo menos de adap-

tarlas a las nuevas condiciones que imponía este gran conjunto europeo en vías de expansión. No obstante, este apoyo fue limitado, en la medida en que para Francia la unidad política continental debía consistir en una serie de consultas intergubernamentales donde ella pudiera desplegar una influencia determinante. El nacionalismo que subyacía en la política europea del general de Gaulle condenaba por principio a que su "gran designio" no fuera sino nacional; dado que rechazaba los postulados supranacionales de quienes apoyaban un "europesmo" indiferenciado. Este afán nacionalista de la política francesa se consideró un obstáculo para la tan deseada unidad europea, al mismo tiempo que constituía paradójicamente un freno a la independencia que Francia reivindicaba para Europa occidental, porque los demás miembros de la Comunidad, por temor a la hegemonía de los países grandes o al avance de la Unión Soviética, reaccionaron ante los desplantes franceses de autodeterminación con un fortalecimiento de los lazos que los unían con Estados Unidos. Dentro de este contexto de rivalidad continental podemos situar el problema del ingreso de Inglaterra a la Comunidad. Si Francia por su parte lo consideraba como la inserción de un rival potencial a la hegemonía continental que pretendía ejercer, los demás miembros de la Comunidad veían en ella el contrapeso necesario a las pretensiones francesas a un futuro desarrollo alemán.

El Mercado Común Europeo

| En septiembre de 1947 se creó el Comité para la Coop

peración Económica de Europa, como una organización basada en consultas intergubernamentales, que tenía por objeto coordinar y distribuir la ayuda económica que Estados Unidos proporcionaba a Europa. Siete meses después el Congreso norteamericano aprobaba la ley de ayuda al exterior y formulaba un programa para la recuperación europea. En abril de 1948 el Comité anterior se transformó en la Organización para la Cooperación Económica Europea (OECE), con el fin de institucionalizar las actividades de su predecesor. Con el tiempo sus funciones se fueron ampliando y a pesar de que proponía como metas deseables de su desarrollo el establecimiento de una unión aduanera y de una zona de libre comercio, estos proyectos siempre se enfrentaron a la oposición inglesa. Aún así, logró la creación de la Unión Europea de Pagos y la liberalización del tráfico de algunas mercancías e invisibles.

La ampliación de las economías europeas, la desaparición del programa de ayuda norteamericana y el surgimiento del Mercado y la EFTA, modificaron el carácter de la organización que en diciembre de 1960 se convirtió en la Organización para la Cooperación Económica y el Desarrollo, como una expresión del deseo europeo de asumir una actitud más activa con respecto a los países subdesarrollados. Por lo demás, el principal beneficio de la OCEDE fue el haber sentado las bases de una cooperación económica efectiva entre los países europeos.

Desde fines de 1949 diversas organizaciones habían empezado a estudiar la idea de la integración económica de Europa. En 1950 la presentación del Plan Schuman constituyó un primer paso en esa dirección, al establecer las bases para la formación de un mercado común sectorial de las industrias del carbón y del acero, suprimiendo los derechos aduanales, las cuotas de importación y los subsidios estatales a las industrias nacionales. El Plan se caracterizaba por la supranacionalidad, el parlamentarismo y la representación intergubernamental.

El éxito económico de este primer experimento dió nuevo ímpetu al movimiento integracionista europeo, expresado en 1955 en la Conferencia de Messina. Ahí los representantes de los países del Benelux propusieron la integración económica del continente sobre bases supranacionales.

La propuesta se presentó ante la OEEC, y en el debate que suscitó se manifestó la incapacidad de los países europeos de lograr un acuerdo en cuanto al alcance y los objetivos de la integración. De ahí nació la división económica del continente entre quienes propugnaban por una verdadera integración de las economías y quienes defendían apenas la liberalización comercial. El fruto de estas diferencias serían la Comunidad Económica Europea (CEE) o Mercomún, y la Asociación Europea de Libre Comercio (EFTA).

El 25 de marzo de 1957 se firmaron los tratados de Roma que instituyeron la Comunidad Económica Europea y Euratom, para entrar en vigor el 1.º de enero de 1958, aunque de hecho en lo esencial las medidas de aplicación de la nueva organización debían iniciarse hasta el año siguiente.

La CEE se funda en la idea de una comunidad supranacional que se plantea como objetivo la eliminación de los obstáculos a la libre circulación de los bienes, las personas y los capitales, a fin de transformar las estructuras productivas de los países miembros. El tratado de Roma también prevé la formulación de políticas comerciales, agrícolas y de transportes comunes, así como la coordinación de las políticas monetarias y sociales. Esto implica una red de lazos políticos muy estrechos entre los miembros de la Comunidad, por ello los autores del tratado intentaron crear una estructura institucional que permitiera un desarrollo sobre una base supranacional 3/.

El documento trató de conciliar la contradicción fundamental que persistía entre los objetivos económicos y los objetivos políticos de los participantes: el deseo de Francia de que el tratado no incluyera ninguna de las cláusulas supranacionales que habían provocado el rechazo de la CED; la preocupación de Alemania por evitar la introducción, a través de la CEE, de cualquier sospecha de dirigismo en los sectores más liberales de su economía y, en consecuencia, de

limitar las intervenciones comunitarias en el dominio comercial, donde adquirirían un carácter para ella negativo, o en sectores tradicionalmente protegidos como la agricultura; y por último, el deseo de Francia y de Italia de proceder a la unificación de las políticas económicas de los países miembros para eliminar, en la medida de lo posible, las disparidades existentes y asegurar una igualdad de oportunidades en el terreno de la competencia ^{4/}.

El artículo II del Tratado presenta los principales objetivos de la CEE: crear un complejo económico regional que asegure pleno empleo, estabilidad de precios, crecimiento dinámico y condiciones favorables de las balanzas de pagos de los países miembros. Además postula el ajuste gradual de las diferentes economías a las nuevas condiciones y la formación de una unión homogénea. Por otra parte el tratado propone el establecimiento de una tarifa externa común y la formulación de una política comunitaria con respecto a los países no miembros; la armonización de las condiciones legales bajo las cuales compiten las empresas y firmas comerciales es otra de las medidas que establece a largo plazo, a fin de evitar la creación de monopolios.

El tratado establecía el 31 de diciembre de 1969 como fecha límite para la integración económica total. Mientras tanto, prevalecería un "período de transición" dividido

en tres etapas de cuatro años cada una, que facilitaría el reajuste paulatino de las diferentes economías.

Para superar las dificultades que suponía la aplicación del tratado los autores insertaron una serie de cláusulas para satisfacer a los partidarios del liberalismo económico. Primero, el tratado enuncia un conjunto de principios generales, funcionales sólo en la medida en que los Estados logren un acuerdo en cuanto a su aplicación; luego, los poderes de la Comisión, el órgano supranacional -formado por técnicos-, se hallan supeditados a las decisiones del Consejo de Ministros, el órgano representativo de los intereses nacionales que, por otra parte, no podría tomar decisiones sino por unanimidad -al menos en las dos primeras etapas del proceso integracionista, que eran las más difíciles-.

La armonización de las políticas presentaba problemas más graves en el sector agrícola que en el industrial, por razones estructurales, tanto sociales como políticas. Por lo mismo no se incluyó en la primera etapa del período de transición. Casi todos los miembros de la CEE -a excepción de los Países Bajos- se caracterizaban por la existencia de fuertes subvenciones y medidas proteccionistas en el sector agrícola. Aun cuando el Tratado de Roma prevé a largo plazo la formulación de una política común a este respecto, su definición y aplicación provocó graves problemas en el desarrollo de la Comunidad. A su vez, el ingreso de Inglaterra y el

establecimiento de una tarifa externa común también suscitaron fuertes conflictos entre los países miembros de la organización.

La agricultura francesa en el Mercomún

En virtud del proteccionismo y del progreso técnico que favoreció a la agricultura francesa en la segunda post-guerra, bien pronto se alcanzaron y aun superaron los niveles de producción anteriores a 1939. A partir de 1952 este sector empezó a manifestar un excedente productivo bastante considerable. En 1953 la agitación campesina generada por este desarrollo desembocó en la organización de los mercados agrícolas con el objeto de retirar del mercado, o de exportar con la ayuda del Estado, la fracción de la producción nacional que no absorbía el mercado interno. Se pensaba que esta tendencia a la exportación además de satisfacer las exigencias de este grupo de la población, aliviaría el déficit crónico que sufría la balanza comercial con respecto a los intercambios de bienes industriales ^{5/}.

El Tratado de Roma afirmaba que los signatarios unificarían sus políticas agrícolas, pero sin mayor especificación. A este respecto la integración económica era una buena respuesta a las necesidades de la agricultura francesa. Los precios de algunos productos básicos eran inferiores en Francia en comparación con los demás miembros de la Comunidad, de

ahí que este país pudiera convertirse en el principal proveedor de Europa continental de este tipo de productos 6/.

De Gaulle consideraba el Mercomún como un estímulo a la industria nacional, con base en la idea de que la competencia con el exterior obligaría a la economía francesa a adaptarse a las nuevas reglas de expansión de la productividad y de concentración industrial. Dotar a Francia de una economía adaptada a su tiempo y comparable a las más desarrolladas, era un propósito que se ajustaba a la voluntad de restaurar su papel en el mundo y en Europa. Además la CEE podía constituir el fundamento de una organización de Europa occidental que, más allá de sus fines más inmediatos, abriría nuevas perspectivas para todo el continente. De Gaulle señalaba esta idea el 26 de noviembre de 1958 al afirmar: "Tenemos la intención de proseguir con la Comunidad de los Seis, con todo lo que ello implica económica y políticamente" 7/.

Lo anterior pone de manifiesto las intenciones profundas del gobierno francés en el seno de la Comunidad: en primer lugar el deseo de convertirse, a través de su agricultura, en un miembro económicamente preponderante; luego, a partir de ahí implantar un predominio político que condujera a la independencia con respecto a Estados Unidos. Así, el Mercomún era visto por Francia como el instrumento de una política más general.

De Gaulle afirmaba que el Tratado de Roma no satisfacía los intereses de la economía francesa, dada la vaguedad en lo referente al problema de la agricultura. "aparentemente esto se debe a que nuestros negociadores de 1957, embargados por el sueño de una Europa supranacional (...) no pensaron que debían exigir la satisfacción de un interés francés, no obstante esencial" ^{8/}. Y añadía que o se obtenía esa reivindicación o se liquidaba el Mercomún. Era la primera expresión del tipo de presiones que posteriormente ejercería sobre la Comunidad para el logro de sus objetivos.

La integración de la agricultura estaba en relación directa con el establecimiento de una tarifa externa común. Este último problema incomodaba a algunos de los países miembros porque ello tendría consecuencias negativas sobre las ventajas de que disfrutaban en sus relaciones con países extracontinentales; por lo tanto abogaban por una tarifa cuyo monto fuera muy bajo o cuya flexibilidad les permitiera seguir protegiendo sus intereses. En este sentido Alemania era la más afectada, porque se alimentaba básicamente de productos importados de otras zonas. Pero si la integración no abarcaba al sector agrícola se referiría únicamente a la industria, beneficiando principalmente a esta última.

Por otra parte, el acelerado proceso de industrialización que se manifestaba en Italia exigía altos niveles de importación, al punto que sus preocupaciones coincidían con las alemanas en cuanto al mantenimiento o aumento eventual de

sus compras a muy bajo precio en países extracontinentales.

En julio de 1960 Sico Mansholt presentó a nombre de la Comisión un proyecto que incluía todos los elementos que después se adoptarían con vistas a la integración agrícola. Proponía la organización, en el interior de la Comunidad, de una serie de mercados de los principales productos, basados en la reglamentación de precios progresivamente unificados; medidas proteccionistas con respecto al exterior que mantuvieran el equilibrio entre los precios mundiales y los de la Comunidad; en fin, una solidaridad financiera entre los Seis que estabilizara las diferencias de precios entre quienes importaban productos extracontinentales y quienes consumían los productos internos.

El 14 de enero de 1962 el Consejo de Ministros de la Comunidad aprobó la celebración de acuerdos referentes a cereales, frutas y legumbres y el establecimiento, a largo plazo, de un fondo común que financiara la agricultura continental. La fecha límite para la determinación de la naturaleza del sistema agrícola integrado se fijaba para el 1^o de julio de 1965.

La propuesta satisfacía las exigencias francesas en cuanto a la definición de la política agrícola, por lo tanto su representante aceptó pasar a la segunda etapa del proceso

integracionista que consistía en una reducción del 50% de las tarifas internas.

Las crisis de 1963 y 1965.

El 14 de abril de 1963 Gerhard Schröder propuso un plan fundado en el "principio de la sincronización" que consistía en el equilibrio entre los intereses nacionales de cada uno de los miembros de la Comunidad. La propuesta traducía la reticencia alemana a aceptar el establecimiento de una política agrícola común, así como el deseo de celebrar una segunda negociación que tuviera por objeto la liberalización total del comercio internacional.

Francia reaccionó anunciando que fijaba el último día del año como fecha límite para el establecimiento de una política común en la agricultura, adelantándose dos años a lo estipulado en la reunión anterior. Alemania respondió que el acuerdo era imposible a menos de que Francia se hubiera comprometido a apoyar las negociaciones tarifarias del GATT (General Agreement on Trade and Tariffs), orientadas hacia una liberalización generalizada del comercio internacional 9/.

El Plan Mansholt preveía este acuerdo pero Francia lo condicionaba al previo concierto de la Comunidad en materia agrícola. En diciembre de 1963 Edgar Pisani, el representante francés, abandonó la sala de negociaciones de Bru-

selas, después de haber anunciado que si para la fecha límite fijada por de Gaulle no se había llegado a un arreglo definitivo, Francia se vería obligada a revisar su política hacia la Comunidad.

Ante las presiones el 23 de diciembre de 1963 se llegó a un compromiso entre la propuesta Mansholt y la posición común en la Ronda Kennedy del GATT. Se realizaron otros acuerdos relativos a productos agrícolas. Alemania conservó el derecho de subsidiar a sus agricultores durante "un período razonable", aceptando la modificación gradual de toda su estructura subsidiaria. Las autoridades francesas consideraron que la temporalidad de estas concesiones no frustraba sustancialmente su ambición de convertirse en el principal abastecedor de la Comunidad 10/.

A fines de 1964 se fijaron los precios de los cereales. El 12 de julio de 1967 entrarían en vigor los precios únicos y a partir de esa fecha un fondo europeo se encargaría de la totalidad de los gastos de su mantenimiento. Para Francia este punto era esencial porque los nuevos precios implicarían una superproducción poco deseable y esa ayuda atenuaba el subsecuente desequilibrio con respecto a los precios mundiales.

En materia agrícola faltaba por regular únicamente lo que se refería al financiamiento del 1º de julio de 1965 al

31 de diciembre de 1970. En las negociaciones que al respecto se iniciaron se ve claramente cómo el objetivo de Francia en el seno de la Comunidad no era ni destruirla ni abandonarla, sino utilizar sus mecanismos en beneficio de sus propios intereses. El Mercado era para de Gaulle "...el principal instrumento de intervención y desorganización eventual de los problemas de sus asociaciones y la fuente esencial de sus influencia sobre su política" vis-a-vis "Estados Unidos, la Unión Soviética y Europa oriental"^{11/}.

El problema del financiamiento agrícola fue el origen de la crisis de 1965. En diciembre del año anterior el Consejo de Ministros había invitado a la Comisión a presentar le un proyecto en este sentido. La consecuente propuesta contenía tres aspectos: el primero se refería a la modificación y complementación del acuerdo financiero, los otros dos consistían en la adición de dos textos que sugerían adelantar al 1° de julio de 1967 la supresión total de los derechos aduanales sobre productos industriales, la imposición de una tarifa externa común y el pago al Fondo Europeo del producto de las tarifas agrícolas. Esto implicaba poner a disposición de la Comisión recursos monetarios propios, puesto que ese pago superaría con mucho las necesidades de la política agrícola y otros gastos previsibles. Se trataba de un verdadero presupuesto europeo ajeno al control de los parlamentos nacionales; además de que atribuía a la Comisión un elemento de la apariencia gubernamental que deseaba adquirir ^{12/}.

El gobierno francés deseaba la realización de un acuerdo financiero, pero sin que ello implicara la menor concesión de recursos propios a la Comunidad ni el control sobre el mismo de un parlamento europeo. El problema se desplazaba al campo de la lucha contra la supranacionalidad. Francia se negaba a aceptar la decisión de una Comisión supranacional y el paso al voto por mayoría, que según muchos era el instrumento que permitiría eliminar los anacrónicos rezagos de nacionalismo.

El 7 de julio el gobierno francés hizo pública su decisión de abstenerse de participar en las reuniones de cualquiera de las organizaciones comunitarias. Este boycott tenía como consecuencia el bloqueo a cualquier desarrollo del Mercomún, contraviniendo la letra del Tratado de Roma de acuerdo con la cual los signatarios se comprometían a no obstaculizar el buen funcionamiento de la Comunidad

Al practicar la política de la 'silla vacía' y al tratar de paralizar el Mer común, el general de Gaulle parece sopesar las ventajas de una acción que, sirviéndose de la Comunidad como rehén, rompería la resistencia a que se enfrentaban sus amplios proyectos 13/.

El 22 de julio la Comisión presentó un nuevo proyecto que intentaba satisfacer las exigencias francesas, pero el silencio del gobierno francés sugería que el problema era otro. A lo largo de ese verano los Cinco trataron de mantener el funcionamiento de los mecanismos comunitarios, cuida-

dosos de evitar cualquier iniciativa que dificultara aún más el regreso de Francia.

El 9 de septiembre el Presidente francés afirmó ante una conferencia de prensa que la CECA, Euratom y el Mercado Común habían sido graves errores.

Lo que buscamos es una Comunidad equitativa y razonable. Equitativa significa que los productos agrícolas deben integrarse al Mercado tanto como los industriales. Razonable significa que actualmente todo lo importante en la organización y en el funcionamiento del Mercado sólo puede ser decidido por los poderes públicos de cada Estado, por los gobiernos 14/.

Con el objeto de que el proceso europeo perdiera todo rasgo de supranacionalidad, de Gaulle se propuso obtener, a través de un acuerdo intergubernamental, una reducción de los poderes de la Comisión y la salvaguardia de la independencia nacional con el mantenimiento del derecho de veto. Es de suponer que en realidad al origen de la crisis se halla el fracaso de la política francesa por imponer sus propios lineamientos sobre la "pequeña Europa".

Ante la aparente determinación de los Cinco de mantener los principios de la Comunidad y resistir a las tentativas francesas de división, Francia decidió reiniciar las negociaciones teniendo por lo demás que sus asociados decidieran llegar a un acuerdo con Inglaterra, y dado que el país ya

no podía separarse del proceso integracionista sin sufrir graves alteraciones. Propuso, entonces, la formulación de un protocolo interpretativo que restableciera el principio del voto unánime cada vez que un gobierno estimara que sus intereses vitales estaban en juego. También buscó la manera de limitar la acción de la Comisión por parte del Consejo de Ministros y, aunque los demás mantuvieron su posición con respecto al voto mayoritario, eso no pareció ser un obstáculo para que el Mercosú volviera a funcionar.

Se decidió organizar más estrechamente la colaboración entre el Consejo y la Comisión. Se estableció que la información que se distribuía a los gobiernos nacionales ocupa un lugar prioritario y que la Comisión tendría que observar una discreción absoluta en sus declaraciones públicas. Igualmente se limitó su competencia en el dominio de las relaciones con el exterior y vio controlada su política de información y presupuestaria —en cuanto a los compromisos que adquiría en este sentido. Por último, se formuló un programa de trabajo de la Comunidad que se fijaba como primer objetivo la elaboración de un acuerdo financiero.

El 10 de mayo del año siguiente la firma de este acuerdo puso fin a las negociaciones y se decidió aplicar la política agrícola común al 90% de la producción de los Seis, una vez fijados los precios de todos los productos importantes.

Los problemas que ha enfrentado posteriormente la economía francesa en el Mercado se refieren más bien a las consecuencias de la crisis de mayo de 1968 15/. Por ahora sólo nos interesa señalar que la política desarrollada por Francia en el seno de la CEE tenía una motivación, producto del rechazo a la supranacionalidad y a las fórmulas comunitarias, que se negaba a aceptar la efectividad de estos mecanismos en la solución de conflictos de carácter político. La estrategia de la "silla vacía" estimuló a los demás asociados a optar por una solución conciliatoria y logró restarle a la Comisión el estilo quasi gubernamental que tanto irritaba al gobierno francés.

... La crisis ha acrecentado, conforme al deseo de Francia, la fuerza de los gobiernos nacionales sobre la Comunidad, en la medida en que la modificación afectó de hecho el equilibrio de los poderes entre las instituciones, en provecho del Consejo de Ministros. Este cambio acentúa el carácter intergubernamental del sistema en detrimento de su aspecto supranacional 16/.

Ambas crisis revelan que la Comunidad era para de Gaulle un marco para sus demostraciones de ejercicio del poder, más que un elemento conciliador; en tanto que demostró su dependencia con respecto a un medio político sobre el cual su influencia es muy limitada.

Inglaterra y la Comunidad

Otro de los problemas que suscitó el deseo de Fran-

cia de reafirmar su hegemonía en el seno de la Comunidad y que sirve para medir los límites de la política de intransigencia es la cuestión del ingreso de Gran Bretaña.

Cuando se sometió a debate en la OEEC la propuesta de creación de una zona económica integrada, Francia se había declarado opuesta a la posición inglesa que proponía el establecimiento de una zona atlántica de libre comercio que no condujera a la imposición de una tarifa externa común ni a una unión económica ulterior; es decir, sin ninguna implicación política. Este desacuerdo fundamental llevó a que Inglaterra suspendiera las negociaciones 17.

Uno de los objetivos del viaje de Harold MacMillan a Francia en 1958 era pedirle a de Gaulle que renunciara al proyecto de la integración económica europea. Tradicionalmente los ingleses habían rechazado cualquier idea de unificación que implicara una renuncia a la soberanía nacional, y habían tratado de evitar cualquier proyecto continental que pudiera amenazar sus intereses. El desacuerdo francoinglés que a este respecto hemos señalado es de naturaleza más bien atlántica.

El 24 de septiembre de 1958 el general de Gaulle envió el famoso Memorandum en el que proponía a los anglosajones la formación de un directorio tripartita en el seno de Alianza Atlántica, "...como no hubo respuesta ni inglesa ni

americana acerca de la estructura de la Alianza Atlántica, nada se hará en Europa con Inglaterra" 18/.

La respuesta inglesa al Mercomún fue la Asociación Europea de Libre Comercio (EFTA). Francia pensaba que la firma del Tratado de Estocolmo, en noviembre de 1959, había marcado el fin del debate. Sin embargo, Bélgica, Luxemburgo, Holanda y aun Italia sentían que la ausencia de Inglaterra los dejaba solos frente a un peligro "tete-a-tete" francoalemán. De ahí que siempre insistieran en su inclusión y la apoyaran casi in condicionalmente. Alemania, por su parte, deseaba abrirse a una zona de libre comercio que le permitiera acercarse todavía más a la protección y garantía norteamericanas.

Estados Unidos había hecho del proceso europeo una de las bases de su política exterior. El punto esencial en ella era la unión política, que concebían como un medio para mantener a Europa invariablemente ligada a ellos. A medida que vieron que las premisas sobre las cuales descansaba su principio contradecían las postuladas por el general de Gaulle, y atentos al progresivo acercamiento francoalemán, pensaron que la inserción de Inglaterra podría evitar el desvío o la modificación de la alianza.

En 1960 la principal preocupación de los ingleses eran las posibles consecuencias de una unión política continental. Sin embargo, cuando se percataron de que la Europa

del general no suponía un solo gramo de supranacionalidad empezaron a considerar su adhesión a la Comunidad. Las dificultades que ello implicaba se referían al Commonwealth, a la EFTA y en general a un desarrollo ulterior.

Al mismo tiempo Estados Unidos descubrió la potencia comercial de la Comunidad. Para subsanar el deterioro, ya evidente, del dólar pensaron que sería posible remediar el déficit creciente de su balanza de pagos a través del excedente de su balanza comercial con Europa. El ingreso de Inglaterra se convirtió en el instrumento que conduciría en este sentido. Por eso el 24 de abril de 1961 Douglas Dillon, Secretario norteamericano del Tesoro, apoyó públicamente la candidatura inglesa al Mercomún, al mismo tiempo que pedía la reducción de la tarifa externa común.

El 31 de julio de 1961 MacMillan manifestó ante los Comunes la decisión de solicitar el ingreso a la Comunidad y el inicio de negociaciones que determinarían las condiciones de la adhesión. Los límites eran los intereses agrícolas, las relaciones con el Commonwealth y la EFTA.

En octubre de 1961 el delegado inglés ante la UEO, Eduard Heath, presentó la solicitud inglesa. En principio aceptaba el Tratado de Roma sin modificaciones, aunque sugería que los problemas que suscitaba la aceptación tendrían que ser el objeto de protocolos adicionales ^{19/}. Las exigencias inglesas

ponían en juego la naturaleza misma del Mercomún. Los Seis se pronunciaron porque la asociación del candidato no permitía el establecimiento de un régimen particular permanente en favor de Inglaterra, y cualquier derogación tendría que ser transitoria.

El Presidente Kennedy siguió apoyando vigorosamente a los ingleses. Según el debían aceptar todas las estipulaciones del Tratado, luego formar una unión política, de tal manera que Europa pudiera cooperar con Estados Unidos en el seno de una asociación atlántica ampliada.

Desde un principio la posición francesa fue inequívoca: no aceptaría ninguna medida que creara un régimen particular, o que otorgara privilegios permanentes a uno de los miembros,

Así como en 1958, luego como ulteriormente en ocasiones similares, la negociación tendía a convertirse en una confrotación entre ingleses y franceses, los primeros muchas veces representados por los otros cinco miembros de la Comunidad 20/.

En 1962 Kennedy lanzó una iniciativa orientada a discutir las relaciones entre Estados Unidos y el Mercomún, con el objeto de que la reducción de los derechos aduanales fuera superior a la que se había fijado para la importación de productos extracontinentales. Este movimiento sería el prólogo de una asociación económica euroamericana, que se consideraba dentro de la perspectiva de la aceptación de la

candidatura inglesa.

A lo largo de las negociaciones la postura inglesa mostró una buena dosis de rigidez en cuanto a derogaciones, regímenes particulares y excepciones de todo tipo. Pero esas concesiones hubieran afectado profundamente la esencia del sistema establecido. Por otra parte, el ingreso traía consigo una serie de consecuencias que debían ser consideradas desde una perspectiva política y militar, porque era evidente que Inglaterra no estaba dispuesta a renunciar a su relación de privilegio con Estados Unidos y a asimilarse plenamente a Europa.

Las conversaciones de las Bahamas —que veremos más adelante a la luz de la política militar—, celebradas a fines de 1962 dieron a de Gaulle el motivo que buscaba para subrayar la voluntad inglesa de mantenerse más cercana a Estados Unidos que a Europa.

El acuerdo de Nassau, que significaba la renuncia a la posesión de una fuerza nuclear inglesa independiente, fue interpretado por de Gaulle como una elección entre la aceptación definitiva de la supremacía norteamericana y la independencia. A cambio de esta asociación Estados Unidos le ofrecía a Inglaterra sus armas nucleares y la ayuda que necesitaba para conservar los lazos económicos con sus colonias y sus bases navales en todo el mundo.

El 14 de enero de 1963 el Presidente de Francia convocó a los periodistas para exponer las razones que lo llevaban a vetar el ingreso de Inglaterra al Mercomún. La sustancia de la negativa es política.

El Tratado de Roma fue concluido entre Seis Estados continentales que económicamente hablando tienen la misma naturaleza (...). En fin, son solidarios (además) por el hecho de que ninguno de ellos está ligado con el exterior por ningún acuerdo político o militar en particular. 21/

La estructura inglesa difiere -según él- profundamente de las continentales, su sistema económico es incompatible con el de los Seis. La entrada de Inglaterra implicaría el ingreso de otros muchos países y transformaría toda la estructura comunitaria. Preveía que la cohesión de tantos miembros no resistiría y pronto se convertiría en "...una Comunidad dependiente de Estados Unidos y dirigida por ellos, que no tardarían mucho en absorber a toda la Comunidad Europea" 22/.

El 29 de enero de 1963 se suspendieron las negociaciones en cuanto a la adhesión inglesa. La crisis superaba con mucho a la Comunidad. Couve afirma: "Yo señalé varias veces que ante todo se trataba de una crisis entre Francia y Estados Unidos, quienes habían hecho suya la causa del ingreso de Inglaterra" 23/.

El carácter unilateral del veto francés chocó a los demás miembros de la Comunidad, proque hacía caso omiso de los

mecanismos que le eran propios e imprimía a la decisión un sello nacional, cuando se consideraba que ésta debía ser materia de debate comunitario. Fue una demostración de que el poder político de los países constituía la mayor fuerza en el seno del Mercado.

La principal consecuencia del veto fue que él mismo y la reacción que suscitó en los demás asociados de Francia, desplazaron a la Comunidad hacia uno de los extremos del espectro que va de la acción común a la acción nacional.

Dos elementos más jugaron contra el ingreso de Inglaterra: la presión favorable de Estados Unidos y el hecho de que su presencia pudiera convertirse en un elemento negativo para el acercamiento francoalemán.

En un principio el gobierno laborista de Harold Wilson se mostró en 1965 convencido de que lo más conveniente era fomentar la cooperación económica con el continente sobre un plano de bilateralidad.

No obstante, el notable crecimiento económico europeo ^{24/}, comparado con el progresivo deterioro de la economía y las finanzas británicas -que exigían cada vez mayores créditos americanos y europeos para defender la libra contra una devaluación-, hicieron pensar nuevamente a las autoridades inglesas en la posibilidad de adherirse a la Comunidad. Pero su actitud era aún reservada; el 7 de julio de 1966 Wil-

son dijo a Pompidou y a Couve de Murville: "Inglaterra tiene el deseo de ingresar a condición de que se tomen en consideración sus intereses" ^{25/}. Las dificultades de la libra eran cada vez más apremiantes y la Cámara de los Comunes se pronunció de manera casi unánime por la adhesión. Wilson pensó además que una nueva iniciativa en este sentido podría ser un buen complemento a la política de recuperación económica interna que había emprendido.

La posición francesa consistía en que antes de considerar siquiera la ampliación del Mercado, había que estudiar y resolver los problemas de la economía británica, que podían contaminar el saludable desarrollo continental. Además de los problemas que suponía la zona esterlina y la pertenencia de Inglaterra a otro grupo económico. Estados Unidos ya no presionaba tanto por cuestiones de orden político, sino más bien por los aspectos económicos del problema y la protección de sus intereses en el continente. En enero de 1967 el problema se planteaba en términos de si los ingleses estaban dispuestos a arriesgar los privilegios de su relación especial con Estados Unidos. Es decir, subsistía la razón que había provocado el primer veto francés. Inclusive los argumentos que sostienen la segunda negativa de Francia son los mismos que en el primer caso, sumados a las dificultades de la economía inglesa. Para Francia el ingreso de Inglaterra era incompatible con la naturaleza misma de la "pequeña Europa" que se proponía defender.

El 23 de octubre de inició el debate en Bruselas para discutir la inclusión de cuatro candidatos: Inglaterra, Dinamarca, Irlanda y Noruega. El texto de la propuesta de la Comisión sugería que los nuevos miembros deberían aceptar en su conjunto el sistema establecido, con los acuerdos especiales que requería su adhesión. Expresaba además la necesidad de restablecer un equilibrio duradero de la economía y la balanza de pagos inglesa, a través de una acción concertada entre Inglaterra y la Comunidad, y una revisión del status de la libra. Por último, recomendaba el inicio de las negociaciones referentes a la adhesión.

Francia se opuso rotundamente a iniciarlas antes de haber examinado detalladamente las condiciones de la economía inglesa y sus posibles consecuencias para la Comunidad. Aunque ahora se manejaban argumentos económicos de indiscutible validez, el problema de fondo seguía siendo eminentemente político y ponía en juego, para Francia, toda su línea de política exterior. Según el propio Couve, y de hecho de Gaulle, este ingreso implicaba una transformación sustancial de la Comunidad, pues al ampliar el sistema sus lazos serían más laxos, provocaría además la modificación de todo el comercio internacional. Francia afirmaba que entonces Estados Unidos plantearía la posibilidad de una asociación atlántica que comprometía todo el esquema internacional de de Gaulle.

Según el general el problema permitía únicamente tres alternativas: borrar todo lo que se había logrado, abolir las

normas comunitarias y aceptar la zona de libre comercio "en espera de la zona atlántica que restará a nuestro continente toda personalidad real"; aplicar una solución que estableciera un régimen de asociación -propuesta que Inglaterra ya había rechazado; o bien realizar "una modificación, una transformación radical de Gran Bretaña, la que es necesaria que se opere en ella para que sea capaz de unirse a los Estados continentales" 26/. En otras palabras, el ingreso de Inglaterra al Mercomún no pertenecía al período de Charles de Gaulle. Mientras él estuviera presente la respuesta sería no.

Conocida esta determinación los demás miembros de la Comunidad empezaron a discutir con los ingleses la celebración de acuerdos comerciales parciales. Estas pláticas se prolongaron hasta principios de 1969, con el apoyo francés que ya hemos señalado.

La impopularidad de esta política en el Mercomún era ya manifiesta -puesto que el resto de la Comunidad se mostraba casi unánimemente favorable a Inglaterra. Las autoridades francesas empezaron a temer su aislamiento y pensaron en la posibilidad de retomar el diálogo en cuanto al futuro de la política europea. Así lo explicó el general de Gaulle el 4 de febrero de 1969 al embajador inglés Christopher Soames. A quien proponía separar los aspectos políticos de los económicos y discutir las consecuencias políticas y militares -específicamente sobre la OTAN- de la adhesión de Inglaterra

al Mercomún. Pensaba que podría establecerse una asociación política continental, bajo la dirección de Francia, Inglaterra, Alemania e Italia. Se trataba de una manera de asegurarse el apoyo inglés frente al potencial económico alemán, a cambio de la reconsideración de su actitud en el Mercomún.

Al parecer el embajador inglés no entendió el nivel diplomático de discreción que trató de imprimir el Presidente de Gaulle a la plática y la hizo pública. Esto provocó una violenta campaña de prensa en toda Europa contra Francia y con ella desaparecieron las posibilidades de que se restableciera la comunicación entre Gran Bretaña y la Francia degaullista.

La hostilidad francesa a la extensión de la Comunidad debe explicarse a la luz de la política del poder y de una rivalidad fundamental entre Francia y Estados Unidos de manera un tanto indirecta. Para de Gaulle Inglaterra era el "caballo de Troya" de la influencia política norteamericana, así como de su intervención económica.

La Unión Política

Uno de los episodios más breves de la política de Charles de Gaulle hacia Europa lo constituye el impulso que le dio al proceso de unificación política, y esto no tanto por una paulatina pérdida de interés, sino porque en este caso fue donde se manifestó de manera más abierta e inmediata lo

irreconciliable de las posiciones de los diferentes miembros de la Comunidad, y la incapacidad de Francia para imponer sus propias concepciones.

Los esfuerzos que en este sentido desplegó el gobierno francés entre 1959 y 1962 estaban primordialmente orientados a establecer la primacía de la influencia francesa sobre el continente a través de su independencia con respecto a Estados Unidos.

A través de los años cincuenta los gaullistas siempre habían manifestado su descontento frente al ideal que había motivado el nacimiento de las distintas organizaciones comunitarias. Consideraban que los lineamientos supranacionales sobre los que se había iniciado el proceso integracionista europeo llevarían el establecimiento de tecnocracias políticamente inefectivas que, en última instancia, condenarían al continente a subordinarse a los lineamientos de la política norteamericana.

Desde 1958 el general de Gaulle afirmaba que las organizaciones comunitarias no habían podido superar los obstáculos que imponían las "necesidades nacionales", puesto que estaban fundadas sobre la ilusión de la supranacionalidad. De ahí que se propusiera reorientarlas dentro de los cauces que les parecían más realistas, a saber, a partir de la realidad del Estado-nación y del respeto a su soberanía.

Si en lo que se refiere a la integración económica Francia siempre adoptó una actitud favorable aunque con ciertas reservas, en lo que se refiere a la unión política de Gaulle daba por sentado desde un principio que era imposible. En este respecto surgían tres problemas, estrechamente interrelacionados, y que no se solucionaron al menos durante este período: que la supranacionalidad, el ingreso de Inglaterra y la transformación de la Alianza Atlántica.

Desde 1955 los gobiernos franceses empezaron a considerar la necesidad de iniciar la unificación europea a partir de bases más realistas y funcionales. Por lo mismo se pensó que lo mejor era empezar por la integración de las economías, puesto que además de ser ésta un imperativo abría el camino hacia mayores niveles de integración, que había sido la ambición de muchos desde 1945. Sin embargo, "...el problema era y debía seguir siendo ante todo político. Se refería directamente a nuestras relaciones con cinco países amigos, pero extranjeros", según afirma Maurice Couve de Murville ²⁷. Para Francia el problema de la unidad se reducía a formar una comunidad que reuniera a países que, a pesar de tener como denominador común su calidad de europeos, seguían siendo sustancialmente diferentes.

Los empeños franceses por crear una "Europa europea" se enfrentaban primeramente a la supranacionalidad que postulaban algunos, quienes se obstinaban por mantener a Europa dentro de la Alianza Atlántica como tal. Es decir, se oponían a

la disminución de la presencia norteamericana en el continente, además apoyaban la supranacionalidad, primero porque resultaba un arma defensiva en manos de los países pequeños, quienes juzgaban vital para su existencia la influencia anglosajona en el continente; por lo demás se aseguraban una representación importante en las organizaciones comunitarias y mayor libertad de maniobra dentro de los límites de Europa; y segundo, porque ante la intransigencia de Francia muchas veces la supranacionalidad era un buen instrumento de disuasión.

Si en un primer momento Francia aceptó en principio las bases de supranacionalidad contenidas en los tratados, fue porque todavía no estaba en capacidad para ejercer ampliamente su política de intransigencia, y también porque pensó que era necesario adoptar esta actitud como punto de partida para la creación de una Comunidad que fuera, tal y como de Gaulle la había imaginado, instrumento de una política francesa mundial.

Según Couve de Murville, la unión política era la perspectiva de largo plazo que confería sentido a los esfuerzos que se habían emprendido para llevar a cabo la construcción europea. No obstante, surgía una contradicción fundamental. Si bien podemos aceptar que la unión política fuera la perspectiva de largo plazo de la que habla Couve de Murville, la diferencia reside en el tipo de unificación que la IVa República había apoyado y el que buscaba la Francia degaullista. El conflicto era entre una Europa que reafirmara su solidaridad continental frente al poderoso aliado norteamericano y

una Europa Atlántica, estrechamente vinculada con Inglaterra y Estados Unidos, que era la idea original del movimiento de unificación.

Casi inmediatamente después de haber llegado al poder el general de Gaulle manifestó su deseo de aplicar su esquema de política europea. Así, en Roma en 1959 presentó un primer proyecto de unión política que consistía en que los Ministros de Relaciones Exteriores de los Seis países miembros de la Comunidad se reunieran periódicamente; en los intervalos que mediaran entre una y otra reunión las actividades quedarían a cargo de organismos permanentes que prepararían los futuros encuentros y ejecutarían las decisiones que hubieran tomado los Ministros.

La propuesta representaba el deseo francés de institucionalizar un sistema de consultas sistemáticas en las que se plantearían problemas de interés común, para que se fuera generando la posibilidad de formular una política también común. Esta cooperación periódica evolucionaría paulatinamente hacia el establecimiento de instituciones confederadas fundadas en la libre asociación de los países miembros.

En el mes de noviembre del mismo año se discutió el proyecto con los demás miembros de la Comunidad y en esta reunión afloraron las primeras dificultades. En ella tanto Adenauer como Fanfani se adhirieron a la propuesta de la "Europa de los Estados", pero los países del Benelux expresaron las preo-

cupaciones que habían de constituir la base del desacuerdo que persistiría con relación al papel y a la extensión de la Comunidad europea, esto es, la Alianza Atlántica y la inclusión de Inglaterra. En lo que se refiere a esta última cuestión Francia estuvo aparentemente dispuesta a ceder, y aceptó revivir la Unión de Europa Occidental que desde su creación había caído en el olvido. Sin embargo, impuso la salvedad de que en esa agrupación no se discutieran los problemas específicos de los Seis miembros de la "pequeña Europa", expresando así su determinación de excluir a Inglaterra del conglomerado político europeo occidental y de su problemática continental. Aparentemente Francia hizo esta concesión para no despertar las sospechas de los demás miembros de la Comunidad en una etapa tan temprana del proceso de unificación, además de hallarse todavía comprometida en el conflicto argelino. La construcción europea era todavía demasiado endeble como para que se le expusiera a un conflicto de esta naturaleza, que por otra parte pondría en duda la voluntad francesa en cuanto a la totalidad del proyecto, después de que había sostenido firmemente su negativa al proyecto inglés de creación de una zona ampliada de libre comercio. En lo que se refiere a la Alianza Atlántica, los mismos países que presionaron por obtener el compromiso anterior tenían que una agrupación de este tipo de finiera por sí misma una disidencia demasiado explícita en el seno de la Alianza, por lo tanto, acordaron informar debidamente al Consejo Atlántico acerca de las discusiones que pudieran interesarlo.

Francia asumía esta primera actitud de flexibilidad apenas como una concesión formal que le permitiría llegar a donde deseaba. Lo más inmediato sería el inicio de una serie de entrevistas trimestrales de los Ministros de Relaciones Exteriores de los Seis, y aunque esto no implicaba compromiso alguno, el gobierno francés lo consideró un primero paso hacia el establecimiento del sistema que propugnaba.

Insistiendo en su proyecto, postuló en 1960, después del fracaso de la Conferencia Cumbre de París de mayo de ese mismo año, una propuesta que modificaba la anterior en el sentido de que las reuniones periódicas habían de celebrarse entre los responsables principales de los Seis, para concertar su acción en los dominios político, cultural, económico y de defensa. Luego los respectivos ministros se reunirían para ejecutar las decisiones tomadas por los ejecutivos nacionales. También proponía debates periódicos en el seno de una asamblea formada por delegaciones parlamentarias nacionales y la aplicación de un referéndum continental que consagrara la organización.

Este proyecto era la sustancia de la política que Charles de Gaulle se había propuesto llevar a cabo en Europa, en tanto que se trata de un concierto de Estados nacionales que mantendrían su soberanía, y en lo posible formularían una política común. En cuanto a la defensa se trataba evidentemente de sustraer ese aspecto clave de la hegemonía norteameri

cana en el seno de la Alianza Atlántica. Al formular Europa una política defensiva propia restaría justificación a la presencia de Estados Unidos en el continente. Se trataba pues, de la independencia europea consagrada por el voto popular.

Pero para los demás miembros de la Comunidad esta independencia con respecto a Estados Unidos equivalía a la hegemonía política de los países más fuertes del continente -Francia y Alemania-, posibilidad que se veía fortalecida por la decisión de la primera de convertirse en potencia nuclear. Desde un principio Holanda reaccionó vivamente contra la propuesta objetando la exclusión de Inglaterra.

El 10 y el 11 de febrero de 1961 se reunieron nuevamente los representantes de los Seis para debatir el problema. Alemania, donde Adenauer compartía con de Gaulle el rechazo a la supranacionalidad, y a cambio de contar con el apoyo francés en las cuestiones que le interesaban, se adhirió a la propuesta; así como Luxemburgo e Italia, aunque estos últimos con algunas reservas. En cambio Bélgica y Holanda se mostraron categóricamente opuestas a un sistema que institucionalizara la exclusión de Inglaterra, su protector tradicional, y que invadiera la esfera de influencia de OTAN. Por lo tanto, a su exigencia anterior en cuanto a la presencia inglesa, sumaron la necesidad de evitar dentro de este marco de unidad europea la discusión de cualquier problema de orden mundial. Esta posición equivalía a reafirmar la determinación de

países a mantener la Alianza Atlántica tal y cómo había sido concebida en 1947.

A pesar de que ya todo indicaba que las posiciones eran irreconciliables, Francia prosiguió en su empeño y propuso posponer al mes de junio la discusión, con la esperanza de que el cambio de gobierno en Bélgica favoreciera su posición.

El día 16 de ese mes se celebró la reunión de Godegberg en la que aparentemente se hallaron fórmulas conciliadoras respecto a los tres problemas fundamentales: el funcionamiento de las organizaciones comunitarias continuaría como hasta ese momento; en lo que se refiere a Inglaterra hacía una alusión indirecta al afirmar su deseo de que otros Estados europeos se adhirieran a la nueva organización, siempre y cuando estuvieran dispuestos a aceptar los derechos y obligaciones que estipulan los tratados comunitarios; por último, reafirmaba la adhesión de Europa al aliado norteamericano. Proponía además la celebración de reuniones regulares que crearan progresivamente las condiciones de una política común en un marco de colaboración activa de los Ministros de Relaciones Exteriores y de los responsables de la enseñanza y de la cultura.

Para Francia ésta era apenas una manifestación de buenas intenciones que no incluía los elementos que ella pos-

tulaba como esenciales para la unión política del continente. Sugirió entonces que se formalizara el proceso. Así logró que se designara una comisión que, bajo la presidencia de Christian Fouchet, formulara un proyecto de tratado que diera mayor contenido a las conclusiones de este encuentro de Godesberg.

El Plan Fouchet

El 2 de noviembre de 1961 se presentó finalmente el proyecto de la Comisión Fouchet. Proponía la creación de una unión que, fundada en el respeto de la personalidad de los pueblos y de los Estados miembros, tuviera por objeto la formulación de una política exterior en la prosecución del interés común, así como, asegurar la cooperación en el terreno de la ciencia y la cultura y fortalecer la seguridad de los participantes a través de la adopción de una política de defensa también común. Las instituciones que enmarcaban este proyecto consistían en un Consejo formado por los jefes de Estado o de gobierno y por los Ministros de Relaciones Exteriores, que se reuniría cada cuatro meses; una asamblea parlamentaria constituida por funcionarios de cada país miembro, con sede en París y cuyo funcionamiento sería permanente. Las decisiones se adoptarían por unanimidad, y los Estados ausentes o abstencionistas no estarían obligados por ellas. Tres años después de haber entrado en vigor el tratado sería sometido a una revisión general cuyo objeto sería "la introducción de una

política exterior unificada y el establecimiento gradual de una organización que centralizara dentro de la Unión a las demás organizaciones comunitarias" ^{28/}. La Unión quedaba abierta a los miembros del Consejo de Europa que antes se adhirieran a los tratados integracionistas.

La propuesta traducía la posición francesa en cuanto a lo que debía ser la unión política del continente, una confederación.

Una vez más Bélgica y Holanda manifestaron su oposición: si el proyecto no incluía a Inglaterra, entonces lo único que estarían dispuestas a aceptar era una solución supra nacional.

El 18 de enero de 1962 la Comisión Fouchet presentó un segundo proyecto que ampliaba la competencia de la Unión al terreno de la economía, reducía el papel de la asamblea parlamentaria, se olvidaba de la defensa y sólo hablaba de coordinación y cooperación de los Estados miembros. Pero estas modificaciones nada lograron, salvo el endurecimiento de las diferentes posiciones.

Francia afirmaba que la subordinación de Europa a la Alianza Atlántica había sido el resultado de la conjugación de las condiciones muy particulares en que se había hallado el continente en la inmediata postguerra; sin embargo, esas condiciones habían sufrido un cambio sustancial que exigía una modificación igualmente sustancial en las estructuras que

sustentaban la alianza con Estados Unidos:

Si la aplicación de un régimen de integración en Europa hallaba tanto apoyo entre los demás miembros (de la Comunidad) era porque un sistema apátrida sin una política y una defensa propias, forzosamente tendría que someterse a los dictados de Estados Unidos. Si, a falta de una tecnocracia supranacional, querían que la Comunidad se uniera al Commonwealth británico era porque esta vía conducía igualmente al protectorado de Washington. Inversamente, si el progreso de una Europa europea todavía no ha podido realizarse es porque hubiera llevado al Viejo Mundo a la liberación y éste no se atrevía a correr ese riesgo 29/.

En realidad los demás miembros de la Comunidad temían que la integración política que proponía Francia disminuiera la eficacia de las organizaciones comunitarias existentes y de la protección norteamericana. Por otra parte, los cinco, incluidas Alemania e Italia, hubieran deseado que en lo que se refería a la defensa el tratado especificara que la política a este respecto se desarrollaría en el marco de la Alianza Atlántica, como un instrumento que contribuyera a su fortalecimiento. Además de que no estaban dispuestos a adoptar ningún acuerdo de unión política que creara nuevos obstáculos para el ingreso de Inglaterra al Mercomún.

El 17 de abril de 1962 los Ministros de Relaciones Exteriores celebraron una reunión que puso punto final a las negociaciones en torno a la unión política de Europa. En ella los representantes no pudieron o no supieron ponerse de acuerdo en cuanto al ingreso de Inglaterra, la Alianza Atlántica o

las garantías al funcionamiento de las organizaciones existentes. Esta fue prácticamente una ruptura, aunque la versión oficial hablaba de una suspensión indefinida de las negociaciones. Según Luns, el ministro holandés de relaciones exteriores:

El proyecto francés se basa en la vieja idea de un tratado entre Estados, de una alianza, de una Europa de patrias. Nuestra posición plantea el rechazo de este proyecto, pero estamos dispuestos a ceder si Inglaterra se interesa en ello. 30/

El conflicto era pues irreductible. El rechazo de los dos proyectos de la Comisión Fouchet redundó en un debilitamiento del impulso francés a la unificación política del continente. < Si todavía después el gobierno degaullista la mencionaba como una precondición para el mantenimiento de la comunidad económica, lo hacía para manifestar un espíritu comunitario del que muchos dudaban. Pero ya desde 1965 Francia empezó a mostrarse más bien evasiva en cuanto a la discusión de ese problema 31/.

La aceptación del Plan Fouchet hubiera significado una aprobación tácita de las concepciones políticas del general de Gaulle acerca del problema del futuro de Europa. "El general necesita una Europa creada a imagen y semejanza de Francia, tan pequeña así como para que ella la dirija, pero tan grande así como para representar una realidad comparable a las realidades del otro lado del Atlántico y de los Urales" 32/.

El último intento de unidad política europea durante la presencia de Charles de Gaulle en el poder fue la iniciativa italiana de realizar una reunión cumbre en Roma que, además de conmemorar el Décimo Aniversario de la firma del Tratado de Roma, retomara la discusión política. La conferencia se celebró entre el 29 y el 30 de mayo de 1967, pero el escepticismo francés era ya evidente, y la reunión no tuvo grandes consecuencias.

Las Relaciones Franco Alemanas

El fracaso de los empeños de unificación política europea orientó definitivamente a Francia a un acercamiento con Alemania. Ya desde antes de 1958 se había reconocido la necesidad de la reconciliación de los dos países; de hecho, la política europea de la IVa República jugó un papel determinante en el cambio que se operó en la opinión pública francesa, para aceptar por fin la idea de que los alemanes eran los aliados indispensables en la creación de la nueva Europa. En 1956, con la solución del problema del Sarre, se había saldado la última cuenta pendiente entre Francia y Alemania; por lo tanto, sus relaciones podían plantearse dentro del esquema más amplio de Europa y de las relaciones con las superpotencias.

Uno de los principales objetivos de la política exterior francesa a partir de 1961 fue el establecimiento de una

relación especial entre París y Bonn, frente a esto una de las premisas esenciales de la diplomacia de la República Federal Alemana (RFA), fue la reconciliación con Francia.

De Gaulle parecía convencido de que llegaría el día en que Europa occidental se decidiría a sacudirse el yugo norteamericano, y pensó que la mejor manera de acelerar esa toma de conciencia era a través del establecimiento de una red de lazos políticos con Alemania que prefigurara el tipo de unión europea que proponía.

Su llegada al poder despertaba una gran inquietud en Alemania, porque aún estaba presente la rigidez de su posición con respecto a la misma Alemania, a las organizaciones comunitarias y a la Alianza Atlántica.

Adenauer se apresuró a visitar al nuevo Presidente francés para sondear sus intenciones en el exterior. La reunión se realizó el 14 de septiembre de 1958, en ella el estadista alemán expresó que el fundamento de su política era el mantenimiento de la defensa norteamericana. Según él sólo ella podía contener las ambiciones de los soviéticos, por lo tanto su adhesión a la OTAN era incondicional, pues era además el mejor medio para combatir cualquier tendencia a una disminución del interés norteamericano por Europa.

Aunque esta posición implicaba una diferencia profunda con respecto a los principios de la diplomacia francesa, la reunión resultó positiva en la medida en que desembocó en una

especie de "gentlemen's agreement" entre los dos estadistas, basado en la reciprocidad: la RFA ayudaría a Francia en su política atlántica y europea a cambio de un firme apoyo de esta última frente al Este. Francia se comprometía a no tomar posición ni iniciativa alguna en cuanto al problema de Berlín sin una previa consulta con Bonn.

La contradicción entre este acuerdo y los objetivos que postulaba el político alemán parece sugerir que Adenauer estuvo dispuesto a ceder en algo que le fue muy reprochado por su gobierno y por su partido, por la prioridad que otorgaba al problema de Berlín y de la reunificación, temeroso de que las superpotencias llegaran a un acuerdo bilateral que afectara definitivamente los intereses alemanes. Quería asegurarse de que de Gaulle no reasumiría una política de línea dura hacia Alemania. La solución francesa al problema alemán consistía en la aceptación de las fronteras orientales, la adopción de una política de acercamiento frente al Este, la renuncia al armamento nuclear y una paciencia ejemplar en cuanto a la reunificación.

Las posiciones diferían, pero ello no impidió que el 18 de septiembre Francia dirigiera al gobierno alemán un memorándum en el que proponía la concertación económica de los dos países en el Mercomún, para luego extenderla al plano político en forma de contactos permanentes y consultas acerca de todos los problemas importantes.

Francia consideraba este acercamiento como un hecho que no necesariamente se situaba en el marco atlántico ni en el contexto de la guerra fría, sino más bien como la respuesta a una necesidad estrictamente continental. Pero su base era más bien endeble: "...el binomio franco-alemán no es sino la alianza personal entre el general de Gaulle y el doctor Adenauer" 33/.

El tratado franco-alemán

Durante el intermedio entre el fracaso de la unión política y la formalización del acercamiento francoalemán en el tratado del 22 de enero de 1963, hubo algunos acontecimientos que determinaron a Alemania a presionar en el sentido de obtener la institucionalización del acuerdo; el fracaso de la Conferencia Cumbre de mayo de 1960; la crisis de Berlín derivada de la presión soviética por dar una solución definitiva al problema alemán, y la crisis cubana de octubre de 1962. Todo ello conducía al reconocimiento de las dos superpotencias de la exclusividad de sus respectivas zonas de influencia, al mismo tiempo que prometía una mayor movilidad en Europa. "Aunque se sabía que no sucedería lo peor, por lo tanto, la atención podía dirigirse en otras direcciones. Para Francia y Alemania el tema de Europa pasaba a primer plano". 34/.

La firma del tratado con Alemania se consideraba como una muestra de que el sistema de consultas que proponía Francia como fundamento de la unión política, si funcionaba a un

nivel bilateral luego podría extenderse al plano continental.

Berlín y Cuba habían demostrado que en las relaciones entre Estados Unidos y la Unión Soviética Europa estaba ausente, esto motivó nuevas discusiones en torno al proceso de unificación europea, pero ahora a partir de un acuerdo francoalemán.

De Gaulle y Adenauer se reunieron del 3 al 5 de julio de 1962 y decidieron que era indispensable organizarse, dada la posibilidad de que las superpotencias minimizaran aún más la importancia de Europa. "Adenauer quería que el acuerdo adquiriera formalidad y solemnidad para subrayar con ello su carácter fundamental y comprometer a sus sucesores, a través de un acto jurídico, a asegurar la permanencia de la cooperación francoalemana" ^{35/}.

El tratado presenta dos secciones, una referente a la organización y otra en forma de programa. La primera está basada en un sistema de consultas periódicas a diferentes niveles, estipula el establecimiento de una comisión interministerial presidida por un alto funcionario de los respectivos ministerios de relaciones exteriores, que serían los coordinadores de las consultas. El programa proponía que los dos gobiernos entablaran un diálogo para discutir cualquier problema de política exterior que juzgaran importante. En materia de defensa establecía como objetivo que en el plano de la

estrategia las autoridades competentes de ambos países tratarían de conciliar sus posiciones en busca de una concepción común.

El documento trataba de incorporar los principios franceses de cooperación política, pero partía del reconocimiento tácito de la inexistencia de un acuerdo sustancial entre las partes. Era más bien la expresión del deseo de lograr un acuerdo, esta característica del tratado suponía de antemano las divergencias que luego habrían de manifestarse y constituyó su principal debilidad, al mismo tiempo que subrayaba su carácter personal y simbólico. La inquietud que este acontecimiento despertó en Estados Unidos impresionó profundamente a la opinión pública alemana. Además la fecha de aplicación del tratado coincidía con el cambio de gobierno en Alemania que llevó a Erhard al poder. El nuevo canciller siempre se había mostrado más favorable, sobre todo en materia comercial, a un acercamiento con Estados Unidos e Inglaterra que con Francia. De hecho, el 16 de mayo de 1963 el parlamento alemán condicionó la ratificación del tratado a la inclusión de un preámbulo que reafirmaba la adhesión de Alemania a Estados Unidos y al Pacto Atlántico.

La efectividad política real del documento fue muy limitada, a pesar de que el programa de reuniones periódicas de alto nivel se cumplió rigurosamente, "...porque es más un logro que un inicio, la coronación de una obra emprendida desde 1950, retomada y desarrollada por el general de Gaulle y

por el Canciller Adenauer, la culminación de catorce años de esfuerzos por transformar completamente las relaciones francoalemanas" 36/.

Para el Presidente francés el tratado era más bien un instrumento de política general, dentro del marco más amplio de la política atlántica y europea. Esta apreciación provocó en Alemania una ola de desconfianza, todos los alemanes parecían aprobar la reconciliación, pero dentro de los alcances de la comunidad europea y de la solidaridad atlántica. Alemania aceptaba la idea de la independencia, pero también apoyaba la ampliación de la Comunidad y afirmaba que si se trataba de reemplazar el liderazgo norteamericano en Europa la mejor fórmula era la asociación estrecha de los dos continentes y no que otro país sustituyera a Estados Unidos.

Erhard representaba el apoyo a las formas comunitarias y la política exterior de su ministro Schroeder la reinscripción en la línea del Departamento de Estado. Mientras de Gaulle consideraba que Alemania era un problema europeo, las autoridades alemanas la situaban en el cuadro de la Alianza Atlántica en general y de las relaciones entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Por lo tanto, insistían en la necesidad de ligar los intereses norteamericanos a la seguridad continental y en brindar a los europeos la posibilidad de influir sobre la estrategia de su aliado del otro lado del Atlántico "cuyo potencial jugará siempre un papel decisivo en la

evolución del mundo contemporáneo y en la defensa de nuestras libertades" ^{37/}, según un autor alemán. Por lo mismo apoyaban una integración militar que permitiera a Europa disponer de una amplia gama de medios de defensa a fin de poder responder a cualquier agresión.

Para Alemania el tratado de 1963 era un instrumento político que estaba destinado a coordinar y acrecentar la fuerza de Francia y Alemania en el interior de las instituciones multilaterales, pero no a reivindicar su independencia.

Para 1964 ya era evidente que los dos países no habían logrado adoptar una línea común de comportamiento en el exterior. La solidaridad no se había manifestado ni en materia de defensa ni en materia de estrategia política global. El 18 de julio de ese mismo año de Gaulle afirmaba "...hasta ahora Bonn no ha creído que esta política (la desarrollada por Francia a los dos niveles que hemos mencionado) debía ser europea e independiente" ^{38/}.

Desarrollos posteriores

Alemania es el país más estrechamente ligado a la Alianza Atlántica dada su problemática particular. Esto hizo que la política que le proponía Francia estuviera destinada al fracaso. Las diferencias entre ambos son muy profundas en la medida en que se refieren a la naturaleza de Europa y de la unidad atlántica.

En 1962 Adenauer había propuesto a Jrushov que la discusión del problema de Berlín se pospusiera diez años, a cambio de una política más liberal en Alemania oriental. El gobierno de Erhard, por el contrario, adoptó una actitud más militante a este respecto, puesto que intentó reiniciar las discusiones con los soviéticos, al mismo tiempo que realizaba una vigorosa ofensiva contra la tendencia de algunos países occidentales a otorgar créditos al mundo socialista. En 1965 el Canciller instó a de Gaulle a que propusiera la celebración de una nueva conferencia cumbre que tuviera por objeto la discusión del problema alemán. Pero de Gaulle había optado por una política distinta. Para él la solución del problema era una cuestión estrictamente europea que dependía de la evolución de las relaciones entre las dos mitades del continente. Desde la construcción del muro de Berlín en 1961, él mismo había defendido la idea de que esta discusión era un obstáculo para la "détente"; la cooperación con Europa oriental debía ser la base de un acuerdo general en relación con Alemania, y para que ésta fuera posible era necesario reconocer el interés de los países fronterizos en la solución del problema.

Los alemanes empezaron a sospechar de la política de acercamiento que de Gaulle había iniciado con respecto a los países socialistas, con el temor de hallarse en una posición de desventaja ante la posible exclusión de Estados Unidos de la solución del problema. Este temor era en parte injustificado porque el 12 de mayo de 1964 el Consejo Atlántico

emitió en Londres una declaración que reafirmaba la responsabilidad de los tres aliados occidentales en un eventual arreglo en Alemania.

Para el ministro alemán Schroeder resultaba incomprensible el cambio de la política francesa, de una firme intransigencia ante las anteriores precisiones soviéticas en cuanto a Berlín, a la franca apertura que ahora mostraba y que justificaba con base en la afirmación de que ya había desaparecido la amenaza de una invasión soviética al continente. El alemán afirmaba que debía mantenerse la solidaridad occidental y rechazar cualquier discusión con la Unión Soviética para obligarla a aceptar como objetivo de las negociaciones la reunificación. Pero para Francia esta política estaba condenada al inmovilismo.

El gobierno francés resumía el problema en tres cuestiones estrechamente interrelacionadas: hacer de Alemania un elemento de progreso y de paz, luchar por una reunificación a largo plazo, y por último, elegir la mejor vía para el logro del punto anterior. Esta nueva actitud se concebía como el requisito de la efectividad. Una paz real exigía la normalización de las anomalías alemanas, a través de la acción de los países europeos ^{39/}. Los alemanes pensaban que esta política, que tenía como base la reducción de las tensiones, eliminaría la presión ejercida sobre los soviéticos para la transformación del statu quo, que por lo demás era la misma posición de Dean Rusk.

El cambio de gobierno en Alemania en 1966 significó un relajamiento de las tensiones que habían aflorado en las relaciones francoalemanas. Kurt Kiesinger parecía más cercano a la línea de Adenauer que su predecesor, y la presencia de Willy Brandt en el ministerio de Relaciones Exteriores era una promesa de buena voluntad. Este último viajó a París el 19 de diciembre y expuso un programa en el que las relaciones con Francia y el acercamiento con Europa oriental constituían dos puntos esenciales. En este sentido retomaba la propuesta que el gobierno de Erhard había presentado el 25 de marzo anterior, y que preconizaba la idea de firmar tratados bilaterales con las Democracias Populares en los que renunciaran al uso de la fuerza en sus relaciones. Este programa coincidían con la política francesa, pero sólo en parte porque mantenía la prioridad de la protección norteamericana ^{40/}. No obstante, ahora los problemas europeos se planteaban en un contexto en el que Estados Unidos deseaba reducir sus compromisos mundiales y establecer un acuerdo con la Unión Soviética.

Charles de Gaulle expuso nuevamente su posición en Alemania el 13 de julio de 1967, en un discurso en el que denunciaba el inmenso potencial norteamericano: "Europa quiere ser colonizada o prefiere preservar su personalidad" ^{41/}; si opta por lo segundo es necesario mantener un estrecho contacto entre Francia y Alemania, salvaguardar la Comunidad de los Seis contra posibles ampliaciones que la conducirían a la dislocación, y por último, establecer contactos directos con Europa oriental. Los alemanes por su parte tendrían que reco-

nocer la frontera del Oder-Neisse y marcar sus distancias con respecto a Estados Unidos, sobre todo en el plano militar.

Estos consejos suscitaron una viva campaña de la prensa alemana contra de Gaulle. Kiesinger viajó a Washington el 15 de agosto y reiteró su adhesión al aliado norteamericano, con el objeto de que éste no tuviera pretexto para reducir sus efectivos estacionados en territorio alemán.

En mayo de 1967 Inglaterra había presentado su candidatura de ingreso al Mercomún y la discordia que a este respecto prevalecía entre los Seis culminó en diciembre con el rechazo de Francia, que se oponía a iniciar las negociaciones pertinentes antes de que se hubiera estudiado detenidamente la situación económica del candidato y las posibles consecuencias de su ingreso. Este hecho incidió apenas levemente sobre el nuevo desarrollo de las relaciones francoalemanas. Así mismo, el retiro de Francia de la OTAN pudo haber significado otra fuente de tensión, sin embargo, el 21 de diciembre París y Bonn llegaron a un acuerdo en cuanto al estacionamiento y status de las tropas francesas en territorio alemán. Francia mantenía la tesis de que sus efectivos militares podían permanecer en la zona porque la Alianza era independiente de la Organización Atlántica, y por lo tanto, el problema podría ser reconsiderado en el momento en que se discutiera el conjunto de la Alianza, esto es en 1969.

En febrero de 1968 se reunieron una vez más de Gaulle y Kiesinger, entonces el representante alemán manifestó el des-

contento que prevalecía entre la opinión pública de su país ante la actitud de Francia y su deseo de ver incluida a Inglaterra en la Comunidad. En el acuerdo final los dos países expresaron su deseo de ampliar las comunidades a todos los países europeos que estuvieran en capacidad de adherirse a ellas de manera efectiva. Mientras tanto proponían concluir acuerdos bilaterales de intercambio comercial de productos industriales y agrícolas entre los Seis e Inglaterra. Esta nueva actitud de Francia expresaba el temor a la preponderancia económica de Alemania y el deseo de que los británicos fueran el contrapeso a ese potencial.

El 13 y 14 de marzo de 1969 se realizó la última reunión entre Francia y Alemania en la que estaría presente de Gaulle. Los problemas que hubieran podido surgir se vieron disminuidos por la franca desventaja que significaba la modificación de la situación política interna francesa, derivada de la crisis de mayo de 1968. Además Alemania se hallaba en un proceso de dinamización de su política exterior que reducía considerablemente el contenido de la actividad francesa en Europa.

La Política Militar

Este aspecto de la política exterior del general de Gaulle puede considerarse desde dos puntos de vista: el europeo y el atlántico. En el primer caso haremos referencia a lo que pudiera llamarse una "nueva estrategia continental"; la de

fensa atlántica o política militar atlántica será tratada en el contexto de las relaciones entre Francia y Estados Unidos.

La nueva estrategia continental

La política militar degaullista se explica a partir de dos ideas fundamentales: la fuerza de un país se mide en función de su aparato militar, mismo que garantiza su independencia; y, la división del mundo en dos bloques es el resultado de las tensiones internacionales y contribuye a mantenerlas cuando no a intensificarlas. En este sentido la política francesa tiene por objeto crear una tercera alternativa frente al binomio Estados Unidos-Unión Soviética. A partir del momento en que Europa disponga de medios de defensa propios podrá constituir esa tercera alternativa.

Uno de los aspectos de esta política militar consistía en tratar de que Francia tuviera al mismo tiempo un sistema de defensa individual y un sistema de defensa colectiva en el seno de la Alianza Atlántica.

De Gaulle se explicaba que en un primer momento Europa hubiera tenido que aceptar la protección nuclear norteamericana y la integración militar que suponía la OTAN, pero las condiciones del sistema internacional habían evolucionado y no sólo permitían, sino que exigían, que los europeos dispusieran de un acervo nuclear propio que por lo demás sería el símbolo

y la base de su autonomía. Esta fuerza les permitiría desempeñar el papel que les correspondía en la política internacional.

En un principio pensó el general en la posibilidad de unir sus esfuerzos a los de Inglaterra en la creación de una fuerza nuclear continental, pero una vez que fue evidente que los ingleses preferían mantenerse bajo la protección norteamericana adoptó la resolución de excluir a Inglaterra del proyecto y de cualquier otro plan de independencia europea.

Uno de los principios fundamentales de toda concepción estratégica es que las decisiones son de orden político al mismo tiempo que militar. La guerra no es más que uno de los instrumentos políticos de quienes poseen armas atómicas, posesión que preserva el ejercicio pleno de su soberanía y confiere prioridad a sus decisiones estratégicas. La conclusión para el general de Gaulle es que no hay diplomacia sin armamento ofensivo es decir, sin la posibilidad de emplear como instrumento diplomático la amenaza militar.

La IVa. República había dado los primeros pasos hacia la construcción de un armamento atómico. Esta decisión nació del temor de que, dado que la Unión Soviética ya disponía de este tipo de recursos, Estados Unidos no respondiera de manera automática a sus compromisos de defensa del continente. En 1954 el gobierno de Pierre Mendes-France empezó a discutir el

problema, finalmente el proyecto se inició en 1955 con el gobierno de Félix Gaillard. En esos años -1956- 1957- se piensa que la existencia de una fuerza nuclear autónoma podría desempeñar el papel de detonador que obligaría a los norteamericanos a intervenir en un eventual conflicto europeo aun y cuando ellos no lo desearan.

De Gaulle asume el mismo criterio. El surgimiento de una fuerza nuclear soviética significó una pérdida de consistencia de la protección estadounidense. "Para los europeos occidentales la OTAN ha dejado de garantizar su existencia. A partir de que la eficacia de la protección es dudosa ¿Por que había de confiar su destino al protector?" 42/.

La doctrina del general Gallois explica en buena parte el porqué estratégico de la creación de una fuerza nuclear independiente 43/. En caso de conflicto entre las Grandes Potencias la victoria correspondería más al país defensor que al agresor. Por el juego mismo de la estrategia nuclear los Estados menores pueden mantener su seguridad con una cantidad relativamente reducida de armas atómicas. Esta estrategia favorece tanto la defensa que facilita el que un estado comparativamente pequeño posea un poder de disuasión proporcionado, que disminuiría considerablemente el interés por un ataque generalizado.

El armamento nuclear francés equivalía, para de Gaulle, a una defensa continental, contribuyendo además a implantar el predominio de Francia en Europa. En pocas palabras, se

trataba de que ella sustituyera a Estados Unidos en el sistema de seguridad europea.

Estados Unidos, por su parte, consideraba que el equilibrio mundial se vería seriamente comprometido por la aparición de centros nucleares autónomos. Además "En la medida en que París aparezca como un candidato serio al liderazgo europeo, Bonn y Roma tenderán a buscar la garantía de su seguridad en Washington y en Londres" 44. Al parecer sólo la ayuda de estos dos últimos podría hacer que los demás europeos aceptaran un privilegio de esta naturaleza para Francia. Sólo la sanción norteamericana podía hacer aceptable a los demás el programa nuclear francés, porque ello significaría que Francia se mantenía dentro de la línea de la Alianza Atlántica.

Los demás países europeos no estaban dispuestos a tratar los problemas de la protección nuclear de la misma manera que Francia. Los problemas que la OTAN planteaba para esta última diferían de los que los demás consideraban, en la medida en que ellos se mostraban conformes con que Estados Unidos asumiera la responsabilidad de su protección. Sobre todo Alemania, que en 1954 había renunciado formalmente a la posesión de armas nucleares, preocupaba por su seguridad y por el temor de que los norteamericanos se alejaran del continente. Esta independencia estratégica restaría contenido a la presencia de las fuerzas estadounidenses y seguridad a los alemanes.

En los primeros años de la década de los sesenta sólo el comando supremo norteamericano parecía aceptable a todos

los países de Europa, o al menos a la mayoría. Por otra parte, la creación de un instrumento europeo de discusión suponía la existencia de una unión política que centralizara las decisiones y una reacción de la Unión Soviética, que no podría permanecer pasiva ante este proceso.

El programa nuclear francés buscaba fortalecer la influencia de París en Washington, lograr el liderazgo europeo y por último disponer de una defensa autónoma con respecto a la Unión Soviética. De hecho no pretendía desprenderse de la Alianza Atlántica, sino mantenerse en ella como precaución útila; lo que rechazaba era la integración militar que operaba la organización atlántica. Pero en este propósito también se enfrentó a la reprobación sistemática de los demás países europeos que no parecían creer en la independencia.

CAPITULO IV

FRANCIA FRENTE A LAS SUPERPOTENCIAS

Charles de Gaulle siempre sostuvo la temporalidad de las alianzas como una de las bases de su política exterior. Según él la seguridad exigía el establecimiento de alianzas y tratados, pero la independencia sugería que la elección de los aliados estuviera en función del carácter variable de los intereses de la nación y del equilibrio de fuerzas preva-
lente en el escenario internacional.

A todo lo largo de su gobierno, Francia se debatió en el dilema que planteaba el deseo de actuar como gran potencia sin serlo. Desde un principio de Gaulle se declaró contra la política de bloques, en tanto que ella significara su exclusión de los problemas mundiales. Por lo tanto, optó por hacer suyos los objetivos de orden global, por asumir una responsabilidad internacional que en fin de cuentas era incapaz de ejercer.

Si de Gaulle admitía que el destino del mundo dependía de las relaciones entre la Unión Soviética y Estados Unidos, no estaba dispuesto a permitir que un acuerdo bilateral, explícito o no, entre ellas consagrara la naturaleza bipolar del sistema internacional. Trató, entonces, de que Francia constituyera o creara una tercera alternativa que pusiera fin a la división del mundo, al mismo tiempo que una garantía para

su estabilidad.

Desde los últimos meses de 1958 el régimen francés se pronunció por el rechazo a la subordinación atlántica, "por desempeñar en el mundo, en beneficio de la paz, un papel conforme a su vocación; por sus responsabilidades en cuanto a su seguridad; sus ambiciones para Europa", en fin decidió asumir "una actitud frente al Este que se negaba a aceptar la amenaza, pero que consideraba las posibilidades de nuevas orientaciones" 1/.

Como agente de la paz mundial De Gaulle proponía el relajamiento -la détente-, el desarme controlado y la ayuda de los países subdesarrollados; y al proponerlos asumía las responsabilidades mundiales de las Grandes Potencias: "Son estos los objetivos que las cuatro potencias mundiales se deben a ellas y al mundo entero, y deben realizarlos en común" 2/.

Francia, afirma el 23 de abril de 1960 ante el Congreso norteamericano, ha elegido la libertad en la alianza con Estados Unidos. El relajamiento internacional "...debe ser el producto de las negociaciones entre los países que crearon y mantienen la civilización: Europa toda y su hija, Estados Unidos" 3/.

Esta rehabilitación de Francia a su status de gran potencia implicaba necesariamente la reestructuración de la Alianza Atlántica, por un lado, y el acercamiento hacia los países socialistas -especialmente a la Unión Soviética-,

por el otro. Las crisis de Berlín y Cuba habían marcado los límites de la potencia de los contrincantes. De Gaulle pensaba que esto le permitiría luchar contra el inmovilismo para mantener una fluidez dentro del sistema internacional que le facilitaría su actuación a todos los niveles. Buscaba las posibilidades de llevar a cabo un cambio sustancial:

Un cambio que sería forzosamente el relajamiento de los bloques, la afirmación de un espíritu nuevo en las relaciones internacionales, que permitiría de nuevo el diálogo entre Estado y Estado, y aceptar la idea de que el equilibrio y la paz, si han de ser durables y naturales, están ligados a la verdadera independencia de los países 4/.

Se propone, entonces, modificar el sistema internacional, partiendo de las realidades de su evolución, recordando sus relaciones interaliadas y acercándose a los países socialistas. Pensaba que ni el interés nacional ni el interés general se verían favorecidos con la prolongación de una situación en la que el tête-a-tête soviético-americano se hubiera convertido en una institución que, al parecer, sólo podría ser desafiada por China.

Las autoridades francesas veían que la naturaleza del conflicto Este-Oeste había sufrido una evolución en la que de una confrontación directa se había pasado a una confrontación global. La aparición de nuevos centros autónomos de decisión pondría fin a la doble hegemonía de Estados Unidos y la

Unión Soviética, y por ende a la división en bloques de la política internacional.

Estados Unidos: La Alianza transformada

En 1958 Harold MacMillan viajó a Washington y entre los problemas que discutió con Eisenhower, la presencia de Charles de Gaulle al frente de Francia ocupó un lugar prioritario. Este acontecimiento permitía prever algunos cambios en la Alianza Atlántica porque de Gaulle siempre había criticado con alguna insistencia las estructuras de la postguerra.

Ya hemos visto que el Presidente francés había expresado su deseo de reemplazar la subordinación de su política exterior por una voluntad de independencia, conforme a la cual actuara, si así le convenía, como aliada y no como subalterna. Este afán de renovación provocaría innumerables problemas: en la exigencia de recuperar un sistema militar propio -considerado el pilar de una política exterior sólida e independiente; en la creación de una fuerza nuclear también propia, que le permitiera ingresar al club nuclear; en rechazar todo un Sistema Monetario Internacional que daba preeminencia al dólar y aseguraba su superioridad económica; o en manifestar abiertamente su inconformidad con respecto a algunas decisiones de la Alianza y de la estrategia global norteamericana.

Al pedir la renovación de la Alianza Francia se convirtió en el disidente del mundo occidental. Cuando Estados

Unidos rechazó su propuesta, entonces decidió ponerla en práctica de manera unilateral. El antiamericanismo degaullista, del que tanto se ha hablado, era una política realista en la que necesariamente había de desarrollarse un conflicto de intereses. Su objetivo era aumentar el margen de movilidad internacional de Francia y establecer un equilibrio de poder en el que pudiera ejercer una acción autónoma.

El origen del conflicto con Estados Unidos residió en el desacuerdo que existía con respecto al papel de los países europeos en el mundo. Según los norteamericanos éste era de naturaleza estrechamente continental; mientras que para el régimen degaullista Francia, al menos, estaba avocada a ocupar el rango de una potencia mundial.

En 1966 Henry Kissinger afirmaba que el éxito de la política del general de Gaulle en la rehabilitación exterior de su país se debía a la fuerte convicción de que era necesario enseñar a la propia Francia, y a Europa en general, "actitudes de independencia y confianza en sí mismos" ^{5/}, en la creencia de que para que un país pueda significar algo para otros, primero tiene que significar algo para sí mismo.

La consideración que el gobierno de Eisenhower mostró hacia de Gaulle se vio modificada durante la administración Kennedy, por el deseo de este presidente de fortalecer

el liderazgo norteamericano del mundo occidental. Con el Presidente Johnson se manifestaron los primeros rasgos de la política de "disengagement". Richard Nixon por su parte, elaboró una doctrina de política exterior que tiende a la creación de una "conciencia euroamericana", que considera las ventajas de la preservación del pluralismo en Europa. La Doctrina Nixon parte de la asociación como concepto básico; esto, consiste ya no en el predominio de una sola potencia en el mundo occidental, sino en un reparto de las responsabilidades mundiales, orientado hacia el establecimiento de un balance equilibrado de poder 5/.

La reestructuración de la Organización del Tratado del Atlántico Norte.

El gobierno degaullista consideraba que la organización militar de la Alianza Atlántica no había evolucionado paralelamente al ritmo de desarrollo de la realidad internacional. Por lo tanto, exigía una reforma de la misma que implicaba una revisión de las relaciones interaliadas:

O bien Francia se ligaba estrechamente con Estados Unidos y con Inglaterra en lo que se refiere a su seguridad -empeñando por el uso de armas estratégicas; o bien se vería obligada a reconsiderar sus posiciones y sobre todo su participación en la OTAN, que de hecho la comprometía a seguir a Estados Unidos, sin que verdaderamente se le consultara ni estar eventualmente conforme (con esa participación) 7/.

Francia estimaba que las armas atómicas serían la justificación de su voto en la estrategia mundial. Si Estados Unidos aceptaba dárselas, entonces se formaría una alianza de seguridad para proteger a todo el mundo occidental; al mismo tiempo, Francia sería más independiente en el seno de la misma Alianza. Así pues, la posesión de un armamento nuclear era el instrumento de transformación de la organización, y el medio para que Francia pudiera participar en la formulación de la estrategia mundial, haciendo caso omiso de la política norteamericana de pactos regionales ^{8/}.

El Memorándum de 1958.-

El 14 de septiembre de 1958 de Gaulle envió a Washington y a Londres un Memorándum en el que afirmaba que una verdadera organización de defensa colectiva exigía la extensión de la OTAN a nivel mundial. El carácter y la responsabilidad de la seguridad de Francia eran un imperativo para que su participación en las decisiones políticas y estratégicas de la organización fuera más directa y efectiva. Hasta ese momento las decisiones se habían tomado en Washington sin que los demás miembros del mundo occidental fueran siquiera consultados.

Francia, por su parte, gracias a su programa nuclear contaría en breve con un armamento adecuado que le permitiría desarrollar una mayor actividad en el seno de la Alianza. Y

añadía que si Estados Unidos no consideraba esta sugerencia, entonces se vería obligada a ya no participar en ningún desarrollo de la OTAN, y advertía que se reservaba el derecho, conforme al Artículo 11 del Tratado, de exigir una reforma del mismo o denunciarlo.

Los puntos del Memorándum se resumen de la siguiente manera: la elaboración de una estrategia política y militar común, el establecimiento de comandos aliados en todos los puntos que pudieran convertirse en escenario de operaciones militares, y por último, un proceso decisorio de tipo comunitario en cuanto al uso de armas de destrucción masiva. En pocas palabras, se trataba de la dirección tripartita del mundo occidental.

La propuesta no obtuvo resultados positivos ^{2/}. Estados Unidos no podía arriesgarse a proporcionar a Francia una fuerza nuclear sobre la cual no mantuviera un control muy estrecho, sin despertar el descontento de sus demás aliados y la sospecha de la Unión Soviética.

La elección estaba hecha, y así lo manifestó Francia cuando en marzo de 1959 retiró su flota del Mediterráneo del comando integrado de OTAN. Poco después prohibió la introducción de bombas atómicas norteamericanas en su territorio, así como la instalación de pistas de lanzamiento. Además, a medida que repatriaba sus tropas del norte de Africa, las colocaba bajo órdenes francesas y ya no bajo comando aliado.

El 16 de septiembre de 1959 de Gaulle pronunció un discurso en el que afirmó la necesidad de que la "defensa de Francia sea francesa":

La consecuencia de esto es que en los próximos años tenemos que adquirir una fuerza capaz de actuar por sí misma, lo que ha dado en llamarse "Force de Frappe", capaz de desplegarse en cualquier momento y lugar. Evidentemente lo esencial de esta fuerza será el armamento atómico 10/.

En el debate internacional que se inició sobre el desarme, el régimen degaullista sostuvo desde un principio que, dado que el control del armamento nuclear era imposible y como la segunda intención de las superpotencias era cristalizar el equilibrio existente a fin de consagrar sus privilegios, resultaba inaceptable ese tipo de freno a la carrera armamentista por su ineffectividad. En cambio proponía la prohibición de la fabricación de los vehículos especiales para el transporte de material bélico atómico.

Ante la determinación francesa el gobierno norteamericano, a través de Foster Dulles, trató de convencer a las autoridades degaullistas de que renunciaran a la fabricación de armas nucleares a cambio de una dotación norteamericana. Charles de Gaulle se mostró de acuerdo, siempre y cuando el régimen de propiedad sobre este armamento fuera totalmente irrestricto.

Necesitamos tener con qué disuadir a cualquier agresor eventual; esto exige que estemos en condiciones de atacar su territorio y que sepa que la haremos sin pedir

el permiso de nadie 11/.

Según el general entre Estados Unidos y la Unión Soviética existía un mecanismo de disuasión mutua, pero este sistema no funcionaba en cuanto a sus respectivos aliados, nada les impedía destruir lo que estaba a su alrededor. Desde el punto de vista de las autoridades francesas la Alianza Atlántica planteaba dos problemas fundamentales: las armas nucleares y la integración militar; ambos problemas se referían a otros más profundos: independencia y seguridad.

El fundamento de la defensa, es decir, de la seguridad desde hace veinticinco años lo constituyen las armas atómicas. Lo propio de ellas es ser nacionales. Las responsabilidades que su posesión implica no pueden ser compartidas, aun si se quisiera, y éste nunca ha sido el caso 12/.

Las conversaciones de las Bahamas y la Fuerza Multilateral (MLF).

El gobierno de John Kennedy mostró la voluntad de estrechar su control sobre las armas nucleares, haciendo a un lado las ideas de su antecesor 13/.

Por otra parte, los estrategas norteamericanos modificaron los planes militares, en cuanto surgió la idea de que las armas estratégicas debían utilizarse sólo en caso de que se viera directamente amenazada la seguridad del territorio estadounidense. Europa sería la avanzada de este sistema de seguridad en tanto que estaría dotada de métodos tradicionales

de defensa. La "respuesta gradual" venía a sustituir a la "respuesta masiva" que había mantenido la administración anterior. La guerra podría circunscribirse a los elementos convencionales de la guerra mientras pudiera mantenerse localizado un conflicto; sólo una generalización del mismo podría motivar el inicio de una guerra nuclear. Con base en estas ideas los medios gobernantes norteamericanos se esforzaron por que en Europa se limitara al máximo la posibilidad del recurso a las armas tácticas.

Este cambio respondía al clima de coexistencia pacífica y a la voluntad soviética de diálogo con los norteamericanos. Las crisis de Berlín y Cuba habían amenazado el equilibrio mundial de tal manera que empezaron a buscarse nuevas alternativas que aseguraran su estabilidad. No obstante, al mismo tiempo que Estados Unidos reclamaba el alto a las experiencias nucleares y el desarme atómico controlado, sugería que las armas nucleares sólo serían utilizadas para proteger sus propios intereses de seguridad. O sea, impedía a otros dotarse de un arsenal moderno y paralelamente condicionaba su defensa.

La respuesta francesa no se hizo esperar bajo la forma de un fortalecimiento de la decisión de adquirir un armamento nuclear mínimo, pero nacional e independiente, "a fin de que nuestra disuasión pueda ser eficaz nos basta con tener con qué matar al adversario una sola vez, aun cuando él posea los medios para matarnos diez veces" 14/.

John Kennedy sabía que todo conflicto en torno a la unidad europea, la integración atlántica y la fuerza nuclear, derivaba o se relacionaba con la determinación del general de Gaulle de mantenerse en un plano de igualdad con los anglosajones. Entonces propuso la creación de un grupo militar tripartita que diseñara planes estratégicos en Berlín y Laos, que eran los puntos de tensión que amenazaban la paz mundial. Pero, al parecer de Gaulle nunca respondió a esta propuesta,

...de Gaulle no estaba interesado en reuniones militares... De Gaulle buscaba un reconocimiento público en una organización que celebrara reuniones regulares a nivel ministerial, que reconociera formalmente el status de gran potencia de Francia 15/.

El Presidente norteamericano se oponía a la proliferación de las armas nucleares y no estaba dispuesto a avalar las exigencias francesas; con la posesión de un detonador Francia podía utilizar en último caso, el escudo nuclear norteamericano para proteger sus propias iniciativas políticas. Estos Estados Unidos no quería verse arrastrado a participar en un conflicto que, a falta de límites convencionales, hubiera podido permanecer localizado.

El problema para Francia se planteaba en los siguientes términos: ¿Estaría dispuesto Estados Unidos a correr el riesgo supremo de su destrucción por Europa? La respuesta gradual adoptada por los estrategas norteamericanos desde 1961 alimentaba la duda.

De Gaulle discutió este problema con MacMillan el 13 de marzo de 1960. El primero indicó que estaba dispuesto a colaborar con el programa nuclear inglés. MacMillan respondió que en principio estaba de acuerdo, pero que surgían muchas dificultades a partir de la cooperación que ya realizaba con Estados Unidos en este dominio.

En diciembre de 1962 el Primer Ministro inglés se reunió con Kennedy en las Bahamas para hallar una solución alternativa al problema nuclear de Europa. El resultado de las pláticas fue el Acuerdo de Nassau, que prescribía que los norteamericanos entregarían a los ingleses cohetes Polaris para sus submarinos atómicos. A cambio de ello Inglaterra pondría sus propios recursos nucleares a disposición de OTAN, con la salvedad de utilizarlos independientemente sólo en caso de que así lo exigiera su interés nacional. Al término de la reunión decidieron invitar a Francia a adherirse al Acuerdo.

Pero el sistema de Nassau contradecía toda la política francesa y no sólo la nuclear. Por lo demás de Gaulle se mostró visiblemente molesto por la exclusión de que había sido objeto, y vio en ello el reforzamiento del privilegio de que gozaban las relaciones con Inglaterra en el esquema norteamericano.

El 14 de enero de 1963 dió una respuesta negativa, un tanto abrupta, a la propuesta así como a la candidatura in

glesa al Mercomún. Su rechazo partía de la idea de que la defensa de Europa había pasado a segundo término en la estrategia de Estados Unidos 16/. Ante la incertidumbre que esta nueva situación provocaba Francia debía dotarse, con mayor razón, de una fuerza atómica propia, combinada con las fuerzas de la Alianza pero no integrada a ellas.

Los aliados siguieron discutiendo la creación de una fuerza nuclear multilateral, o una asociación más estrecha en materia de información y planificación nuclear.

Por otro lado, el 25 de julio de 1963 se firmó en Moscú el Tratado de No Proliferación de Armas Nucleares. La postura de las autoridades francesas al respecto fue inequívoca:

Hemos dicho muchas veces que mientras existan en el mundo fuerzas nucleares como las actuales nada impedirá a Francia procurarse las suyas propias, pero si algún día se destruyen realmente esos armamentos, Francia estará totalmente dispuesta a hacer lo mismo 17/.

La fuerza nuclear multilateral (MLF) que se proponía integraría la totalidad de los recursos nucleares ingleses y franceses. Los aliados no poseedores verían satisfechas sus ambiciones a través de la participación en un conjunto en el que actuarían en calidad de asociados, sobre un plano de igualdad. Estados Unidos aportaría una cantidad,

en sí misma importante, de recursos, aunque para ellos comparativamente simbólica. Proporcionaría los barcos y los submarinos atómicos. Las ojivas nucleares correspondientes permanecerían bajo control norteamericano, así como el material bélico a bordo de los barcos. Las condiciones de empleo de las armas quedaban por definir, en todo caso Estados Unidos se reservaba el derecho de decisión. Mientras Inglaterra manifestaba su deseo de abstenerse, Francia lo rechazaba y los demás aliados se mostraban favorables.

Los franceses interpretaban el proyecto como una solución norteamericana a las ambiciones nucleares alemanas y al deseo de Francia de imponer su influencia sobre el continente, destruyendo en particular la efectividad del tratado francoalemán. "Estados Unidos se ha opuesto a agrupaciones en el seno de la Alianza Atlántica -por ejemplo el tratado francoalemán- que, aunque no oficialmente, hemos tratado (los norteamericanos) de hacer inoperante" ^{18/}. Era además la transferencia de la autoridad sobre el armamento nuclear de un comando norteamericano a otro.

Alemania siguió insistiendo en el tema, como una manera de participar en un programa nuclear y también como un medio para asegurar la presencia norteamericana en el continente y eludir la preeminencia militar francesa. En abril de 1964 Johnson renovó su apoyo al proyecto. El 12 de junio emi

tió un comunicado conjunto con Erhard que anunciaba que "se había llegado a un acuerdo en cuanto a que la fuerza multilateral propuesta aumentaría la fuerza política y militar de OTAN y que se mantendrán los esfuerzos por firmar un acuerdo a fin de año" 19/.

La oposición de Francia siguió siendo total; en Alemania la opinión estaba dividida. Algunos consideraban que el tratado de 1963 era un obstáculo para la realización del proyecto; otros se resistían a despertar el descontento norteamericano en caso de rechazarlo. Sin embargo, las veladas amenazas soviéticas en el sentido de que si los alemanes occidentales llegaban a tener una participación -por mínima que ésta fuera- en el detonador nuclear de OTAN, se intensificarían las tensiones y disminuirían las posibilidades de un acuerdo en materia de armamento, hicieron que Estados Unidos perdiera interés en el proyecto. La política de Johnson de "lanzar puentes" (building bridges) con los países socialistas no permitía ese riesgo.

En 1965 MacNamara propuso la creación de un comité restringido de asuntos atómicos en el seno de la Alianza, a lo que las autoridades francesas también se opusieron. A su retiro de OTAN, anunciado en 1966, se crearon organismos de planificación nuclear, pero ya no se hablaba ni de integración ni de dotar a la organización de armas estratégicas propias 20/.

La "Force de Frappe" y el retiro de la OTAN...

El rechazo de la propuesta del directorio tripartita y la convicción de que Estados Unidos no ayudaría a Francia a procurarse una fuerza nuclear propia, determinaron a de Gaulle a seguir adelante en su propósito de manera independiente 21/.

El 13 de febrero de 1960 estalló la primera bomba atómica francesa. El Presidente saludó el éxito del experimento con un "¡Hurra! desde esta mañana Francia es más fuerte y más libre". Y añadió:

... Ha dado prueba de que ha sabido -puesto que era necesario- realizar, con sus propios medios y sin ninguna ayuda del exterior, la serie de explotaciones científicas, técnicas e industriales que representa el éxito y que decididamente le devuelve su independencia 22/.

A pesar de las divergencias que en este sentido se manifestaban en las relaciones francoamericanas, de Gaulle se empeñaba en sostener que la necesidad más elemental exigía el mantenimiento de la Alianza Atlántica, y que Francia tanto como Estados Unidos tenían una responsabilidad capital a ese respecto. Según él, las diferencias nacían de cambios intrínsecos que se habían operado en la posición absoluta y relativa de ambos. El armamento nuclear permitía al país desempeñar su papel en la política mundial y debía ser visto como una vía

hacia la independencia tanto como un fortalecimiento de la seguridad occidental. Además permitía el establecimiento de una nueva alianza concertada con los norteamericanos, desde una perspectiva diferente a la que había inspirado el nacimiento de OTAN.

Desde el punto de vista de la seguridad nuestra independencia exige en la era atómica en que vivimos, que tengamos los medios necesarios para disuadir por nosotros mismos a un agresor eventual, sin perjuicio de nuestras alianzas, pero también sin que nuestros aliados tengan nuestro destino entre sus manos 23/.

La Alianza Atlántica tiene por objeto disuadir una posible agresión contra el statu quo europeo, puesto que representa la respuesta nuclear norteamericana a un ataque de este tipo. OTAN constituye la materialización de la alianza, que haría efectiva su intervención en caso de que fracasara la disuasión. Según la posición francesa es posible mantenerse dentro de la Alianza y disponer de un sistema de defensa nacional autónomo. La "Force de Frappe" aumentaría los riesgos del agresor al duplicar las oportunidades de éxito de la respuesta aliada. Visto de esta manera el sistema francés vendría a fortalecer la función de disuasión de la Alianza. La contradicción en la lógica de este proceso se originaría a partir de la inasistencia francesa en cuanto a la incertidumbre del compromiso norteamericano en la defensa de Europa.

A pesar de los signos evidentes del desplazamiento

de la seguridad europea en las prioridades norteamericanas,

Muchas de las dificultades de OTAN surgen no a partir de las dudas francesas en cuanto a la consistencia de nuestro compromiso (el norteamericano) en la defensa de Europa, sino más bien a partir del hecho de que nuestro compromiso sea tan firme. De Gaulle está tan seguro de nuestro apoyo que no arriesga nada al perseguir una política que a veces contradice la nuestra 24/.

Los problemas de la OTAN eran una consecuencia necesaria de la evolución del sistema internacional: la recuperación del continente, el fin del proceso de descolonización, la mayor fluidez del sistema internacional y el cambio en la percepción de la Unión Soviética por parte del mundo occidental, habían contribuido a fundamentar las ambiciones nacionales de desarrollo global.

El armamento nuclear posee un carácter simbólico en la medida en que Francia lo consideraba una consagración del status especial de que goza como miembro del Consejo de Seguridad. El nivel que le confería esa posesión era uno de los elementos diplomáticos que para las autoridades francesas era sujeto al mismo tiempo que objeto de su diplomacia. Al renunciar a una defensa nuclear propia Francia se privaba de un instrumento esencial en la justificación de las responsabilidades mundiales que deseaba asumir.

Aun así, para determinar la capacidad de disuasión francesa en función de una agresión eventual -dada la situación

ción internacional y la pertenencia a la Alianza Atlántica-, hay que matizar el carácter independiente de su política exterior. De antemano el adversario estaba identificado, y las disposiciones de la defensa nacional francesa siempre tendrían que tomar en consideración el potencial nuclear norteamericano. Aunque Francia adquiriera una fuerza nuclear independiente y utilizara la protección norteamericana para defender sus propias iniciativas políticas, "Estas iniciativas no amenazarían en ningún momento el objetivo final de la política de Estados Unidos" 25/.

El recurso de una potencia media como Francia, al armamento nuclear no tiene sentido sino en el caso en que suriera una amenaza inmediata contra sus intereses vitales. Además, el esfuerzo que representa la adquisición de un armamento de este tipo obliga al país a sacrificar parte de sus fuerzas convencionales 26/, lo que en su caso lo priva de medios más adecuados de defensa. Por otra parte, su inferioridad relativa la condena a estar permanentemente a la zaga del desarrollo nuclear de las superpotencias, lo cual implica que su posible intervención a este nivel sea de antemano muy limitada. De hecho los avances que se han logrado a propósito del control de armamentos, han resultado de las pláticas bilaterales de SALT (Strategic Arms Limitation Treaty) entre Estados Unidos y la Unión Soviética.

Algunos autores consideran que los resultados de la política nuclear francesa han sido más bien desastrosos, porque además de que contradice la política de no proliferación ha redundado negativamente en la imagen internacional del país. Aun así de Gaulle siempre se negó a participar en las negociaciones multilaterales sobre control de armamentos. Puede pensarse que la aparición de nuevas potencias nucleares independientes influyó para que las superpotencias, ante la amenaza de la proliferación, entablaran un diálogo serio en este sentido.

En este aspecto de la política francesa siempre destacó el contraste entre la mediocridad de los medios y la amplitud de las ambiciones. Una vez que Francia hizo pública su decisión de rechazar la política de no proliferación, Estados Unidos hizo a un lado cualquier idea de cooperación en este terreno. Al mismo tiempo que Washington ejercía un estricto control sobre las entregas de la industria privada norteamericana al gobierno degaullista, de material que pudiera contribuir a la realización de su programa nuclear ^{27/}.

El segundo problema que se refería a la seguridad de Francia y a sus relaciones con Estados Unidos era la organización misma de la Alianza Atlántica, al status de las fuerzas militares.

La OTAN es un conjunto de comandos interaliados, jerarquizados e integrados al cual está afectado el grueso de

los ejércitos europeos, así como las tropas americanas, inglesas y canadienses estacionadas en el continente. Estados Unidos ejerce las responsabilidades esenciales, dado que la defensa de Europa en su conjunto descansa en la disuasión norteamericana, es decir, en sus recursos atómicos.

Dos de los principales comandos estaban instalados en los alrededores de París. Esto significaba una gran cantidad de elementos e instalaciones que gozaban de un status que les aseguraba un régimen de extraterritorialidad.

En pocas palabras la restauración de nuestra independencia y aun de nuestra soberanía sobre el territorio nacional, exigía un cambio radical en un sistema en donde una y otra se confundían militar y políticamente 23/.

La revisión de la política francesa en OTAN a la que aludía el Memorándum de 1958 se inició desde ese mismo año, cuando Estados Unidos dirigió una solicitud a las autoridades francesas en el sentido de almacenar en su territorio armas nucleares norteamericanas, cuyo uso estaría determinado por la decisión conjunta de Washington y París. La subsecuente negativa implicó la evacuación, en junio de 1959, de 200 bombarderos estadounidenses estacionados en su territorio. En julio de 1963 la flota francesa del Atlántico era, como anteriormente la del Mediterráneo, sustraída al comando interaliado.

A partir de 1964, el relajamiento que se manifestaba en las relaciones con los países de Europa oriental era síntoma de que las crisis que habían caracterizado el período de la Guerra Fría habían terminado. En cambio se agudizaba el conflicto en Vietnam. Estados Unidos había comprometido ya un buen número de efectivos militares. Sus aliados occidentales empezaron a temer verse arrastrados a participar en él, sin siquiera ser parte del mismo. La tensión se agravaba en Asia y causaba tanta alarma que Washington no disimulaba el deseo de ver a sus aliados, al menos moralmente, hacer causa común con su intervención.

El 21 de febrero de 1966 De Gaulle anunció oficialmente su decisión de abandonar OTAN. Explicó que su país permanecería como miembro de la Alianza Atlántica y, en consecuencia, salvo que en el curso de los próximos años ciertos acontecimientos modificaran sustancialmente las relaciones Este-Oeste, en 1969 -fecha prevista por el Pacto Atlántico para llevar a cabo una revisión del texto del tratado-, estaba resuelta a renovarla. Sin embargo, ya no justificaba las disposiciones de orden militar del acuerdo; por lo tanto, se proponía recuperar el pleno ejercicio de su soberanía, comprometido por la presencia de tropas extranjeras en su territorio nacional. Asimismo había decidido ya no participar en los comandos integrados ni emplazar sus efectivos en OTAN. "No se trata absolutamente de una ruptura, sino de una adaptación necesaria" 29/.

Después de haber hecho la distinción entre la Organización y la Alianza Atlántica, pidió la evacuación de las bases norteamericanas, de todos los elementos de Estado Mayor y de las instalaciones de OTAN de territorio francés. La operación tendría que llevarse a cabo antes del 1º de abril de 1967.

Las consecuencias inmediatas del retiro de Francia fueron menores de lo que hubiera podido imaginarse, aunque el descontento de la opinión pública norteamericana fue grande. El mismo clima de relajamiento internacional y de cooperación redujeron las posibles repercusiones del acontecimiento. De hecho, únicamente se trataba del reajuste de las relaciones francoamericanas. La naturaleza del conflicto era política.

Johnson deseaba evitarse problemas en Europa para poder concentrarse en las cuestiones que exigían primeramente su atención, por eso acogió el anuncio francés con una cierta serenidad. No así la opinión pública occidental que en su mayoría se mostró crítica de una decisión que según muchos "amenazaba la solidaridad occidental". Pero el disgusto lo provocó más el estilo del general de Gaulle, exageraba el sentimiento de que la defensa de occidente no se había visto ni afectada ni comprometida. Los límites del sistema internacional preservaban tal solidaridad, puesto que ellos mismos condicionan una evolución regular del mismo.

Por otra parte, el Presidente de Francia pensaba que esta determinación prestaría mayor efectividad a su política de acercamiento con el bloque socialista. Una integración moderada con Estados Unidos facilitaría -según él- un desarrollo simétrico en Europa oriental con respecto a la Unión Soviética. así iría construyendo el camino para la Europa "del Atlántico a los Urales". Por lo pronto Francia apenas expresaba su voluntad de independencia.

Cuando Nixon visitó París del 28 de febrero al 2 de marzo de 1969, manifestó su deseo de ver una Europa aliada a Estados Unidos, pero independiente. En las conversaciones que se celebraron apenas se mencionó OTAN, en tanto que Washington hizo explícito su deseo de reducir sus efectivos en Europa y añadió que no tenía objeción alguna a la existencia de fuerzas nucleares independientes ^{30/}.

Charles de Gaulle contra el Dólar

Las inversiones norteamericanas ^{31/}.-

Las inversiones norteamericanas en Europa se iniciaron muy lentamente después de 1945, pero a partir de 1953 empezaron a llegar en gran cantidad al continente ^{32/}. Se orientaron esencialmente al sector manufacturero, que era el más prometedor. El Tratado de Roma es bastante liberal al respecto y busca el máximo grado posible de liberalización de los movimientos de capital. Desde un principio, Francia, sin embargo,

temiendo que los beneficios no fueran iguales para todos los países miembros empezó a hablar de la necesidad de controlar los movimientos de capital proveniente del exterior, para asegurar su distribución equitativa.

El principal canal de introducción de la inversión norteamericana directa fue el establecimiento de filiales de las grandes empresas estadounidenses.

La creación del Mercomún constituyó un fuerte atractivo, así como el acelerado ritmo de la expansión económica europea, para la multiplicación de estas inversiones en Europa. -De 1953 a 1959 los países del Mercomún incrementaron en un 35% su PNB- Este capital tendió entonces a concentrarse en sectores claves como la petroquímica, la maquinaria electrónica y los medios de telecomunicación, cuya importancia es proporcionalmente mayor que la de la participación, aún limitada, del capital norteamericano en la masa total de las inversiones en Europa ^{33/}. El factor esencial de la hegemonía norteamericana en este terreno reside en su avance tecnológico relativo, lo que ha dado en llamarse "la brecha tecnológica".

La política francesa en materia de inversiones extranjeras sufrió modificaciones en más de una ocasión. En un principio la Va República se decidió a recibir con los brazos abiertos la instalación de empresas extranjeras que prometían

convertirse en una importante fuente de divisas. Esta posibilidad favorecía el esfuerzo de recuperación financiera que había iniciado el régimen.

Las primeras críticas surgieron en el momento en que se desarrollaban las negociaciones relacionadas con la primera solicitud de ingreso de Inglaterra al Mercomún. Francia suponía que su industria se vería expuesta a una aguda competencia, puesto que esta adhesión significaba la reducción de las tarifas aduanales que proponía el Kennedy Round y a la mayor introducción de capitales norteamericanos a través de las filiales inglesas.

Entre 1962 y 1963 la General Motors y la Remington Rand, así como la Chrysler provocaron que el gobierno francés pensara en tratar de controlar las inversiones extranjeras. Las filiales francesas de las dos primeras despidieron a un gran número de obreros, con el pretexto de racionalizar la producción, en vista de las exigencias de la integración económica. Mientras, la Chrysler anunciaba la compra del 64% de las acciones de Simca, el tercer productor francés de automóviles. Esta tendencia del capital norteamericano a absorber las empresas nacionales provocó la inquietud de los medios empresariales europeos 34/.

El Ministro francés de Finanzas señalaba el 18 de enero de 1962, "no es de desear que sectores importantes de

la economía del Mercomún dependan de decisiones provinientes del exterior" 35/. Subsecuentemente el gobierno francés invitó a los demás países del Mercomún a adoptar medidas restrictivas sobre la inversión extranjera.

El problema de Machines Bull -relacionado con el programa nuclear francés- es un buen ejemplo de las limitaciones de la política francesa. Esta sociedad era el principal fabricante de computadoras en Francia, pero carecía de recursos para financiar sus programas de producción. A fines de 1962 la General Electric ofreció comprar el 20% de las acciones, lo cual significaba una tentadora perspectiva de aumento de capital; no obstante, la oferta fue rechazada en febrero de 1964. Pocas semanas antes la filial francesa de la IBM había recibido la orden de la administración americana que le prohibía la venta al gobierno francés de una computadora gigantesca, necesaria para el desarrollo del programa nuclear. Esto equivalía a recordar a los franceses que estaban excluidos de la alianza militar anglosajona, prolongada por los Acuerdos de Nassau. En respuesta el gobierno de gaullista quiso que la única empresa nacional de computadoras lo siguiera siendo.

Pero era más fácil decirlo que lograrlo. En julio de 1964 el gobierno francés tuvo que admitir que el problema financiero de Machines Bull no tenía una solución puramente

nacional. Se llegó a un acuerdo con la compañía norteamericana según el cual por 43 millones de dólares la General Electric adquiría el 49% de la participación en dos filiales de la Bull, el 51% en una tercera; la última filial, dedicada al programa nacional de defensa, permanecería en manos exclusivamente francesas.

Este ejemplo subraya el hecho de que Francia por sí sola no era capaz de surtir los medios que exige el desarrollo de una industria nuclear. Los recursos totales de la industria francesa no podían alimentar el desarrollo de una industria de computadoras competitiva. Sin embargo, la fusión de las más importantes firmas europeas hubiera podido satisfacer los requisitos. Pero las autoridades francesas acababan de vetar el ingreso de Inglaterra a la Comunidad, y habían realizado conversaciones con la Olivetti y con la Siemens, que habían fracasado. La opción podía plantearse en los términos: "La firma se une a socios europeos equivalentes o es absorbida por Estados Unidos". No obstante, "La aversión de de Gaulle a la 'Supranacionalidad' es la mejor arma al servicio del gran capital norteamericano hoy día en Europa occidental"^{36/}

A partir de 1964 empezó a delinearse una nueva política francesa hacia las inversiones norteamericanas y durante algunos meses las solicitudes de inversión directa fueron totalmente bloqueadas. Ya en 1963 se había pensado que este tipo de operaciones contribuían a la inflación que registraba

la economía. Igualmente, desde ese año Francia resintió la reducción de su capacidad competitiva con respecto a las empresas norteamericanas y a las del mismo Mercomún.

Entre 1963 y 1964 las crecientes dificultades de la industria francesa coincidieron con una mayor penetración de las firmas norteamericanas. En 1965 se añadió este problema al del Sistema Monetario Internacional, que veremos más adelante. Según los expertos franceses las inversiones extranjeras estaban siendo financiadas por un déficit permanente de la balanza de pagos estadounidense. La preeminencia internacional del dólar alimentaba esta anomalía.

El bloqueo total de las inversiones directas fue apenas temporal. Cualquier tentativa por institucionalizar esta tendencia hubiera provocado una gran cantidad de problemas jurídicos, diplomáticos y sobre todo económicos. En estos términos Francia no podía pasar por alto las ventajas que reportaban las inversiones norteamericanas. Además, una política de restricción a la importación de capitales estaba destinada al fracaso, en la medida en que los demás países de la Comunidad permanecieran fieles al liberalismo económico y prodigarán todo tipo de facilidades, como Bélgica, a transacciones de esta naturaleza.

En el curso de los primeros meses de 1965 se realizaron 39 grandes inversiones norteamericanas en Francia y

las firmas ya establecidas siguieron operando normalmente. Se puso en práctica, entonces, una política selectiva de inversiones al mismo tiempo que se fomentaba la investigación y la expansión de la industria nacional.

En años posteriores apareció el intento de superar la subordinación tecnológica y económica con respecto a la industria norteamericana, entre todos los países del Mercado común y de desarrollar una relación más equilibrada con el enorme competidor comercial que representa Estados Unidos. Querer luchar con medios tan limitados como los puramente nacionales en contra de esta hegemonía es una ilusión, al parecer la única alternativa viable a esa competencia equilibrada es la fusión total del capital europeo, lo cual supone un nivel más elevado de integración continental.

El Sistema Monetario Internacional.-

Ya hemos mencionado algunas de las críticas que las autoridades francesas empezaron a dirigir, con más firmeza desde 1965, contra el Sistema Monetario Internacional.

El régimen degaullista trató de transformar el déficit comercial de la balanza de pagos norteamericana en una arma destinada a reducir el peso de Estados Unidos, tanto económico como político, sobre la economía mundial.

En 1922 se estableció el sistema del patrón cambio oro, cuando la Conferencia de Ginebra de ese año atribuyó

al dólar convertibilidad automática con respecto al oro. Terminada la Segunda Guerra Mundial Estados Unidos detentaba casi todas las reservas mundiales de oro. Los demás países, en consecuencia, empezaron a aceptar como pago de sus operaciones comerciales, indiscriminadamente oro y dólares.

Pero las condiciones que suscitaron la implantación de este sistema fueron evolucionando. En un primer momento el dólar era una moneda muy fuerte; la economía norteamericana mantenía niveles de ingreso y de empleo muy elevados, en consecuencia sus exportaciones eran muy superiores a sus importaciones. La balanza comercial registraba un amplio superávit que permitía que el país financiara grandes erogaciones de capital por concepto de ayuda económica y militar al exterior ^{37/}. Pero la recuperación económica de Europa y de Japón iban en relación inversa al deterioro de la economía norteamericana.

En 1963 un grupo de expertos norteamericanos realizó un estudio que recomendaba a su gobierno reducir la dependencia exterior con respecto al dólar como moneda de reserva internacional. La economía del país había empezado a perder competitividad y capacidad exportadora. La evolución de los precios había sido más dinámica en Estados Unidos que en Europa, y sus gastos en el exterior habían reducido considerablemente el superávit anterior. Las inmensas erogaciones de gran potencia habían expuesto a la economía a un proceso de virulenta inflación, y la emisión de dólares superaba con mu

cho el valor real de sus reservas.

Según las normas del Fondo Monetario Internacional, todo país deficitario está obligado a adoptar medidas tendientes a resolver sus problemas de balanza de pagos en un plazo más o menos breve. Sólo Estados Unidos podía escapar a esta disciplina. Bastaba con que los dólares, incondicionalmente convertibles en oro, que compraba el exterior no fueran presentados para su conversión. Entonces, el déficit se acumula en la extranjero, adonde la correspondiente emisión de monedas nacionales traslada la inflación 38/.

El efecto acumulativo de las salidas de oro empezó a evidenciarse en 1960, precisamente en el momento en que el déficit norteamericano, después del período conservador de Eisenhower, se consagraba con la política de Kennedy de aumento masivo de los gastos militares y de una acción deliberadamente inflacionista que tenía por objeto el desarrollo de la economía interna.

El 12 de septiembre de 1963 se puso en aplicación el plan de recuperación de la economía francesa. Una de sus medidas consistía en la exigencia, por parte del Banco de Francia, de que los norteamericanos pagaran el 80% de sus operaciones comerciales a título de balanza de pagos, en oro. Las autoridades francesas habían optado por ya no mantener exclusivamente en dólares sus excedentes.

En septiembre de 1964, en la sesión anual del FMI que se celebraba en Tokio, Valéry Giscard d'Estaing -Ministro francés de Finanzas- expuso los conceptos monetarios del gobierno de su país. Las autoridades norteamericanas respondieron a esta postura con críticas y recelo, puesto que preconizaba una modificación básica del sistema monetario prevalente.

El 4 de febrero de 1965 el general de Gaulle anunció a la prensa que el programa de reforma monetaria de la economía nacional se había aplicado de la siguiente manera: primero, había dado prioridad al pago de las deudas de corto y mediano plazo con el FMI y el EXIMBANK; y segundo, se había convenido con las autoridades norteamericanas que las compras de oro se escalonarían mensualmente, de manera que en 1968 el 80% de las reservas francesas estuvieran representadas en oro.

...Consideramos necesario que los intercambios internacionales se establezcan, como antes, sobre una base monetaria que no lleve la marca de ningún país en particular 39/.

Estados Unidos recibió esta propuesta de la vuelta al patrón oro como una afrenta directa que tenía por objeto arruinarlos. Mientras se llegaba a un acuerdo en esta materia Francia proponía que los países del Mercado elaboraran un sistema monetario sólido "que responda al renaciente poder

del viejo continente". El resultado más inmediato de esta afirmación fue un aumento acelerado de las tensiones que caracterizaron a las relaciones francoamericanas durante la administración Johnson.

A principios de 1968 Estados Unidos propuso la creación de un doble mercado de oro: el mercado libre, independiente con respecto a las paridades oficiales, normalmente superiores; y el mercado de los bancos de emisión, donde se mantendrían las paridades; tácitamente se convenía que ningún país exigiría la conversión de sus dólares, por lo tanto este mercado tendría un sentido único hacia Estados Unidos.

Los constantes ataques del gobierno francés contra la inflación del dólar y su negativa a asumir los costos de la misma a través de un aumento de los medios internacionales de pago, generaron cada vez mayores fricciones en el FMI, donde Inglaterra y Estados Unidos exigían la ampliación de estos medios.

También en 1968 se emprendió una negociación en ese organismo, que tenía por objeto la creación de un nuevo sistema monetario internacional fundado en el crédito: los derechos especiales de giro. El mecanismo consistía en la emisión de créditos internacionales y en su atribución a cualquier país que así lo solicitara. Francia se negó nuevamente a aceptar el proyecto norteamericano AO, reavivando con ello la

hostilidad que revestía la política degaullista hacia el gobierno estadounidense.

Diferencias en cuanto a una estrategia global

Dado que el general de Gaulle mantenía la idea de que Francia era y debía ser una potencia mundial, sus intereses se extendían a otro ámbito que al estrictamente europeo. "No hay Francia que valga, sobre todo a ojos de los franceses, sin responsabilidad mundial" 41/.

En este caso la divergencia con la política norteamericana es casi constante. Su incidencia sobre la actividad internacional fue muy limitada, representaba más que nada la expresión independiente de una política de prestigio, y la rebeldía contra la política de bloques.

De Gaulle definió el 27 de abril de 1965 su posición con respecto a la política mundial:

...nuestra independencia nos conduce a llevar a cabo una acción conforme a nuestra propia concepción, a saber: que ninguna hegemonía ejercida por quien sea, ninguna intervención en los asuntos internos de un Estado, ninguna prohibición a cualquier país de mantener relaciones pacíficas con otro, pueden ser justificadas 42/.

Las diferencias entre la estrategia francesa y la norteamericana eran particularmente acentuadas en el caso del

Tercer Mundo 43. En su política hacia esta región Francia se convirtió en el portavoz de la independencia nacional y de la lucha contra la doctrina liberal a ultranza de Estados Unidos, partiendo de la base de que es falso que la prosperidad de un país subdesarrollado se origina en el libre comercio.

Cuando Kennedy se preparaba a mandar más tropas a Vietnam del sur, de Gaulle criticó la decisión porque consideraba que era muy imprudente permitir que los comunistas se convirtieran en los campeones de la defensa nacional. Por el contrario, siempre insistió en que el mejor antídoto contra el comunismo era una ayuda económica aparentemente desinteresada.

La posición degaullista frente al comercio internacional afectaba directamente a los intereses norteamericanos, en tanto que proponía que las materias primas y los productos tropicales -que constituyen el grueso de las exportaciones de los países subdesarrollados- estuvieran sujetos a un régimen de precios fijos en lugar de hallarse a merced de la especulación y de las necesidades de mercado de un comprador único.

Dentro de este marco de divergencia se localizaba la posición de los representantes franceses en Naciones Unidas a raíz del conflicto del Congo en 1960. Francia interpretó la intervención de la fuerza multilateral de la organiza-

ción en el problema africano, como una pérdida de control del Consejo de Seguridad sobre la Asamblea General -que, según esto, había rebasado los límites de su competencia-, que esta ba dirigida por un Secretario que estaba "convencido de que personificaba un gobierno mundial". Según las autoridades degaullistas en vez de que la organización hubiera asumido una actitud conciliatoria frente a las partes en conflicto, había trasladado al lugar en que éste se desarrollaba el desorden y el juego de intereses que se manifestaban en el seno de Naciones Unidas. Optaron, entonces, por no participar en el financiamento de la operación y de la misma organización, coincidiendo al hacerlo con la postura soviética 44/.

Aun cuando el general de Gaulle negara en repetidas ocasiones una cierta desconfianza hacia Estados Unidos, de hecho la repugnancia que le inspiraba cualquier organismo en el que los norteamericanos pudieran llevar la voz cantante quedó bien establecida. Siempre trató que los conflictos internacionales de mayor importancia se resolvieran entre la "élite" de los actores internacionales, antes de que se vieran sometidos a las vicisitudes que suponía la amplitud de Naciones Unidas.

En 1958 Charles de Gaulle trató de formar la Comunidad Francesa, un esquema que consistía en conciliar la antigua dominación con la igualdad entre los países que habían sido parte del Imperio. El proyecto suponía cierto grado de

autonomía, pero dejaba en manos de la antigua Metrópoli la conducción de las principales actividades gubernamentales, como la política exterior, la economía y la defensa. Se trataba de una especie de autonomía interna limitada.

El resultado de su aplicación no fue muy efectivo, entonces empezó a insistirse en hacer de la cooperación económica un medio para mantener los alcances mundiales de la política exterior francesa. La ayuda que el gobierno degaullista proporcionaba a las excolonias, y sobre todo a Argelia, era en parte también un afán por demostrar a los norteamericanos la manera de impedir que un país se integrara al mundo socialista. "Es de algún modo la demostración hecha a Estados Unidos de lo que debió hacer en Cuba para que Castro no virara hacia el comunismo" 45/.

En 1964 Francia expresó su deseo de extender su política de cooperación más allá de los límites de Africa. A partir de entonces empezó a enfatizarse en particular la importancia del Tercer Mundo en la política degaullista, Esta opción tenía por objeto, clausurada la alternativa europea, obligar a Estados Unidos a hacer a Francia partícipe de su política mundial. La prensa norteamericana interpretó los viajes del Presidente de Gaulle a América Latina como un acto de hostilidad que pretendía apoyar a los latinoamericanos en su propia lucha contra la hegemonía estadounidense. "A falta de ser el más pequeño de los grandes, Francia será el

más grande de los pequeños, y en su nombre desafiará a los gigantes" 46/.

La principal fuente de tensión a este respecto fue la política neutralista que Francia postulaba para el Sudeste asiático. El 20 de agosto de 1963 el general de Gaulle empezó a insinuar su posición al hablar del "Vietnam entero", sin distinguir entre el norte y el sur, ni limitar la neutralización a Laos y Camboya. Consideraba que el único futuro político de esta región era la neutralidad que estipulaban los acuerdos de Ginebra 47/.

Durante la presidencia de Kennedy la ayuda norteamericana a Vietnam del sur se convirtió en una verdadera intervención. El Presidente norteamericano afirmaba que la zona era vital para la estrategia defensiva del mundo occidental, más aún en virtud de la cercanía de China y de la decisión de Pekín de dotarse de un armamento atómico. Francia, en cambio, proponía una solución política, a partir de la celebración de una conferencia cumbre que reuniera a todas las partes interesadas -incluida China-.

El debate francoamericano en torno al problema se hizo cada vez más preciso. En abril de 1964, Francia, en completo desacuerdo con la política de los aliados de SEATO, abandonó su sesión anual que se celebraba en Manila, y se abstuvo de participar en reuniones ulteriores. En junio de ese mismo

año realizó un acuerdo con el Príncipe Sihanouk de Cambodia, que aumentaba sustancialmente la ayuda militar, económica y cultural francesa a ese país.

Poco tiempo antes las autoridades francesas habían restablecido relaciones diplomáticas con China. Por primera vez un país occidental admitía sin reservas que Pekín era el único representante legítimo del pueblo chino. Esta decisión fue tomada en el momento en que se acentuaba el conflicto sino-soviético, que amenazaba la unidad del mundo socialista, lo cual no es una simple coincidencia. Según Couve de Murville, la situación de progresivo deterioro de la guerra de Vietnam fue una de las razones que motivaron el reconocimiento, puesto que además ya era evidente que China era una potencia asiática cuya participación en la decisión acerca del destino final de esa zona era indispensable. La reacción norteamericana fue obviamente negativa, basada en el argumento de que esta iniciativa debilitaba la "solidaridad occidental".

El 1º de septiembre de 1966 de Gaulle expresó públicamente en Phnom Penh su oposición a la política norteamericana:

Las condiciones de un acuerdo son claras y conocidas (...). Pero la posibilidad, y con mayor razón el inicio de una negociación tan amplia y difícil dependerían evidentemente de la decisión y del compromiso que antes hubiera aceptado adquirir Estados Unidos, de repatriar sus fuerzas en un plazo conveniente y determinado 48/.

Sin embargo, luego añadió "Sin duda alguna semejante negociación todavía no está madura, suponiendo que algún día llegue a estarlo". Pero esta segunda afirmación -que podría interpretarse como una aceptación resignada de la situación en Vietnam- no alivió en absoluto las consecuencias de esta declaración sobre las relaciones francoamericanas.

En julio de 1967 el gobierno francés estableció relaciones con Vietnam del norte, con el consecuente rompimiento de Vietnam del sur. Según de Gaulle, "Saigón se ha convertido en una colonia norteamericana o más exactamente en un gigantesco campo de entrenamiento para Estados Unidos" 49/.

Finalmente en marzo de 1968 el anuncio del Presidente Johnson de entablar pláticas de paz con Hanoi y con el Frente de Liberación Nacional acalló la tensión que este problema había alimentado entre Francia y Estados Unidos. No obstante, persistía la sensación de que Charles de Gaulle había optado por una política antinorteamericana que perjudicaba la unidad del mundo occidental. Aun cuando fuera obvio que el estilo del general había prestado a su actitud una apariencia exagerada que magnificaba su importancia real.

Las divergencias francoamericanas en cuanto a Medio Oriente también habían despertado las sospechas y el resentimiento en estas relaciones.

El 22 de mayo de 1967 el Presidente egipcio Nasser anunció el cierre del Golfo de Akaba, creando así el "casus belli". El día 24 Francia propuso la concertación de las cuatro grandes potencias para la resolución del problema, pero los soviéticos rechazaron la propuesta. El 2 de junio de Ministro francés de la Información presentaba ante la prensa la posición de Francia frente al conflicto:

Francia no está comprometida con ninguno de los Estados en cuestión. Considera que todo Estado tiene derecho a la existencia, pero también considera que lo peor sería el inicio de las hostilidades. En consecuencia, el primero de ellos, cualquiera que éste sea, que emplee las armas no contará con su aprobación, ni mucho menos con su apoyo 507.

El 5 de junio el gobierno degaullista impuso el embargo sobre cualquier entrega de material bélico a Israel o a los países árabes. En este caso los intereses petroleros de Francia jugaron un papel determinante en la medida en que podrían verse seriamente afectados por el estallido de un conflicto bélico, que por lo demás podría llevar a un enfrentamiento directo de los bloques. Tres días después la aviación israelí atacaba las defensas sirias y egipcias. El 15 de junio el Consejo de Ministros reiteró su condena al agresor al mismo tiempo que reclamaba la celebración de un acuerdo negociado.

Poco después la delegación francesa votó en Naciones Unidas una resolución yugoslava que proponía la evacuación

de las fuerzas israelíes de los territorios ocupados durante la guerra. Su voto se sumó al de la Unión Soviética, Cuba, Europa oriental y los países árabes, esforzándose -sin mucho éxito- por obtener el apoyo de los países africanos francófonos.

En los dos casos que hemos señalado como fuente de conflicto entre Estados Unidos y Francia, la actitud de esta última no se explica únicamente a partir de la hostilidad que había revestido el tono de sus relaciones. De manera más general ha de considerarse con base en el rechazo a la política de bloques. En el caso del Medio Oriente también intervinieron en buena medida las razones económicas que hemos sugerido.

El 13 de julio de Gaulle explicaba en un discurso pronunciado en Alemania, "Nuestra política consiste en mantener buenas relaciones con los países árabes para evitar que sólo tengan buenas relaciones con los soviéticos" 51/.

Tal vez su posición en ambos casos hubiera sido mejor entendida si no hubiera adquirido un tono tan deliberadamente antinorteamericano 52/. En realidad se trataba de una política "antibloques" perfectamente definida, aplicada en toda ocasión, con obstinación y a veces con brutalidad.

El Acercamiento con Europa Oriental

El 10 de noviembre de 1959 el Presidente de Francia

dijo ante una conferencia de prensa que el relajamiento del sistema internacional era fruto del colosal poder de destrucción que poseían ambas superpotencias, que, por lo tanto, se veían obligadas a buscar un camino hacia la estabilización de la paz. Esta idea de que los límites del sistema internacional imponen la necesidad de un acuerdo subyace en la política degaullista hacia la Unión Soviética y todos los países socialistas, salvo en dos momentos de crisis: Berlín y Cuba, una vez que estos fueron superados la idea va adquiriendo cada vez mayor vigor.

En 1958 las relaciones entre Francia y la Unión Soviética eran más bien reservadas y se mantenían en un nivel muy bajo. No obstante, la primera empezó a mostrar el deseo de intensificar los intercambios, primero a través de una acción concertada con sus aliados y luego en un plano de bilateralidad.

El Premier soviético Nikita Jrushov por su parte había emprendido una política en ese mismo sentido a partir de la enunciación de la "coexistencia pacífica" como principio de su política exterior en 1956 en el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS).

Ante esta convergencia de intereses se inició una fuerte corriente diplomática tendiente a la celebración de una conferencia cumbre que tuviera por objeto resolver el problema de las relaciones entre los dos bloques.

Jrushov vió en ello la oportunidad de proponer la discusión de la cuestión alemana. Confiado en el desarrollo de su industria nuclear y pesada en general, pensó que una actitud de intransigencia al respecto podría llevar a los occidentales a ceder a sus peticiones, ante la amenaza de un enfrentamiento bélico.

El 27 de noviembre de 1958 fijó una fecha límite de seis meses para introducir cambios radicales en el status de ocupación tripartita de Berlín, que pusieran fin a los derechos de los aliados occidentales y transformaran a esa zona de ocupación en una ciudad libre desmilitarizada. Esta propuesta iba acompañada de una amenaza en el sentido de que el liderazgo soviético estaba dispuesto a buscar de manera unilateral una solución al problema. Esta actitud creó una situación de crisis que de Gaulle quiso aprovechar para desempeñar el papel de intermediario entre las superpotencias, que le devolvería gran parte de su importancia en el escenario internacional.

Francia, Inglaterra y Estados Unidos parecieron estar de acuerdo en que la proposición soviética era inaceptable, pero sus posiciones en cuanto a la táctica a seguir para enfrentar el desafío no coincidían. Sin embargo, la gravedad de la situación llevó a un acuerdo en cuanto a la adopción de una actitud intransigente, a pesar de los riesgos que ello implicaba.

En un primer momento se reunieron los Ministros de Relaciones de los cuatro países en cuestión en Ginebra el 11 de mayo de 1959. El resultado fue un gran fracaso, porque mientras los representantes occidentales sostenían que la unificación alemana era la condición previa a la elaboración del tratado de paz, el representante soviético afirmaba que ese problema tendrían que resolverlo las dos Alemanias una vez que se hubiera llegado a un acuerdo de paz. Las posiciones eran irreconciliables.

El gobierno norteamericano pensó en las ventajas que podría traer una visita oficial del Premier soviético, como un medio para facilitar las negociaciones y propiciar el desarrollo de un clima más favorable al diálogo entre las superpotencias. Moscú a su vez decidió invitar a Eisenhower.

Este intercambio despertó de inmediato las suspicacias del Presidente francés, quien temía verse nuevamente excluido de un proceso que determinaría muy probablemente el futuro de Europa. Alemania también compartía esta preocupación, con el temor de que las presiones de Jrushov obligaran a las autoridades norteamericanas a ceder en perjuicio de los intereses exclusivamente alemanes. No obstante, en la visita que Eisenhower hizo a Europa en el mes de septiembre disipó sus dudas, al asegurarles que no haría ningún acuerdo bilateral en cuanto al problema de Berlín o de Alemania en general.

De Gaulle por su parte expuso ante el Presidente norteamericano su convicción de que un acuerdo bilateral soviético-americano no sería una verdadera solución alternativa al enfrentamiento, puesto que por el contrario sólo consagraría la existencia de dos bloques en la política internacional, "cuya sola existencia excluye la posibilidad de una paz verdadera" 53/. Según él sólo un incremento de las relaciones de los países europeos entre sí podía poner fin a la división del continente. A sus ojos cualquier negociación directa entre Estados Unidos y la Unión Soviética no pondría hacerse sino a expensas de Europa.

A fines de 1959 Francia promovió la idea de realizar una conferencia cumbre, lo cual le permitiría intervenir al nivel más elevado de la política mundial, al margen de Naciones Unidas, "excluyendo los tumultos, los desaffos y la violencia".

Khrushchov visitó París del 23 de marzo al 3 de abril de 1960 54/. A lo largo de su estancia se evidenció el deseo de ambos países de intensificar sus relaciones a un nivel bilateral; pero en este desarrollo Alemania constituía un obstáculo. Tanto uno como otro pensaban que la solución de este problema era esencial para posibilitar ese desarrollo. Moscú afirmaba que lo más acertado a ese respecto sería legalizar o formalizar el statu quo alemán. Se firmaría un tratado de paz con las dos Alemanias y Berlín sería una ciudad libre y neutralizada. Esto último equivalía a que los aliados occidentales

abandonaran su posición, que, por lo demás, consideraban esencial para la seguridad europea.

Francia, por su parte, fundaba su política hacia Alemania en un equilibrio europeo que sólo sería posible en la medida en que este país siguiera dentro de la Alianza Atlántica, estrechamente ligada a Europa occidental y a Francia en particular. La normalización de las relaciones sólo podría darse en un marco de relajamiento. Aquí la posición occidental, y francesa en particular era un tanto ambigua, puesto que aceptaba la existencia de dos Alemanias como un hecho, pero se negaba a formalizarla de manera definitiva con la firma de un tratado. Tal postura denota el compromiso con Adenauer que hemos señalado, el deseo de mantener a Alemania bajo control y la disposición de acercarse a la Unión Soviética, pero nunca a cambio de concesiones que pudieran afectar a fondo y de manera irreversible "la solidaridad del mundo occidental". Francia deseaba dejar a un lado la cuestión demasiado comprometadora de Berlín y enfatizar en los puntos donde se manifestaba una convergencia entre los dos países. De hecho afirmó en alguna ocasión que entre ellos existía una amistad tradicional "...Lo cierto es que no ha habido entre el pueblo francés y el pueblo ruso, en ninguna época, una oposición natural, ningún litigio de interés político..." ^{55/} Ante Alemania siempre formaron una alianza efectiva. Y se puede afirmar que la diferencia entre el desarrollo de las relaciones francoamericanas y el de las francosoviéticas deriva esencialmente de la

inexistencia de puntos efectivos de fricción, puesto que apenas si llegaban a tocarse sus respectivas esferas de interés.

El conflicto profundo hubiera podido surgir a partir del anticomunismo siempre explícito del general de Gaulle, pero como en las relaciones de poder tal y como él las concebía podía minimizarse la importancia de la ideología, sus relaciones con los soviéticos podían seguir un curso superficialmente normal.

El Presidente de Francia consideraba que la conferencia cumbre que se realizaría en París el 16 de mayo de 1960, debía dejar de lado la discusión del problema de Berlín que obstaculizaría cualquier desarrollo en las relaciones entre los bloques. Sugería, pues, que se discutieran problemas más generales como el desarme, o la ayuda a los países subdesarrollados.

Pero el incidente del U-2 -avión norteamericano que fue descubierto sobrevolando sin autorización territorio soviético- sirvió a Krushov para diferir cualquier negociación con los países occidentales y resumir una posición de intransigencia en cuanto al problema de Berlín. En el momento de la crisis de Gaulle insistía en que lo que había de discutirse nada tenía que ver con ello, pero todo fue inútil y la actitud soviética y la determinación aliada culminaron en la suspensión de la conferencia sin que ésta se hubiera siquiera

iniciado. Para llevar a cabo la misma el Premier soviético exigía que Eisenhower presentara públicamente disculpas, castigara a los culpables y se comprometiera a que esos vuelos ya no se repitieran, pero eso hubiera equivalido -en ese momento- a una claudicación demasiado fácil de Estados Unidos. El mismo de Gaulle consideraba que esas concesiones hubieran sido humillantes y sus consecuencias sobre la conferencia funestas; y así lo hizo saber a Eisenhower reafirmando al mismo tiempo su solidaridad con los norteamericanos.

En enero de 1961 Jrushov hizo un nuevo intento por forzar la mano de los occidentales en Alemania ^{56/}. Por otra parte, la degradación que forzosamente había provocado la solidaridad de París con Washington en el mes de mayo anterior en las relaciones franco-soviéticas, se vio acentuada por la posición de Francia en cuanto al control de armamentos, y por la recepción oficial que las autoridades soviéticas ofrecieron al gobierno Provisional de la República de Argelia.

Mientras tanto, los aliados occidentales habían reforzado sus contingentes en Alemania y además habían preparado planes de emergencia que se aplicarían en el caso de que una incursión por parte de la Unión Soviética interrumpiera el sistema de comunicaciones que se había establecido con Berlín oriental.

En la reunión de Kennedy con Jrushov, celebrada el 5 de junio de 1961 en Viena, éste último fijó nuevamente como

fecha límite el fin de año para llegar a una solución del problema alemán. Se pensaba en una alternativa de negociación, pero tanto Francia como Alemania tenían que ello condujera a importantes concesiones norteamericanas, por lo tanto sostenían que había que adoptar una actitud firme, aunque se arriesgara la ruptura. Pensaban que había que esperar a ver si Jrushov era capaz de asumir las consecuencias de su postura. Estados Unidos por lo pronto se comprometió ante sus aliados europeos a incrementar sus efectivos militares y a demostrar determinación.

Finalmente, el 13 de agosto se construyó el muro de Berlín que detuvo el flujo, de refugiados de Alemania oriental y dividió en dos la ciudad. La primera reacción de los occidentales fue de la mayor cautela ante lo que interpretaron como una provocación, y se limitaron a protestar, aunque energicamente.

Para Francia "... se confirmaba que el statu quo entre los bloques era realmente intangible, cada uno se afirmaba y era libre de actuar a su guisa en su propio mundo sin temer la reacción del otro" 57/.

El muro ponía fin a la crisis inaugurada en 1958 y favorecía a la política francesa en la medida en que esta solución permitía posponer la discusión de un problema que se había convertido en el principal obstáculo para la distensión de las relaciones que Francia buscaba con Europa oriental, y que era parte del esquema que se había propuesto desarrollar en su política exterior.

Ante el XXIII Congreso del PCUS Jrushov levantó la fecha límite que había impuesto en el mes de junio al decir: "Si occidente muestra disposición para solucionar el problema alemán, entonces no insistiré en firmar el tratado de paz antes del 31 de diciembre de 1961" 58/.

Mientras Francia pensaba que había llegado el momento de iniciar un diálogo con los soviéticos sobre cuestiones más generales, Estados Unidos por el contrario pensaba que era necesario insistir en las negociaciones sobre el problema alemán, por distintas razones. Primero de orden interno, Kennedy tenía que justificar de alguna manera el gigantesco esfuerzo militar que había emprendido y demostrar que tenía las mejores intenciones de negociar. El resultado de esta política sería el Tratado de Moscú del 4 de agosto de 1963, referente a la limitación de la experiencias nucleares no subterráneas. Francia será con Cuba, Albania y China continental de los pocos países que no se adhirieron a él. El gobierno francés actuó en este caso conforme a lo que prescribía su política nuclear. El acuerdo le parecía desembocar en un nuevo Yalta que congelaría la distribución mundial del poder y consagraría la hegemonía militar y política de Estados Unidos y la Unión Soviética.

El ritmo de las relaciones franco-soviéticas también disminuyó ante el reconocimiento de jure que la Unión Soviética otorgó al Gobierno Provisional de la República de Argelia,

antes de que hubiera sido proclamada formalmente su independencia. París respondió llamando a su embajador en Moscú.

Pero la crisis de Cuba de octubre de 1962 ^{59/}, fue la demostración de que los soviéticos no buscaban la guerra. Desde ese momento quedó confirmado el statu quo internacional y la necesidad de buscar nuevos caminos alternativos que permitieran entablar un diálogo entre este y oeste. Una vez que las dos superpotencias dieron prueba de su determinación de evitar un conflicto generalizado, Francia pensó de había llegado el momento de poner en práctica su política de acercamiento hacia los países de Europa Oriental.

La política francesa en este respecto consistía en ir de la "détente" a la entente y a la cooperación. El clima internacional iba a ayudar en mucho al desarrollo de este esquema. Las dos grandes crisis que hemos señalado habían puesto en evidencia la superioridad estratégica norteamericana, de ahí que la Unión Soviética buscara reducir el ritmo de la carrera armamentista, cuyo resultado más inmediato había sido la agudización de las diferencias entre las superpotencias en este dominio. Por otra parte, el estado de la economía soviética exigía un cambio de prioridades ^{60/}; y el rápido deterioro de las relaciones con China -manifestado abiertamente entre 1962 y 1963 por los chinos que acusaron a los soviéticos de capitulación en Cuba- pueden haber contribuido a que Moscú

perdiera el temor de ofender a Pekín al optar por la "détente" con relación a occidente.

En un principio los portavoces soviéticos habían interpretado la firma del Tratado de Roma como un proyecto norteamericano destinado a subordinar aún más políticamente a Europa, sin concederle mayor importancia al aspecto económico. Luego empezaron a denunciar la amenaza política que representaba una hegemonía germanoamericana en el continente, "mientras que en el dominio económico aplaudieron la manifestación de las contradicciones imperialista" 61/. Pero ya a principios de los Sesentas empezaron a preocuparse por los aspectos económicos del proyecto y por sus posibles repercusiones sobre las economías de Europa oriental.

Para los soviéticos el Tratado de Roma expresaba una tendencia inherente del capitalismo hacia la dominación de una única potencia imperialista sobre las demás, que conduciría a Europa occidental hacia el tutelaje norteamericano. Aun así, a partir de 1959 y aunque se decía que Francia y Alemania vivían un conflicto económico, estos dos países empezaron a surgir como un desafío a la hegemonía norteamericana. En 1960 el discurso de Jrushov ante el XXII Congreso del PCUS señaló que Estados Unidos había perdido su "superioridad absoluta" en la economía del mundo capitalista y que esta decadencia, que también compartían Francia e Inglaterra, era paralela al resurgimiento de Alemania y Japón 62/.

Para 1962 el Mercomún se había convertido en un poderoso instrumento de la "agresión imperialista", primero, por sus consecuencias sobre el comercio de los países socialistas de Europa, tenían la reducción tarifaria entre los países miembros y el establecimiento de una tarifa externa común con respecto a los países no miembros. También les preocupaba la formulación de una política agrícola común que tuviera por objeto la autosuficiencia y por consecuencia una disminución de las exportaciones de los europeos orientales.

La política de Charles de Gaulle puede considerarse desde dos puntos de vista: a corto plazo se orientaba al problema más inmediato de la reorganización y redistribución del poder en occidente; y a largo plazo, a una redefinición de las relaciones con el bloque socialista.

Los soviéticos veían en esta política una disensión en el seno del bloque rival y la acogieron con simpatía. Por lo general mostraron una actitud favorable a que Francia desempeñara un papel cada vez más independiente en el escenario internacional. "Para los soviéticos el surgimiento de Francia estaba estrechamente vinculado a la disminución del poder norteamericano en Europa" ^{63/}. No obstante, en ocasiones parecía que la reunificación del continente que postulaba de Gaulle chocaba con los intereses soviéticos, sobre todo a partir del acercamiento francoalemán. En el año de 1962 Francia era considerada como el principal obstáculo a la disensión de las

relaciones entre uno y otro bloque. Sus visitas a Alemania fueron calificadas como parte de un complot para establecer una "Europa hasta los Urales" que implicaba la liquidación de los regímenes socialistas de Europa oriental a través de la cooperación francoalemana y de la posesión de armas nucleares compartidas. Las denuncias alcanzaron su tono más elevado en 1963 cuando Francia no quiso adherirse al Tratado de Moscú 64/.

Desde un punto de vista político los soviéticos consideraban que un desafío francoalemán sobre una base continental representaba un peligro todavía mayor que la creación de una comunidad euroatlántica respaldada por Estados Unidos. La "detente" sólo aparecería en virtud de un acuerdo entre las dos superpotencias, basado en la aceptación del statu quo europeo, y fue éste el objetivo final que se planteó la política exterior soviética desde 1962.

Pero la firma del tratado francoalemán también podía ser vista como una división del bloque norteamericano que los soviéticos podían utilizar en su propio beneficio. Occidente se había solidarizado ante la amenaza, no obstante, una política exterior al mismo tiempo que más pasiva más abierta, podía contribuir a alimentar el relajamiento de los lazos que unían a los países occidentales. Inclusive los soviéticos optaron por una actitud más tolerante con respecto a la presencia norteamericana en el continente, puesto que empezaron a su

poner que la disminución relativa de Estados Unidos en Europa liberaría las tendencias hacia un predominio alemán. Todo indicaba que lo mejor sería una política de cooperación -ya sea para lograr una nueva distribución del poder en Europa o para estabilizar el statu quo-.

En un principio la Unión Soviética decidió considerar con mucha cautela la política francesa de acción independiente. Primero por las implicaciones de la "Europa del Atlántico a los Urales", y después porque tenía que un acercamiento demasiado acentuado provocara la intensificación de las relaciones germanoamericanas y el fortalecimiento de la influencia de Alemania en el seno de la Alianza Atlántica. En la Unión Soviética de Gaulle era

...unas veces condenado y otras glorificado por el liderazgo soviético, que evidentemente lo consideraba una figura desconcertante y lo veía con una mezcla de desconfianza y respeto no muy distinta a la que prevalecía en muchas capitales occidentales 65/.

Pero en general se pensaba que las ambiciones de-gaullistas afectaban más de cerca a sus aliados occidentales que a los intereses de la Unión Soviética, y esta opinión fue la que prevaleció sobre la política hacia Francia aún después de la desaparición de Jrushov.

El relajamiento de los lazos en el interior de las alianzas y una cierta ampliación de las relaciones entre las

dos mitades de Europa parecían haber preparado el camino para que se produjeran algunos cambios orientados a suavizar los efectos de la Guerra Fría, al mismo tiempo que se alteraba el papel de las dos superpotencias en las cuestiones europeas.

1964 fue el año de la normalización de las relaciones franco-soviéticas. En esa fecha se inició una serie de intercambios oficiales entre ambos países. A fines de febrero Podgorny viajó a París con el fin de discutir un acuerdo comercial que establecía por un período de cinco años el incremento de las relaciones económicas entre los dos países en cuanto a equipo y petróleo, al mismo tiempo se modificó el sistema de créditos que prevalecía entre ambos.

El 12 de junio de 1964 la Unión Soviética firmó un tratado de amistad con la República Democrática Alemana, inmediatamente los aliados occidentales emitieron un comunicado conjunto en el sentido de que esta decisión no afectaba en lo absoluto los acuerdos cuatripartitas sobre Berlín y Alemania. Así el problema perdió su vigencia.

A la destitución de Khrushov siguió un período en la política soviética de relativa pasividad, mientras se consolidaba internamente el nuevo grupo en el poder. Pero a partir de 1965 y más específicamente del XXIII Congreso de PCUS, la política exterior soviética empezó a caracterizarse por la firme determinación de mejorar las relaciones con Europa occidental y de

explotar la vulnerabilidad norteamericana originada por su intervención en Vietnam. Claramente uno de los objetivos de esta política era el debilitamiento de los lazos euroamericanos, en esta perspectiva se sitúa la propuesta de celebración de una conferencia de seguridad europea, que incluyera únicamente a los países continentales.

✓ Visto así el acercamiento con Francia también podía contribuir a debilitar a OTAN 66/, y dispersar el atractivo potencial que este país pudiera ejercer sobre los de Europa oriental, porque así no podría alimentar sentimientos de independencia en esa región sin arriesgar las relaciones con la propia Unión Soviética.

En el verano de 1965 era ya obvio que aunque entre los dos países siguiera existiendo una serie de cuestiones sin resolver, ambos estaban de acuerdo en establecer una relación estrecha de colaboración. Era la política de "olvidemos lo que nos separa y hablemos de lo que nos une". En ese mismo año Couve de Murville realizó un viaje a la Unión Soviética, mismo que finalizó con un acuerdo que estipulaba la consulta política de los dos países en cuestiones de mutuo interés.

✓ Con base en la idea de que la promoción generalizada de los intercambios era el punto de partida de un verdadero acercamiento con toda Europa oriental se intensificaron los intercambios oficiales que enfatizaban la importancia de las relaciones bilaterales a todos los niveles.

✓ El mismo de Gaulle viajó a Moscú del 20 al 30 de junio de 1966. De la visita no resultó ningún viraje de las alianzas existentes, ni compromiso político alguno, aunque sí ambas partes parecieron coincidir en que los problemas europeos tenían que ser tratados dentro de un marco europeo. Por primera vez Brejnev propuso la conferencia de seguridad europea con la exclusión de Estados Unidos. La respuesta del general no fue totalmente afirmativa, pero sí subrayó que prefería que los norteamericanos desempeñaran un papel más limitado en Europa. Aun así, era bien consciente de que la parte occidental no podría contrabalancear el poderío soviético sin el apoyo norteamericano. En todo caso una Europa así de fuerte hubiera querido el concurso de una Alemania muy poderosa, lo cual el Presidente de Francia no estaba dispuesto a favorecer.

✓ No obstante, a pesar del interés que los soviéticos hubieran podido tener en fomentar sus relaciones con los europeos occidentales se nota que no pusieron demasiado empeño en sus relaciones de "détente" con de Gaulle, porque su carácter bilateral podía ser un obstáculo para la política que deseaba aplicar en el interior del Pacto de Varsovia 57/. También existe la posibilidad de que

...los líderes soviéticos consideraran su flirteo con de Gaulle esencialmente como una vía útil para ganar tiempo hasta que el fin de la guerra en Vietnam y otros desarrollos propiciaran el interés más serio de un acuerdo con Estados Unidos para el ordenamiento de Europa 58/.

Si esto es así, también es posible pensar que de Gaulle era considerado por los soviéticos como un medio, una avanzada del mundo occidental que podía aprovechar.

"Europa del Atlántico a los Urales"

Las ambiciones degaullistas para Europa oriental consistían en recrear un nuevo equilibrio europeo. Europa occidental, encabezada por Francia disfrutaría del apoyo norteamericano, sin estar comprometida con él, con ese fin explotaba los problemas en Asia que enfrentaban los norteamericanos. Por otra parte confiaba en que el conflicto entre China y la Unión Soviética empujaría a ésta última a volver a Europa. Todo ello para generar el desarrollo de sentimientos exclusivamente europeos. Según de Gaulle la única solución a la división de Europa era la disolución de las dos alianzas rivales, OTAN y Pacto de Varsavia, ambas agencias de los centros hegemónicos.

Una Europa sin ninguna unidad política y con lazos que la unieran de manera equilibrada con Estados Unidos podía facilitar la "détente" que de Gaulle buscaba. Para los países de Europa oriental un acomodo de este tipo no planteaba problemas en la medida en que no exigía ajustes ni concesiones, y les permitiría saborear las ventajas de contactos económicos más estrechos sin tener que realizar un cambio sustancial de tipo político.

Puede decirse que después de Jrushov la Unión Soviética optó por una política más regional dadas las oportunidades que representaba el compromiso norteamericano en Vietnam. Así los líderes soviéticos se convirtieron en exponentes de la identidad particular y de los intereses de Europa.

A Estados Unidos también le interesaba mucho poner fin a la hostilidad Este-Oeste, de la cual la división del mundo era la causa tanto como el síntoma. El Secretario de Defensa MacNamara había propuesto desde 1966 que se considerara una reducción recíproca de los contingentes de OTAN y del Pacto de Varsovia, dentro de la línea de la política del Presidente Johnson de "lanzar puentes" con los países socialistas. El comunicado del 16 de diciembre de ese año hacía una modificación a la doctrina que hasta entonces se había mantenido y hablaba de la cooperación como de la vía hacia la paz, cuando hasta entonces la reunificación alemana había sido una precondition necesaria para este desarrollo. Los demás países de la Alianza se sumaban al deseo de mejorar sus relaciones bilaterales con los países socialistas. "En otros términos, la Alianza Atlántica hacía suya, después de algunos años, la política francesa"^{69/}.

El problema de este aspecto de la política demagógica reside en que se basa en la idea de que la pertenencia a uno y otro bloque es un obstáculo para la "détente". De ahí que los discursos que pronunció en los viajes que realizó a Europa oriental hayan despertado no pocas suspicacias dada su insistencia en las necesidades de que cada país asumiera una

actitud independiente y creativa 70/.

Lo que en realidad ha constituido el atractivo de occidente sobre Europa oriental ha sido el experimento del Mercomún, que ha logrado desarrollar una verdadera cooperación entre países tradicionalmente enemigos. Los contactos que podían establecer con Francia a nivel bilateral tendrían consecuencias muy limitadas, cuando fue el éxito económico del Mercomún lo que llevó a revisar la apreciación que los países socialistas tenían del proceso de integración europea. Desde 1962 Jrushov reconoció sus logros y su "carácter objetivo".

Lo limitado de los beneficios que aportaban las relaciones bilaterales con Francia hacían que este esquema fuera particularmente frágil y que su influencia sobre las relaciones entre el centro y el occidente de Europa fuera igualmente limitada.

La invasión soviética a Checoslovaquia en agosto de 1968 modificó el proceso de "détente", en tanto que consagró la autoridad hegemónica sobre los miembros del bloque socialista. La Unión Soviética optó por una política defensiva con respecto a los países occidentales, al mismo tiempo que se propuso subrayar la prioridad de sus relaciones intrabloque. Pero ya en 1969 inauguraba otra etapa de su política europea caracterizada por la búsqueda de nuevos medios para fortalecer su posición como potencia europea.

Francia interpretó la "Primavera de Praga" como un golpe al desarrollo de la *détente*, aunque de hecho su incidencia sobre el proceso de acercamiento entre las dos mitades de Europa fue más bien limitada, a pesar de que marcó los márgenes del acercamiento. Cuando París reconoció que su efecto había sido muy pobre en cuanto al equilibrio europeo, reconoció también que la política de bloques no había llegado a su fin. Por otra parte, se adhirió al comunicado del Consejo Atlántico que señalaba que cualquier intervención soviética que tuviera una influencia directa o indirecta sobre Europa occidental podría provocar una crisis internacional 71/.

CONCLUSIONES

Los Límites de la Grandeza y la Intransigencia

El general de Gaulle puede ser considerado desde dos puntos de vista: un nacionalista del siglo XIX que concibe la Nación como el valor político supremo; y como un realista político que fue capaz de prever las tendencias que orientarían el desarrollo de las relaciones internacionales en la segunda mitad del siglo XX.

A todo lo largo de este trabajo hemos tratado de subrayar la contradicción que nace de esta doble apreciación. El realismo político que parece inspirar al régimen degaullista se ve contrarrestado por el peso que otorga a elementos subjetivos tales como el prestigio, la tradición histórica y el papel de los hombres excepcionales en la política internacional, cuya importancia maximizó en la prosecución de la grandeza de Francia: único valor que justificaba su acción. La actuación degaullista se caracterizó por su pragmatismo derivado de una justa apreciación de la dinámica internacional; pero la fe en los valores tradicionales provocó una sobrestimación de las capacidades de Francia en tanto que "líder de la civilización occidental".

El hecho de que, a pesar de las desigualdades que pre-

valecían entre las potencias vencedoras de 1945, Francia participara en la victoria común todavía como potencia colonial pareció predisponerla a ejercer una política mundial. No obstante, la descolonización y la dependencia económica y militar con respecto a Estados Unidos restaron contenido a esa posibilidad. Por otra parte la rigidez de las relaciones entre las superpotencias impuso límites muy precisos a su actuación en el exterior.

La IVa República manifestó, aunque tímidamente, su determinación de mantener un status de potencia mundial; ejemplo de ello fueron las guerras coloniales y el inicio de una fuerza nuclear independiente que le devolviera su autonomía en la defensa. Pero estos mismos objetivos agudizaron su dependencia económica con respecto a Estados Unidos. La unificación europea, que se inició en este período, podría también considerarse como una política defensiva frente a la influencia de las Superpotencias. Aun así, dado que el marco internacional en el que se desarrollaba era muy estrecho en cuanto a los márgenes de maniobra que le imponía, su acción en este sentido se vió considerablemente limitada.

El general de Gaulle llegó al poder en circunstancias excepcionales derivadas de un problema de política interna; estableciendo una estructura carismática que - como apunta Max Weber- procedía de una situación de urgencia y entusiasmo extraordinarios. Dado que, siguiendo al mismo autor, el carisma se convierte en una renovación desde dentro, significa

una reorientación de todas las actitudes frente al pasado o frente al mundo en general. En este sentido la instauración del régimen degaullista constituyó en si misma una revolución en la medida en que de una forma de gobierno parlamentario se pasó a un régimen con características presidencialistas en el que el líder disponía de un buen número de facultades en la administración gubernamental; al tiempo que representaba una relación Social con los gobernadores rigurosamente personal.

Sin embargo, el dominio carismático es por definición inestable. De Gaulle intentaba renovarlo a través del recurso a los referendums—que mostraban un carácter plebiscitario—. Pero, una vez resuelto el problema que lo origina, el carisma pierde su base emocional y tiende a desaparecer bajo el peso de la cotidianidad. Según el mismo Weber, la penetración del carisma por lo cotidiano, su transformación en una institución, conlleva una profunda modificación de la naturaleza que le es propia.

La disminución relativa del voto referendario degaullista - o voto personal del general de Gaulle - parece traducir este fenómeno. Al mismo tiempo se registra un ascenso paralelo del gaullismo legislativo, que marcó el inicio del gaullismo sin de Gaulle, lo cual denotaba una gran autonomía del electorado gaullista con respecto al líder.

Las elecciones presidenciales de 1965 sugieren ya una disminución del poder carismático degaullista. El general se

había convertido ante la opinión pública en el jefe del partido mayoritario, para dejar de ser la encarnación de la unidad nacional en momento de peligro.

La crisis que conmovió el sistema político francés en mayo de 1968 puede interpretarse de muchas maneras. Para nuestros fines podemos considerarlo como una reacción ante el autoritarismo característico del régimen-mismo que contrastaba con el liberalismo de su política exterior. Es posible afirmar que en ese momento de Gaulle logró reagrupar a su alrededor buena parte de la población, sin embargo no pudo superar el desafío a su autoridad. Según Raymond Aron, el régimen degaullista llevó demasiado lejos sus deseos de renovación de la legitimidad carismática, hasta el punto de someterla a prueba por cualquier incidente.

El estilo de política exterior del general, por brusco e inesperado, fue uno de los elementos que le enajenaron la voluntad popular. Su actitud en el Mercomún, Canadá y el Medio Oriente provocaron una reacción de rechazo de la opinión pública. En estas circunstancias y después del verano de 1968 de Gaulle pareció excepcionalmente indiferente ante el desarrollo de la actividad internacional, era evidente que ya no creía ni en su poder sobre los hombres ni en su influencia sobre los acontecimientos. Habían desaparecido las condiciones para una política desafiante de grandeza.

La forma que el general de Gaulle confirió a su política exterior fue el resultado de una elección deliberada en relación con su propia concepción y con las circunstancias en las que se desarrollaba. La política exterior era para él la expresión misma del país en el escenario internacional. La nación era la realidad sociológica permanente a partir de la cual quería organizar el presente y orientar el futuro.

De Gaulle hacía política interna para vivir y vivía para hacer política exterior - señala Serfaty. Su acción en este nivel no buscaba rechazar las alianzas, ni siquiera reorientar radicalmente la diplomacia; simplemente acentuó algunos rasgos y reemplazó la discreción con que el régimen anterior manifestaba sus resistencias con una brutalidad, sorprendente en muchos casos. La relativa moderación que imponían la situación de Francia y la supuesta fragilidad de la IVa República, ya no tenía razón de ser, sobre todo a partir de 1962.

Francia contaba con los medios para ser una potencia continental, pero no mundial. Y aun así los límites de su política en Europa quedaron bien definidos por la determinación de los demás países continentales, quienes se resistieron a aceptar un liderazgo francés, que sustituyera el liderazgo norteamericano - fieles al principio de Maquiavelo de que no es prudente aliarse con un príncipe que tiene más prestigio que poder. El empeño demasiado evidente del gobierno degaullista por imponer una influencia dominante en el desarrollo de los asuntos europeos provocó una reacción contraria a sus fines:

el fortalecimiento de los lazos que unen a los países de Europa occidental con Estados Unidos.

No obstante, como hemos visto, en algunos casos su política, de intransigencia obtuvo la efectividad deseada en la región, pero los límites de su ascendencia estaban de antemano definidos por el potencial económico alemán.

La política exterior de gaullista supo aprovechar la mayor fluidez internacional que se inició luego de la crisis cubana de 1962. Por otra parte, los problemas internos y externos a que se enfrentaban las superpotencias le permitieron multiplicar sus maniobras políticas. Esto significa que la ampliación de los márgenes de movilidad de Francia en el exterior fue determinada por la propia iniciativa de las superpotencias de favorecer un relajamiento en sus relaciones, y por ende una "détente" generalizada.

La independencia que postulaba el general de Gaulle era limitada en la medida en que la seguridad y supervivencia de Francia estaban - y están hasta este momento - todavía garantizadas en última instancia por el potencial nuclear norteamericano. Siempre que se vieron efectivamente amenazadas ante un posible conflicto con la Unión Soviética, las autoridades francesas confirmaron su alianza con Estados Unidos, de ahí que en 1969 se hubiera mantenido dentro del Pacto Atlántico.

De Gaulle pensaba que el clima de relajamiento que se desarrolló en las relaciones entre los polos de poder le ha-

bía de permitir erigirse como un tercer polo de decisión política autónoma, al asumir el liderazgo europeo. Cuando este intento fracasó buscó desempeñar ese papel en los países del Tercer Mundo; pero las ventajas que estos últimos podían derivar de una estrecha colaboración con Francia eran menores a las que supone la relación más directa con alguna de las Superpotencias. En otros casos los vínculos que ya existían en este sentido eran demasiado fuertes como para que Francia ofreciera, dado lo limitado de sus medios, una alternativa más atractiva y poderosa.

Francia pudo actuar como una potencia regional limitada en una zona cuya posición ya no era determinante en las prioridades estratégicas de Estados Unidos. Su capacidad política frente a la potencia dominante se definió no sólo en términos de su importancia real en Europa. Indiscutiblemente la presencia de una personalidad como la del general de Gaulle debe tomarse en cuenta para evaluar esta capacidad. La importancia que le atribuían los medios de difusión y la originalidad de su estilo diplomático "inflaron" los alcances de esa capacidad, al mismo tiempo que contrastaban con la incidencia real de sus posturas sobre el curso de la política internacional. A pesar de ello, podemos apuntar que bajo el gobierno de Charles de Gaulle Francia recuperó gran parte de su prestigio, pero más como un "gran país" que como una "gran potencia". La diferencia entre una y otra confirma la debilidad del prestigio como instrumento de política exterior.

En 1968 - 1969 de Gaulle tuvo que reconocer que en un esquema de bipolaridad la independencia nacional de los países menores es muy relativa, en tanto que se define en función de la relación entre las Superpotencias. Bastaba un movimiento de Estados Unidos para que el franco quedara reducido al polvo. Tuvo que admitir que la grandeza que proclamaba no era suficiente para darle contenido a una política mundial y que del Medio Oriente a Vietnam, Francia tenía poco que decir. Su política de acercamiento con la Unión Soviética reasumió el ritmo de la iniciativa norteamericana después de la "Primavera de Praga", con lo que confirmó la división del mundo en dos bloques y pertenencia a la coalición occidental. Por lo demás, Alemania ha optado por una política exterior dinámica y su fuerza económica favoreció el ingreso de Inglaterra a la Comunidad.

Hemos visto cómo la actuación internacional de los actores menores en un sistema bipolar está determinada por la relación que existe entre las Superpotencias. Podemos distinguir en la jerarquía internacional dos grandes categorías de actores. La primera formada por las potencias nucleares dominantes: Estados Unidos y la Unión Soviética; la segunda incluiría todos los demás países en una escala fijada en términos de capacidad política e independencia con respecto a las potencias dominantes. En esta categoría los países se sitúan en un continuum que va de la independencia relativa a la subordinación absoluta. Su posición dependería del grado de movi-

lidad que son capaces de desarrollar de manera autónoma en la política internacional. Ese grado de movilidad o capacidad de maniobra, quedará a su vez determinado no únicamente por las relaciones entre las Superpotencias, sino también por los recursos materiales y humanos de que dispone cada país.

Las potencias medias serían aquellos países susceptibles de convertirse en potencias regionales, con la garantía de la Superpotencia como recurso último para su seguridad. La dependencia con respecto al polo dominante, por lo tanto, subsiste pero en un grado menor, lo que le permite llevar a cabo una política en cierta forma autónoma en la región a que se refiere. El surgimiento de este tipo de centros de decisión relativamente independiente parece coincidir con una tendencia de la dinámica internacional hacia la regionalización de la política mundial. Esta aparente multipolarización no implica, sin embargo, la desaparición del esquema bipolar, sino por el contrario su consolidación. Consolidación, en tanto que dentro de una bipolaridad más flexible, garantizada por un subyacente "equilibrio del terror", el sistema podrá enfrentar sin resquebrajarse las perturbaciones propias a su misma dinámica.

Las Superpotencias - especialmente Estados Unidos - parecen dispuestas a favorecer un desarrollo de este tipo, que les ahorre los gastos y compromisos de una política global manteniendo ellas mismas la garantía última de la seguridad de los demás países: el armamento nuclear, con base en la idea de que una cooperación más estrecha entre ambas aseguraría la estabi-

lidad del equilibrio mundial.

En la medida en que la sistemática oposición del general de Gaulle restó impulso al movimiento integracionista europeo, disminuía las posibilidades de que Europa occidental surgiera como una unidad política que pudiera erigirse en tanto que centro autónomo de decisión en la política internacional. En esa misma medida favoreció esa tendencia a la atomización del poder todavía puede reportar grandes beneficios a la hegemonía norteamericana en Europa.

NOTAS

Introducción.

- 1.- Raymond Aron, Paix et Guerre entre les Nations, París, Calmann-Lévy, 1962, 790 p., p. 65. Ver también: Morton A. Kaplan, System and Process in International Politics, Nueva York, John Wiley and Sons Incl, 1957, 283 p.
- 2.- Ibid, p. 103
- 3.- Los cambios que empezaron a erosionar la estructura misma del sistema de balance de poder multipolar, que prevaleció a lo largo del siglo XIX, aparecieron desde la 1ª Guerra Mundial donde ya Estados Unidos surgió como una Gran Potencia. Sin embargo, el subsiguiente aislacionismo que se caracterizó a la política exterior norteamericana durante el período entre las dos guerras, permitió que se mantuviera el sistema anterior, aunque sobre una base excepcionalmente frágil. Por otra parte, el apartamiento de la Unión Soviética, que estaba entredada a la consolidación del poder y al desarrollo económico interno fue un elemento más que favoreció el mantenimiento del equilibrio europeo.

Capítulo I

- 1.-Charles de Gaulle, Discours et Messages, París, Librairie Plon, 1970. 2 vols., p. XVII, vol. 1.
- 2.-Jacques Fauvet, La IVe République, París, Club de Libraires de France, 1960. 307p., p.75.
- 3.-Herman Finer, The Major Governments of Modern Europe, Nueva York, Harper and Row Publishers, 1962, 734p., p.323.
- 4.-Roy C. Macridis y Bernard E. Brown, The de Gaulle Republic. Quest for Unity, Homewood, Illinois, The Dorsey Press, 1960. 453p., p.18.
- 5.-Raymond Aron, Réflexions sur la politique et la science politique, Revue Française de Science Politique, enero-marzo 1955, p.8
- 6.-Macridis, op.cit., p.2
- 7.-Raymond Aron, Immuable et Changeante, París, Calmann Lévy Editeurs, 1959, 265p., p.92
- 8.-Ibid, p.229

- 9.-Alfred Grosser, Le IVème République et sa Politique Extérieure, Paris, Librairie Armand Colin, 1961, 438p., p.42.
- 10.-Ibid, p.79
- 11.-Aron, op.cit., p. 233
- 12.-Grosser, op.cit., p.240
- 13.-Ibid, p. 326
- 14.-Ibid, p. 344
- 15.-Charles de Gaulle, Discours et Messages, vol. 2, p. 15.
- 16.-Macridis, op. cit., p.19
- 17.- El 26 de julio de 1956 el coronel Nasser anunció la nacionalización del Canal de Suez. Esta decisión afectaba directamente los intereses de la Compañía Internacional que era concesionaria del tráfico del Canal hasta 1968, el capital francés en la empresa era mayoritario y el 45% restante de las acciones pertenecía a Inglaterra. Desde un principio la reacción franco-inglesa fue de llevar a cabo una intervención militar. Pero Washington decidió frenar a sus aliados, en razón del temor de empujar a Nasser al bloque socialista y desembocar en una confrontación directa con la Unión Soviética. Por lo tanto, el gobierno norteamericano hizo patente su oposición a la actitud de Francia e Inglaterra, negándose a aplicar a Egipto ningún tipo de sanción. Aún así, el 30 de octubre los gobiernos europeos involucrados expresaron su decisión de ocupar militarmente el Canal. La justificación jurídica consistía en que Inglaterra y Francia intervenían para evitar la lucha entre Egipto e Israel. El 4 de noviembre la Asamblea General de Naciones Unidas exigió un cese el fuego al tiempo que determinaba el envío a la zona de una fuerza multilateral. Al día siguiente las unidades franco-inglesas avanzaron hacia la zona de conflicto. Ese mismo día el gobierno francés recibió una nota de las autoridades soviéticas en el sentido de que, "El gobierno soviético está dispuesto a recurrir a la fuerza para apelar a los agresores y restablecer la paz en Medio Oriente." Grosser, op.cit., p. 367. La oposición parlamentaria y la presión norteamericana obligaron al gobierno inglés a ceder y Francia se retiró ya sin la ayuda militar británica. Ver Alfred Grosser, op.cit., pp. 367-372

- 18.-Ibid., p. 402
- 19.-Aron, Immuable., p. 14
- 20.-Mseridis, op.cit., p. 66
- 21.-Aron, Immuable., p. 169
- 22.-François Goguel y Alfred Grosser. La Politique en France. Paris, Librairie Armand Colin, 1964, 293 p., p.205.
- 23.-Raymond Aron, France, The New Republic. Londres, Stevens and Sons Ltd., 1960, p. 22.
- 24.-Charles de Gaulle, Mémoires de Guerre. Paris, Librairie Plon, 1954, 3 vols., vol.1, p. 47
- 25.-Max Weber, Economía y Sociedad. Esbozo de Sociología Comprensiva. México, Fondo de Cultura Económica, 1969, 2 vols., vol. 1, p. 172.
- 26.- El concepto de crisis proviene de la terminología del cristianismo primitivo y significa "gracia".
- 27.-Weber, op.cit., vol. 1., pp.196-197
- 28.-Ibid., vol. II, p. 863.
- 29.-Goguel, op.cit., p. 209
- 30.-Ibid., p. 210
- 31.-Maurice Duverger, La Cinquième République. París.Presses Universitaires de France, 1963,p. 67.
- 32.- En 1958 antiguos miembros del RPF formaron la Unión pour la Nouvelle République (UNR) que en 1961 obtuvo 6.2 millones de votos. A pesar de que en el momento de su creación uno de sus objetivos era la preservación de la Argelia Francesa, para 1963 "el cuerpo electoral había demostrado que prefería ver respetada la fidelidad gaullista. ...", Goguel, op.cit., pp. 121-122.
- 33.-De Gaulle, Mémoires de Guerre. vol. I, p. 1.
- 34.-Goguel, op.cit., p. 208
- 35.- En 1932 de Gaulle afirmaba: "Los hombres, en el fondo, no pueden vivir sin dirección, como tampoco pueden vivir sin comer, beber o dormir. Estos animales políticos necesitan una organización, es decir, orden y jefes ". De Gaulle, Le Fil de l'Épée. París, Editions, Berger-Levrault, 1961, 159 p. p.,66, 1a. edición, 1932.

- 36.- Werner Feld, The European Common Market and the World, Nueva Jersey, Prentice Hall Inc., 1967, 154p., p.33. Sin embargo, el tema es muy debatido. Jean Meyhaud afirma que "es imposible aceptar sin serias reservas las tesis que atribuyen a las empresas una influencia decisiva sobre la política (exterior)". Citado en Feld, op.cit., p. 32. No obstante, el mismo Meyhaud no parece hallar una respuesta definitiva, puesto que en otra obra habla de la influencia que ejercen estos grupos a través de la pertenencia de los parlamentarios franceses a los consejos de administración de las grandes empresas. Ver: Jean Meyhaud y Dusan Sidjanski, L'Europe des Affaires: Rôles et Structures des Groupes, París, Ed. Fayot, 1967, 244p.

Capítulo II

- 1.-De Gaulle, Discours, vol. II, p. 573
- 2.-De Gaulle, Mémoires de Guerre, vol. I, p. 241
- 3.-Ibid., vol. II, p. 140
- 4.-Ibid., vol. I, p. 96
- 5.-Ibid., vol. III, p. 210
- 6.-De Gaulle, Discours, vol. II, p. 54
- 7.-Jacques Soustelle, Veintiocho Años de Gaullismo, Madrid, Ibérico-Europea de Ediciones, S. A., 1969, 431p., p. 43.
- 8.- A este respecto Francia mantenía el veto a la creación de administraciones centrales en Alemania, que ejercieran su competencia bajo la autoridad del Consejo custripartita. En cambio proponía la sustitución del Antiguo Reich por una federación de estados, un régimen especial para el Reich y la anexión económica de la región del Sarre a Francia. En un principio las cuatro potencias aliadas parecían aprobar este esquema; sin embargo, a medida que se deterioraban sus relaciones empezaron a surgir las divergencias en cuanto al tratado de paz con Alemania y a su status y organización.
- 9.-De Gaulle, Discours, vol. II, p. 221
- 10.-Ibid., p.54
- 11.- En enero de 1946 afirmaba que "Francia podía disponer - sin excepción y sin hipoteca de todas las territorios no -

bre los que ejercía soberanía o protectorado. Estaba en condiciones de construir con ellos la Unión Francesa". Soustelle, op.cit.; p. 257

- 12.- Soustelle, op.cit., p. 257. El mismo autor, ferviente seguidor del general de Gaulle hasta 1962, escribía en 1950. "...nuestros territorios (constituyen) la gran oportunidad de la segunda mitad del siglo para Francia y para nuestra juventud." Soustelle, op.cit., p. 260.
- 13.- Jean Charlot, Le Gaullisme, París, Armand Colin, 1970, - 221 p., p. 38.
- 14.- A principios de 1950 los norcoreanos llevaron a cabo una incursión en el territorio de Corea del Sur. La Unión Soviética estuvo ausente - como protesta ante la presencia del gobierno de Chiang-Kai-Shek como representante de China en el Consejo de Seguridad - de la discusión que al respecto se celebró en ese organismo y que concluyó en el envío de una fuerza militar multilateral a la zona de conflicto. El grueso de ese ejército era norteamericano y su objetivo "responder a la agresión comunista. Francia también participó con un contingente importante, en defensa de sus propios intereses en Asia. De Gaulle interpretaba el conflicto como una manifestación del "carácter expansionista y agresivo de la ideología comunista". De Gaulle, Discours, vol. II, p. 376.
- 15.- Ibid., p. 375
- 16.- En 1955 Túnez como Marruecos lograron firmar unos acuerdos con el gobierno de Edgar Faure que les aseguraban la independencia, aunque formalmente se hablara de "un status de Estado independiente unido a Francia por los lazos de una interdependencia libremente consentida".
- 17.- De Gaulle, Discours, Vol. II, p. 638
- 18.- El 13 de marzo de 1958 estalló una rebelión local en Argelia que llegó a amenazar la integridad misma de la Metrópoli. Las autoridades francesas se mostraron incapaces de controlar el movimiento y la lucha entre los argelinos y la población europea. El 1º de junio la Asamblea Nacional, presionada por la amenaza de invasión del territorio metropolitano por parte del ejército francés estacionado en el norte de Africa, invistió como jefe del gobierno al general de Gaulle, el 3 de junio le otorgó plenos poderes que incluían la revisión de la Constitución. El 28 de septiembre - casi el 80 % de los votantes aprobaron el nuevo proyecto constitucional que establecía la V República.

- 19.-Soustelle, op.cit., p. 275
- 20.-Ibid., p. 277
- 21.-De Gaulle, Discours, vol. II, p. 87
- 22.-Ibid., p. 190
- 23.-Ibid., p. 230
- 24.-Ibid., p. 231
- 25.-Ibid., p. 358
- 26.- En diciembre de 1950 Jacques Soustelle rebatió, como miembro del RPF ante el Parlamento, el Plan Schuyman con base en la idea de que todo el proyecto "nos hace abandonar un importante sector de nuestra economía a una autocorrea de expertos sin Estado ni control.". Alexander Werth, De Gaulle: A Political Biography, Middlesex, Inglaterra, Penguin Books, 1965, 391 p., p. 223.
- 27.-De Gaulle, Discours, vol. II, p. 490
- 28.-Ibid., p. 574.
- 29.-Ibid., p. 358.
- 30.-Ibid., pp. 372-373
- 31.-Ibid., p. 566
- 32.-Ibid., p. 437
- 33.- "En efecto, nada es tan curioso como las intervenciones públicas o disimuladas de Estados Unidos para obligar a nuestro país a firmar un tratado del que no forman parte". De Gaulle, Discours, vol. II, p. 594.
- 34.- Ibid., p. 589. Y expresa más ampliamente su disgusto al añadir: "Estados Unidos ha rechazado la gran confederación europea y la gran alianza mundial (con Europa sobre un plano de igualdad) que sería posible y deseable para enmarcar a Alemania. Sin duda prefiere encerrar a los demás en múltiples compartimientos: Europa continental, Europa del norte, Península Ibérica, Mediterráneo, Oriente, Extremo Oriente,

te, América Latina; en cada uno de ellos su política realiza un juego particular. Sin duda quisiera tratar a los alemanes en presencia de un mínimo de interlocutores, a saber". De Gaulle, Discours, vol. II, p. 594

35.-Ibid., p. 593

36.-Ibid., p. 608

37.-La IVª República alcanzó un buen ritmo de desarrollo económico con base en un programa modificador. En 1946 se creó el Comisariado General del Plan, bajo la presidencia de Jean Monnet, que se fijó como primer objetivo la modernización de la industria. Con ese fin se preparó un programa de inversión intensiva de capital en seis industrias básicas, para un período de cuatro años. En 1952 la producción de este sector superó en un 45% a la de 1938. En los cuatro años siguientes se aplicó un programa similar en las industrias de bienes de consumo, como resultado de ello el ritmo de crecimiento alcanzó una tasa anual igual al 10%. Asimismo se introdujeron muchos cambios tecnológicos en diversas ramas del sector público. Ver: Macridis, op.cit., pp. 20-22

38.-Duverger, op.cit., p. 1

II. PARTE.

- 1.-Maurice Couve de Murville, Une Politique Etrangère, París, Librairie Plon, 1971, 503 p., p. 1.
- 2.-Pierre Visnasson-Ponté, Histoire de la République Goullienne París, Ed. Fayard, 1971. 2 vols., p. 215.
- 3.- "Hecho afectivo, sugestión, impresión causada, especie de simpatía que se inspira a los demás, el prestigio depende, primero, de un don elemental, de una aptitud natural que no pueden analizarse". Charles de Gaulle, La Fil de l'Égée. - p. 68.
- 4.-Alfred Grosser, La Politique Extérieure de la Ve République París, Editions du Seuil, 1965, 190 p., p. 31
- 5.-De Gaulle, Mémoires d'Espoir, París, Librairie Plon, 1970, 2 vols., vol I., p. 177.
- 6.-Couve de Murville, op.cit., p. 40
- 7.-De Gaulle, Mémoires d'Espoir, vol. I, p. 181

8.-Ibid, pp. 39-40

9.-David Schoenbrun, The three Lives of Charles de Gaulle, Nueva York, Atheneum, 1968, 393 p., p. 352

CAPITULO III

- 1.-Roy C. Macridis, De Gaulle. Implecable Ally, Prologado por Maurice Duverger, Nueva York y Londres, Harper and Row Publishers, 1966, 242p., p.xv.
- 2.-Charles de Gaulle, Mémoires d'Espoir, París, Librairie Plon, 2, vls., 1970, p. 236.
- 3.- Para un análisis detallado del marco institucional del Mercado ver: Finn B. Jensen, The Common Market. Economic Integration in Europe, Nueva York y Filadelfia, J. B. Lippincott, 1965, 278 p.
- 4.-Mario Lévi, "Les difficultés d'application du Traité de Rome", Politique Etrangère, vol. 26, No. 1, 1961, pp. 57-62, p.57 Ver también: Mario Lévi, "L'Agriculture Française dans le Marché Commun", Politique Etrangère, vol. 26, no. 3, 1961, pp. 262-279.
- 5.- Durante los años cincuenta la economía francesa hizo señalados avances en productividad y crecimiento económico interno, pero sufría una inflación y un desequilibrio de su balanza de pagos crónicos. De tal manera que cuando se acercaba la fecha de aplicación del Tratado de Roma todos pensaron que Francia tendría que recurrir a alguna de las cláusulas de salvaguardia. No obstante, la devaluación del franco de diciembre de 1958 y el sistema de medidas estabilizadoras de Jacques Rueff—consejero económico del general de Gaulle—, permitieron que la economía francesa siguiera creciendo a pesar de las restricciones a la demanda interna, y el franco se convirtió en una de las monedas más fuertes de Europa. Por otra parte, el IVº Plan Económico del grupo Monnet permitió que la nascente República recogiera los frutos de las mejoras estructurales que se habían introducido en años anteriores.
- 6.- Alemania, por su parte, era un gran importador de productos agrícolas y su agricultura era de las más protegidas y subvencionadas del continente. En 1961 las actividades de este sector absorbían el 18% de la población económicamente activa, y su participación en el ingreso nacional bruto era del 7%; mientras que en Francia, en el mismo año, el 27% de la población activa estaba dedicada a este sector y su contribución al PNB ascendía al 10.5% Lévi, op. cit., p. 271.

- 7.-Couve de Murville, op.cit., p. 40.
- 8.-De Gaulle, Mémoires d'Espoir, vol. I, p. 193
- 9.- El GATT surgió como una organización del comercio internacional que partió de la idea de la necesidad fundamental de fomentar el comercio entre los 23 países que primero se adhirieron a él--en su mayoría industrializados. El tratado que lo instituye estipula concesiones arancelarias entre las partes y la cláusula de la nación más favorecida. Los problemas de la economía norteamericana llevaron al Presidente Kennedy a proponer una liberalización generalizada del comercio internacional, de acuerdo con los términos del GATT. De Gaulle condicionaba su aceptación a la formulación de una política agrícola común en el seno de la CEE. Finalmente en 1967 Francia se decidió a apoyar la propuesta.
- 10.- Fian presentó un análisis muy cuidadoso de estos acuerdos.
- 11.- Françoise de la Serre, "La Communauté Economique Européenne et la Crise de 1965". Revue Française de Science - Politique, vol. 21, no. 2, abril de 1971, pp. 402-420, 453.
- 12.-Couve de Murville, op.cit., v. 330
- 13.-De la Serre, op.cit., p. 409
- 14.-De Gaulle, Discours...., vol. III, p. 378
- 15.- Con los aumentos salariales masivos que resultaron de la huelga general de mayo-junio 1968, en el seno del Mercado se acentuó un agudo desequilibrio en el nivel de precios de los países miembros. En noviembre del mismo año Francia impuso un control de cambios, elevó las tarifas sobre las importaciones e impuso nuevas cuotas temporales de importación para todo tipo de bienes. Ahora los conflictos que se presentan son más bien de carácter económico. Aunque todavía se piensa en la interacción política, el tema ha perdido mucho impulso. Ver Harold van B. Cleveland, "The Common Market after de Gaulle", Foreign Affairs, vol. 47, no. 4, julio de 1969, pp. 697-715.
- 16.-De la Serre, op.cit., p. 418, el 21 de febrero de 1966, en una conferencia de Brno, el general de Gaulle se felicitó por el hecho de que la crisis hubiera evidenciado el que las bases de las decisiones económicas fueran de naturaleza

/política y por lo tanto de la competencia exclusiva de los Estados. De Gaulle, Discours, vol. V, p. 20

- 17.- Gran Bretaña no estaba dispuesta a colaborar porque siempre se había mostrado reticente a participar en cualquier organización de carácter supranacional que implicara una cesión de soberanía; su propuesta se orientaba en un sentido totalmente distinto: 1) proponía que la agricultura fuera excluida del proceso integracionista; 2) Debía establecerse un área de libre comercio con un sentido estrictamente económico que no implicara los objetivos políticos que motivaban a los países continentales a la unificación; 3) tampoco aceptaba la integración de las políticas comerciales, porque Inglaterra deseaba mantener sus vínculos con el Commonwealth. Pero esto no era más que un aspecto del problema; de hecho, Inglaterra temía que el proceso de integración acelerara el desarrollo económico de Alemania y que ésta se convirtiera en la potencia hegemónica del continente y de ahí en un rival político potencial, puesto que la base política del movimiento integracionista sugería que bien pronto el aspecto político subordinaría al económico.
- 18.- Grosser, op.cit., p. 109.. No obstante, como posteriormente lo señalaremos, otro autor afirma la existencia de esa respuesta que de cualquier manera fue negativa.
- 19.- Si bien no pedía la modificación de la tarifa externa común, sugería la necesidad del establecimiento de un régimen especial para muchos productos, en su consideración importantes, así como la reducción del 20% del total de los derechos aduanales. También pedía el establecimiento de un régimen especial preferencial para los países del Commonwealth. En principio aceptaba la política agrícola común, pero exigía un largo período de transición, entre 12 y 15 años, durante el cual Inglaterra pudiera seguir disponiendo de medios para defender el nivel de sus agricultores. Además, los miembros de la EFTA debían ingresar o asociarse a la Comunidad con todos los derechos.
- 20.-Couve de Murville, op.cit., p. 405
- 21.-De Gaulle, Discours,... , vol. IV., pp. 66-67.
- 22.-Ibid, p. 69
- 23.-Couve de Murville, op.cit., p. 321.

- 24.- Entre 1958 y 1970 el destino de las exportaciones británicas fue: disminuyó un 37,3% su participación en el Commonwealth, con respecto a 1958; en la EFTA pasó del 9,9% al 15,9%; la CEE del 13,9% al 21,8%. En el mismo período el incremento de las exportaciones hacia un mismo destino fue de 30% para el Commonwealth, 109% para EFTA y 116% para la CEE. Humberto Garza Elizondo, "Gran Bretaña - en la Integración de Europa: la ampliación de la CEE y los acuerdos con la EFTA". (En prensa, Fero Internacional, no. 51.)
- 25.-Couve de Murville, op.cit., pp. 416-417
- 26.-Charles de Gaulle, Discours..., vol. V, p. 174
- 27.-Maurice Couve de Murville, Une Politique Etrangère, Paris, Librairie Plon, 1971, 500p., p.301
- 28.-Howard Bliss (ed.) The Political Development of the European Community A Documentary Collection, Waltham, Mass., Blaisdell Publishing Co., 1970, 316p., p.245
- 29.-De Gaulle, Mémoires d'Espoir, vol. 1, p.212
- 30.-Bliss, op.cit., p. 247
- 31.- De hecho en 1966 de Gaulle afirma que la agrupación económica, si "algún día" debía ser complementada con una integración política, ésta no sería válida ni sólida sino hasta que se estableciera un arreglo entre las dos mitades de Europa.
- 32.-Simon Serfaty, France, de Gaulle and Europe, Baltimore, the Johns Hopkins Press, 1962, 176p., p.138.
- 33.-Alfred Grosser, La Politique Extérieure de la Ve République. Paris, Editions du Seuil, 1967, 190p., p.91
- 34.-Couve de Murville, op.cit., p. 241
- 35.-Ibid., p. 257
- 36.-Grosser, op.cit., p. 95.
- 37.-Fritz Erlar, "La République Fédéral, la Communauté Economique Européenne et la solidarité atlantique", en Politique Etrangère, vol. 29, nos. 5-6, pp.433-444, p. 443.

- 38.-Charles de Gaulle, Discours et Messages, Francois Goguel Ed., Paris, Librairie Plon, 1970, 5 vols., vol. IV, p. 230.
- 39.-De Gaulle, Discours..., vol. IV, p. 340
- 40.- Willy Brandt mantendrá siempre esta postura: "Para el futuro previsible Europa occidental tendrá que permanecer militarmente ligada a Estados Unidos. "Willy Brandt, "Germany's "Westpolitik", Foreign Affairs, vol. 50, no.3, a -- bril de 1972, pp. 416-426, p. 420
- 41.-Pierre Viannson-Ponté, Histoire de la République Gaulloienne, Paris, Ed. Fayard, 1971, 2 vols., p. 327
- 42.-Charles de Gaulle, Mémoires de l'Espoir, vol. 1, p. 213.
- 43.- Robert Guidi presenta una exposición bastante minuciosa de esta estrategia nuclear. Ver: Robert Guidi, "Une politique de défense contre le risque d'un conflit nucléaire", Politique Etrangère, vol. 26, nos. 5-6, 1961, pp. 377-396. Ver también: Pierre M. Gallois, "La nouvelle stratégie américaine et ses contradictions", Politique Etrangère, vol. 26, no. 4, 1961, pp. 320-326.
- 44.-Jacques Vernant, "Armement nucléaire français ou force de frappe européenne", Politique Etrangère, vol. 24, no.6, 1959, pp.591-604, p. 602.

CAPITULO IV

- 1.-Couve De Murville, op.cit., p. 45
- 2.-De Gaulle, Discours, vol. III, p. 219
- 3.-Ibid., p. 198
- 4.-Couve de Murville, op.cit., p. 52.
- 5.- Henry A. Kissinger, "NATO evolution or decline", 1966, en M. Donald Hancock y Bankwart A. Postow, American Foreign Policy in International Perspective, Englewood Cliffs, N. J., Prentice Hall Inc., 1971, 375p., p. 264,.
- 6.-Richard M. Nixon, "Excerpts from the State of the World Message", The New York Times, 26 de febrero de 1971.
- 7.-Couve de Murville, op.cit., p. 33

- 8.- Eisenhower había extendido una red de defensas aliadas por todo el mundo, CENTO en Medio Oriente, SEATO en Asia y OTAN en Europa. Francia formaba parte de las dos últimas.
- 9.- Entre todos los autores consultados sólo Schoenbrun habla de la existencia de una respuesta secreta de Eisenhower, con fecha del 20 de octubre, de cualquier modo en esencia negativa. No obstante, insistía en que era necesario mantener la Alianza y su sistema de consultas. A cambio proponía la formación de un comité tripartita de acción en África. Foster Dulles fue el encargado de plantear esta posibilidad, que aparentemente de Gaulle aceptó, sin embargo, nunca se hizo efectiva. Ver: David Schoenbrun, The Three Lives of Charles de Gaulle, Nueva York, Atheneum, 1968, 393., p. 338.
- 10.-De Gaulle, Mémoires d'Espoir, vol. I., p. 216
- 11.-Ibid., p. 226
- 12.-Couve de Murville, op.cit., p. 58.
- 13.- Nos referimos específicamente al "plan Herter" que proponía, sin precisar el mecanismo, un control colectivo de la Alianza sobre las armas nucleares a su disposición; y al "Plan Norstad" que sugería, además, la instalación de un número considerable de armas estratégicas en Europa.
- 14.-De Gaulle, Mémoires d'Espoir, vol. 1, p. 227.
- 15.-Schoenbrun, op.cit., p. 321
- 16.- Si bien de Gaulle apoyó incondicionalmente el bloqueo norteamericano a Cuba en octubre de 1962, el hecho de que la decisión se hubiera tomado sin previa consulta con los aliados occidentales, era evidencia suficiente del carácter limitado y subordinado de la Alianza Atlántica.
- 17.-De Gaulle, Discours, vol. IV., p. 79.
- 18.- Kissinger, op.cit., p. 267. Theodore Sorensen afirma que John Kennedy estimuló al movimiento que se había iniciado en Bonn para lograr que la ratificación del tratado estuviera acompañada por un preámbulo al mismo que reafirmara la adhesión de Alemania a la OTAN y a la unidad atlántica en general. Estados Unidos desaprobaba la exclusividad del tratado y su celebración al margen de OTAN.

- 19.-Philip Seyelin, Lyndon B. Johnson and the World, Nueva Jersey, Frederick Praeger, Pub., 1966, 309p., p. 161. No obstante, el mismo autor señala que el Presidente norteamericano no era muy favorable a la MLF, principalmente porque no deseaba crearse problemas en Europa.
- 20.- Aun así, Estados Unidos insistió en que el proyecto del tratado de no proliferación incluyera una cláusula que dejara abierta la puerta a la creación de una fuerza nuclear en Europa. Entre 1965 y 1966, Johnson consideró que la campaña en apoyo de la MLF sería un obstáculo para su política de "lanzar puentes" con el bloque oriental.
- 21.- Para una crítica de este aspecto de la política de Gaulle véase: Maurice Bertrand, Pour une Doctrine Militaire Française, París, Ed. Gallimard, 192p. El autor parte de las preguntas: ¿Para formar un ejército hay que destruir una nación? y plantea el problema en términos de nacionalismo. Según él la amenaza de la independencia estaba representada por una decadencia económica y científica más que por una inferioridad militar relativa. Propone, entonces, que el aparato militar francés se mantenga en un nivel mínimo y dentro de los márgenes de las fuerzas de la Alianza Atlántica. El problema reside entre un nacionalismo cerrado y un nacionalismo "abierto".
- 22.-Charles de Gaulle, Mémoires d'Espoir, vol. 1, p. 228
- 23.-De Gaulle, Discours, vol. IV., p. 356
- 24.-Kissinger, op.cit., p. 264
- 25.- Alexander Kowalkowski, "Pour une Europe Indépendante et Réunifiée", Politique Etrangère, vol. 28, no. 3, 1963, pp. 195-220-, p. 201. Ver también del mismo autor, "Arguments pour une initiative française", Politique Etrangère, vol. 29, nos. 5-6, pp. 445-457.
- 26.- El esfuerzo presupuestario francés para la defensa es relativamente grande para tiempos de paz, pero va disminuyendo y en términos comparativos no es tan grande:

§ con relación al PIB

	1965	1966	1967
Inglaterra	6.3	6.0	5.7
Francia	5.6	5.4	5.3
RFA	4.4	4.8	4.3

	1965	1966	1967
Italia	2.9	2.9	2.9
Suecia	4.4	4.2	3.9
Japón	1.3	1.0	0.9

Esto se explica en virtud de que el esfuerzo atómico se llevó a cabo a expensas de otros sectores de la defensa convencional, y mientras se mantenga esta opción el crecimiento económico en su conjunto no tiene por qué verse afectado. Además el programa militar financia una buena parte del equipo científico e industrial del país. Ver: P. Ganev y J. Klein, "Puissances Moyennes et armement nucléaire, Politique Étrangère, vol. 34, nos. 5-6, 1969, pp. 515-546, pp. 529-530.

- 27.- El gobierno de Nixon introdujo una modificación en la estrategia norteamericana en Europa. Las tensiones sociales norteamericanas exigían un cambio de prioridades de la defensa a los problemas internos. La recuperación europea y el sentimiento de que los aliados de Estados Unidos no contribuían de manera justa a los gastos de su propia defensa, sumados a la carga presupuestaria que supone el mantenimiento de tropas en el exterior y a la experiencia traumática de Vietnam, fueron elementos que se conjugaron en favor de una tendencia hacia la reducción de los compromisos militares en Europa. La única alternativa parece ser una estructura europea de disuasión nuclear a gran escala, que reafirme el apoyo OTAN y la integración europea. Actualmente se habla de la creación de un contingente nuclear táctico y estratégico que complementa las fuerzas convencionales. Es decir, se registra una vuelta a la idea original de la MLP.

28.- Couve de Murville, op.cit., p. 75

29.- De Gaulle, Discours, vol. V, p. 19

- 30.- Henry Kissinger, consejero del Presidente Nixon, afirmó en 1966 que "En bien del interés nacional tenemos que atribuir un mayor grado de responsabilidad a los europeos." Y apoyaba la tesis del General de Gaulle al añadir, "... para Estados Unidos sería más fácil tratar con una Europa confederada que con un Estado europeo unitario", criticando el hecho de que hasta entonces los norteamericanos sólo habían apoyado la unificación continental del tipo Jean Monnet. A pesar de la aparente convergencia entre esta posición y la de Gaulle existe una contradicción evidente en la medida en que Kissinger considera que una Europa independiente podría contravenir los intereses norteamericanos.

"Si Europa se une no será para compartir las responsabilidades que le designe Washington, sino para reivindicar una concepción autónoma, sino diferente, de las relaciones internacionales. Es el principio: se divide y gobierna. Kissinger, op.cit., pp. 267-268.

- 31.- El tema es materia de amplia discusión, sin embargo - dadas las limitaciones del trabajo nos referiremos única - mente a algunos de sus aspectos. Para mayor información y análisis del problema ver: Christopher Layton, L'Europe et les Investissements Américains, París, Ed. Gallimard, 1968, 254p.; Ernest Mandel, El Mercado Común Europeo y la Competencia Europa Estados Unidos, La Habana, Instituto del Libro, 1970, 159p.; Jean Jacques Servan-Schreiber, El Desafío Americano, Santiago, Editora ZIGZAG, S. A., 1968, 327p.
- 32.- Hasta 1950 el valor de la inversión norteamericana directa en Europa era de 1.700 millones de dólares, pero para 1959 había aumentado a 5.300 millones, es decir, un aumento de casi el 200%. Emile Bénéoit, Europe and Sixes and Sevens, The Common Market, The Free Trade Association and the United States, Nueva York y Londres, Columbia University Press, - 1961, 287p., p. 194.
- 33.- Las filiales de las firmas norteamericanas controlan - el 80% de la fabricación de las máquinas electrónicas de - cálculo, el 24% de la producción automovilística, el 15% de la producción de caucho sintético y el 10% de la producción petrolera. Mandel, op.cit., p. 23.
- 34.- El capital francés requiere más protección --a través de la imposición de barreras institucionales y aduanales -- que, por ejemplo, el alemán frente a la competencia del capital norteamericano, británico y japonés. En 1955 Francia exportó mercancías por 4.800 millones de dólares, Alemania en el mismo año registró por el mismo concepto 6.100 millones de dólares. En 1967 esa cantidad en Francia se había a l e v e d a d o l l 4 0 0 m i l l o n e s, mientras que en Alemania ascendió a 21.700. En 1966 Estados Unidos exportó máquinas y vehículos por valor de 10.000 millones de dólares, Mandel, op.cit., p. 59.
- 35.-Layton, op.cit., p. 63

Inversiones Directas de Estados Unidos en el exterior
(millones de dólares)

	1950	1962	1964
Mercosudn	637	3722	5 306
Francia	217	1 030	1 437

	1950	1962	1964
Alemania	204	1 476	2 077
Inglaterra	847	3 824	4 550

Fuente: Department of Commerce. Citado en Layton, op.cit., p. 230.

- 36.- Este fracaso de la política degaullista resultó en el afianzamiento del monopolio norteamericano de computadoras en Europa. En 1966 Washington intentó retardar la fabricación de una bomba francesa de hidrógeno, prohibiendo la exportación del mayor cerebro electrónico: Control Data 6 000 a Francia.
- 37.- En la inmediata posguerra la balanza de pagos norteamericana registraba un superávit de alrededor de 7 500 millones de dólares anuales, de los cuales 5 600 financiaban gastos en el exterior y 1 900 inversiones directas. Esto permitió incrementar las reservas de oro del gobierno norteamericano hasta fines de la década de los cincuenta. A partir del inicio de la guerra de Corea el elevado ritmo de actividad y los altos niveles de ocupación le restaron competitividad y la economía que fue perdiendo la capacidad que antes le otorgaba el superávit de que disponía.
- | | 1947-49 | 1950-57 | 1960-64 | 1971 |
|--------------------|---------|---------|---------|------|
| Saldo de Superávit | 7.4 | 2.2 | 5.2 | -2.8 |
| Balanza de Pagos | 1.0 | -1.5 | -0.7 | -9.3 |
- Apuntes del curso de Comercio Internacional, Mtro. Manuel Armendáriz, marzo-junio 1972.
- 38.- De Gaulle atribuye a esta transferencia de la inversión norteamericana al menos parcialmente, el déficit presupuestario francés de 1962 y la euforia inflacionista que se apoderó del sector público y privado en ese año. De Gaulle, Mémoires de Gaulle, vol. 2, pp. 202-207.
- 39.- De Gaulle, Discours, vol. IV., p. 333. En mayo de 1958 las reservas francesas de oro y divisas habían descendido a 630 millones de dólares, en 1966 era de 5 mil millones y medio. Y la deuda externa había pasado de 3 mil millones a 450. De Gaulle, Discours, vol. V, p. 11
- 40.- No obstante, los acontecimientos de mayo de 1968 provocaron salidas muy importantes de capital, en virtud de la exportación de capitales nacionales y de la venta de valores franceses en manos de extranjeros. El control de cambios que impuso el gobierno del 29 de mayo al 4 de septiembre no bastó para impedir esos movimientos, que redujeron a una tercera parte las reservas monetarias del país. Entonces Francia se vio obligada a utilizar los derechos especia-

les de giro que le brindó el FMI para evitar una devaluación. Para una exposición más detallada de este problema y de sus desarrollos ulteriores ver: Jacques Rueff, la Pêche Ronçatoire de l'Occident, París, Librairie Plon, 1971, 282p. y Guy Berger, "Les conflits internationaux nés de la crise monétaire," Révue Française de Science Politique, - vol. XXII, no. 2, abril de 1972, pp. 348-358.

- 41.-De Gaulle, Mémoires d'Espoir, vol. 1, p. 221
- 42.- De Gaulle, Discours, vol. IV, pp. 355-356. Francia - siempre mantuvo relaciones con el gobierno cubano, a pesar de su apoyo a la política norteamericana de octubre de 1962, nunca se sumó a la posterior política de bloqueo.
- 43.- Al hablar de Gaulle en sus Memorias de la nueva política francesa afirma que como una primera manifestación de independencia, su gobierno se mantuvo al margen del desembarco que efectuaron Estados Unidos e Inglaterra en el Líbano en julio de 1958. Sin embargo, Schoenbrun señala que uno de los objetivos de la visita de Foster Dulles a París en ese mismo mes fue sondear la actitud francesa ante esa decisión. Aparentemente el general apoyó la operación. "Si la defensa de los intereses de occidente en Medio Oriente - así lo exige Francia también estará presente." Schoenbrun, op.cit., p. 299. Todo parece sugerir que aunque aprobaba la acción no participó en ella dada la actualidad del conflicto de Argelia y el temor a despertar la hostilidad de todo el mundo árabe, en particular la de Egipto. Esto luego --- le sirvió como un elemento más para presentarse como el campeón de la independencia nacional.
- 44.- Aun así, 1961 era todavía un año difícil para Francia y a pesar de que esta decisión manifestara una voluntad de independencia De Gaulle no quería dirigir una agresión demasiado directa contra la política norteamericana. El 11 - de abril del mismo año decía: "Las reuniones de Naciones Unidas ya no son más que reuniones tumultuosas y escandalosas y no hay manera de organizar un debate objetivo: están plagadas de ultrajes, en particular de los comunistas contra el mundo occidental." De Gaulle, Discours, vol. III, p. 296.
- 45.-Alfred Grosser, op. cit., p. 65.
- 46.-Viansson-Ponté, op.cit., p. 79

- 47.- Los acuerdos de Ginebra habían puesto fin a la guerra de Indochina en 1954, al reconocer la independencia total de Vietnam, Laos y Camboya. El primero quedaba provisoriamente dividido, su reunificación se efectuaría dos años después, luego de que se hubieran celebrado elecciones libres en ambas partes del país. Todas las tropas francesas serían evacuadas en un plazo determinado. Los tres nuevos Estados se comprometían a desarrollar una política neutralista y a no recibir ninguna ayuda militar del exterior, salvo francesas y muy limitada. La Unión Soviética y China firmaron los acuerdos, pero Estados Unidos sólo se comprometió a respetarlos.
- 48.- De Gaulle, Discours, vol. V, p. 77. Un artículo de James Reston en el New York Times afirmaba que el descontento de las autoridades norteamericanas ante esta declaración se debía a que Dean Rusk había enviado un mensaje a Couve de Murville antes de que saliera hacia el continente asiático, en el que proponía una solución para la evacuación de las tropas norteamericanas de Vietnam y solicitaba al general de Gaulle que convenciera a Sihanouk para actuar como intermediario ante Hanoi. Petición de la cual aparentemente de Gaulle hizo caso omiso. Viansson-Ponté, op.cit., p.227.
- 49.- Viansson, op.cit., p. 74
- 50.- Ibid., p. 329. Durante el conflicto de Argelia, Francia consideraba a todos los árabes como sus adversarios, y en consecuencia, a los israelíes como sus aliados. Esto había llevado a identificar los intereses del Estado de Israel con los franceses, y se había traducido en una venta masiva de armamento y en una íntima colaboración militar. Entre 1958 y 1962, sin embargo, el gobierno gaullista firmó los Acuerdos de Zurich con Egipto que ponían fin a los problemas derivados de la nacionalización de las propiedades francesas intervenidas en 1955. A partir de entonces se buscó que las relaciones con Israel fueran más mesuradas, así como poner fin a la anterior identificación de intereses. Ver: Guy Peuer, "La politique de la France", Revue Française de Science Politique, vol. XIX, no. 2, abril de 1969, pp. 414-428.
- 51.- Viansson-Ponté, op.cit., p. 331.

- 52.- El 24 de julio de 1967 de Gaulle lanzó en Montreal el ¡Viva Québec Libre! que es la contraseña de los separatistas canadienses. La reacción en Washington fue de violenta indignación, en Londres de irritación, mientras que los franceses se mostraron estupefactos y la prensa toda muy crítica. Todavía el 27 de noviembre ante una conferencia de prensa el general citó a Paul Valéry al mencionar el incidente: "Esta Canadá francesa afirma nuestra presencia en el continente americano." De Gaulle, Discours, vol. V., p. 240
- 53.- De Gaulle, Mémoires d'Espoir, vol. 1, p. 224
- 54.- Según Couve de Murville de Gaulle deseaba entrevistar se primero con sus aliados occidentales y luego con Jrushov, antes de que se celebrara la conferencia cumbre programada para el mes de mayo. Buscaba que los occidentales presentaran un frente común, además "quería ir conociendo" al Premier soviético.
- 55.- De Gaulle, Discours, vol. III p. 194
- 56.- Couve de Murville, op.cit., p. 185. Entre los factores que impulsaron a Jrushov a optar por una medida tan riesgosa está el hecho de que la colectivización de la agricultura y la implantación de controles políticos más estrictos en Alemania Oriental, estaban provocando una multiplicación del flujo de refugiados hacia occidente. Además el fracaso de la administración Kennedy en Playa Girón le hizo pensar que disminuía el peligro de una confrontación.
- 57.- Couve de Murville, op.cit., p. 185
- 58.- Thomas W. Wolfe, Soviet Power and Europe, 1945-1970, Baltimore y Londres, The Johns Hopkins Press, 1970, 534p. p. 96.
- 59.- Provocada por el emplazamiento de misiles soviéticos en territorio cubano. El 22 de octubre de 1962 el Presidente Kennedy anunció la imposición de un bloqueo a los barcos soviéticos que se dirigieran al Caribe.
- 60.- La tasa de crecimiento de la economía soviética había sufrido un descenso del 6 al 10% de la década anterior al 3% en 1962-1963, debido, en parte, al demastre agrícola de 1963. Además Jrushov se veía obligado a responder a las

presiones que sobre él ejercía el ascendente nivel de los consumidores y, en consecuencia, a reducir los gastos militares. La decisión de promover el crecimiento del sector civil de la economía exigía una actitud más conciliatoria en la política exterior.

- 61.- Zbigniew K. Brzezinski, "The Soviet Bloc, The Common Market and France", en France and the European Community, Sidney Nettleton Fisher, (ed.), USA, Ohio State University Press, 1964, 176p., p. 141.
- 62.- Ibid., p. 144.
- 63.- Ibid., p. 160.
- 64.- Ibidem.
- 65.- Wolfe, op.cit., p. 116.
- 66.- Cuando el general de Gaulle hizo pública su decisión de retirarse de OTAN y de las prerrogativas militares de Estados Unidos en territorio francés, la Unión Soviética envió una felicitación al Presidente de Francia "por su realismo" en esta iniciativa por recuperar la soberanía nacional. Wolfe, op.cit., p. 289, "La Unión Soviética da la bienvenida a las aspiraciones francesas para desempeñar su propio papel independiente en la arena mundial y europea, un papel que merece la grandeza de su pueblo." K. Lavrov, "The Soviet-French cooperation", International Affairs, no. 4, 1969, pp. 24-30, p. 30.
- 67.- En julio de 1966 se realizó la Conferencia de Bucarest de los países del Pacto de Varsovia. En ella además de que se habló de una reorganización del mismo y de la hegemonía de la línea soviética de política exterior para todos los países del bloque socialista, se determinó seguir una política de "buen vecino" hacia los países de Europa occidental. Su declaración final hablaba de reducir al mínimo las alianzas militares del continente, pedir el desmantelamiento de las bases extranjeras, el reconocimiento de las fronteras europeas de la posguerra y evitar que Alemania occidental tuviera acceso a los armamentos nucleares. Como punto último proponía la celebración de una conferencia europea de seguridad y cooperación.
- 68.- Wolfe, op. cit., p. 290.

69.-Couve de Murville, op.cit., p. 227

70.- Esta política de construir una "Europa europea" fue muy bien expresada por Edgar Faure el 1º de diciembre de 1965. "Se debe más aún considerar con todo el interés que ello amerita el problema de los países de Europa central, que suman 118 millones de habitantes, y que buscan escape a la situación anormal derivada de la política estalinista. Obviamente debemos evitar una construcción política inmediata de la 'Pequeña Europa' que frene esta operación". Jerzy Lukaszewski, "Eastern Integration and the Peoples' Democracies", Foreign Affairs, vol. 46, no. 2, enero de 1968, pp. 377-387, p. 377. Según un autor soviético el imperialismo de Europa occidental se había fortalecido: "...ciertas fuerzas políticas y económicas imprimen a los 'Slogans' de 'Cooperación Europea' y 'Unidad Europea' un contenido imperialista, antisocialista y antidemocrático". I. Inosentsev "Some urgent problems of European Security", -- International Affairs, no. 6, 1968, pp. 68-71, p. 71.

71.- El 24 de agosto de 1968 Francia acusó a la Unión Soviética de utilizar el Pacto de Varsovia como un instrumento imperialista. Las fuerzas navales y aéreas francesas volvieron a cooperar con el comando de OTAN en el Mediterráneo, y en 1969, tal y como lo había anunciado, confirmó su adhesión al Pacto Atlántico.

BIBLIOGRAFIA

- ARON, Raymond, "Réflexions sur la politique et la science politique française", Révue Française de Science Politique, Vol. V, no. 1, enero-marzo 1955, pp. 6-12.
- Immuable et Changeante.
 Paris, Calmann-Lévy Ed., 1959, 265p.
- France, the New Republic.
 Londres, Stevens and Sons Ltd., 1960, 114p.
- Paix et Guerre entre les Nations.
 Paris, Calmann, Lévy, 1962, 793p.
- BARRERA, Jean, "A propos de l'unifications européenne", Politique Etrangère, vol. 34, no. 3, 1969, pp. 317-347.
- BENETON, Philippe y Jean Touchard, "Les interprétations de la crise mai-juin 1968", Révue Française de Science Politique, vol. XX, no. 3, junio 1970, pp. 503-543.
- BENOIT, Emile, Europe at Sixes and Sevens: The Common Market, The Free Trade Association and the United States.
 Nueva York, Columbia University Press, 1961, 287p.
- BERGER, Guy, "Les conflits internationaux nés de la crise monétaire", Révue Française de Science Politique, vol. XXII, no. 2, abril 1972, pp. 348-358
- BLISS, Howard, (ed.), The Political Development of the European Community: A Documentary Collection.
 Waltham, Mass., Blaisdell Publishing Co., 1970, 316p.
- BON, Frédéric, "Le référendum d'avril 1969: suicide politique ou nécessité stratégique?", Révue Française de Science Politique, vol. XX, no. 2, abril 1970, pp. 205-223.
- BRZEZINSKI, Zbigniew, "The framework of East-West reconciliation", Foreign Affairs, vol. 46, no. 2, enero 1968, pp. 256-275.
- BUCHAN, Alastair, "Les Etats-Unis et l'Europe", Politique Etrangère, vol. 28, no. 3, 1963, pp. 181-194.
- BUTLER, William F. y John V. Deaver, "Gold and the dollar", Foreign Affairs, vol. 46, octubreal 1967, no. 1, pp. 181-192.
- CLEVELAND, Harlan, "NATO after the invasion", Foreign Affairs, vol. 47, no. 2, enero 1969, pp. 251-265

- CLEVELAND, Harold van B., "The Common Market after de Gaulle", Foreign Affairs, vol.47, no.4, julio 1968, pp.697-710
- CONQUEST, Robert, "The limits of "Détente", Foreign Affairs, vol. 46, no.4, julio 1968, pp.733-742.
- COUVE DE MURVILLE, Maurice, Une Politique Etrangère.1958-1969. Paris, Librairie Plon,1971,499p.
- CHARLOT, Jean, Le Gaullisme. Paris, Librairie Armand Colin, 1970,221p.
- CHURCH, Frank, "U.S. Policy and the new Europe", Foreign Affairs, vol. 45,no.1, octobre 1966,pp.49-57.
- DE GAULLE, Charles, Le Fil de l'Épée. Paris, Ed. Berger-Levrault, 1961, 159p. 1a.ed.1932.
- , Mémoires de Guerre. Paris, Librairie Plon, 1954, 3 vols.
- , Mémoires d'Espoir. Paris, Librairie Plon, 1970, 2 vols.
- , Discours et Messages. Paris, Librairie Plon, 1970, 5 vols.
- DE LA SERRE, Françoise, "La Communauté Economique Européenne et la crise de 1965", Revue Française de Science Politique, vol. XXI, no. 2, abril 1971,pp.402-420.
- DEUTSCH, Karl W., El Análisis de las Relaciones Internacionales. Buenos Aires, Editorial Paidós, 1968,243p.
- DIEBOLD, William, "La nouvelle phase de l'intégration européenne", Politique Etrangère, vol. 29,no.1,1964,pp.5-32.
- DUVERGER, Maurice, La Cinquième République. Paris, Presses Universitaires de France, 1963,255p.
- ERLER, Fritz, "La République Fédérale, la Communauté Européenne et la solidarité atlantique", Politique Etrangère, vol. 29, nos.5-6, 1964,pp. 433-44.
- FAUVET, Jacques, Le IVe République. Paris, Club des libraires de France,1960,307p.
- FELD, Werner, The European Common Market and the World. Englewood Cliffs, Nueva Jersey, Prentice Hall Inc., 1967,184 p.

- FINER, Herman, The Major Governments of Modern Europe. Nueva York, Harper and Row Publishers, 1962, 732p.
- FONTAINE, André, "What is french policy?", Foreign Affairs, vol. 45, no.1, octubre 1966, pp.58-76.
- GALLOIS, Pierre M., "La nouvelle stratégie américaine et ses contradictions", Politique Etrangère, vol.26, 1961, no.4, pp.320-326.
- GENEVY P. y J. Klein, "Puissances moyennes et armement nucléaire", Politique Etrangère, vol. 34, nos. 5-6, 1969, pp.515-546.
- CEVELIN, Philip, Lyndon B. Johnson and the World. Nueva Jersey, Frederick Praeger Pub., 1966, 309p.
- GOGUEL, Francois y Alfred Grosser, La Politique en France. Paris, Librairie Armand Colin, 1964, 293p.
- GROSSER, Alfred, La IVe République et sa Politique Extérieure. Paris, Librairie Armand Colin, 1961, 438 p.
- , La Politique Extérieure de la Ve République. Paris, Ed. du Seuil, 1965, 190 p.
- GRUPE Allemand du CEPES, "Balances et Perspectives de l'intégration économique européenne", Politique Etrangère, vol.26, no.1, 1961, pp.48-56
- GRUPE d'Etudes, "La Réduction équilibrée des forces et l'aménagement de la sécurité en Europe dans le contexte politique actuel", Politique Etrangère, vol. 35, no.5, 1970, pp.499-516.
- GUIDI, Robert, "Une politique de défense contre le risque d'un conflit nucléaire", Politique Etrangère, vol.26, nos.5-6, 1961, pp.378-399.
- HANCOCK, Donald M. y Dankwart A. Rustow, American Foreign Policy in International Perspective. Englewood Cliffs, N. J., Prentice Hall Inc., 1971, 375 p.
- INOZEMTSEV, I., "Some urgent problems of european security", International Affairs, no.6, 1968, pp.68-71.
- JENSEN, Finn B., The Common Market. Economic Integration in Europe, Nueva York y Filadelfia, J.B. Lippincott, 1965, 278 p.

- KAPLAN, Morton A., System and Process in International Politics, Nueva Jersey, John Wiley and Sons Inc., 1957, 283 p.
- KAWALKOWSKI, Al., "Arguments pour une initiative française", Politique Etrangère, vol. 29, nos. 5-6, 1964, pp. 445-457
- , "Vers la fin d'une double hégémonie", Politique Etrangère, vol. 29, no. 3, 1964, pp. 260-282.
- , "Pour une Europe indépendante et réunifiée", Politique Etrangère, vol. 28, no. 3, 1963, pp. 195-220.
- LANCELOT, Alain y Pierre Weill, "Les français et l'unification politique de l'Europe, d'après un sondage de la Sofres", Revue Française de Science Politique, vol. XX, no. 1, febrero 1969, pp. 145-170.
- LAYTON, Christopher, L'Europe et les Investissements Américains, Paris, Ed. Gallimard, 1968, 254 p.
- LAVROV, K., "The Soviet-French cooperation", International Affairs, no. 4, 1969, pp. 24-30.
- LEVI, Mario, "L'Agriculture française dans le Marché Commun", Politique Etrangère, vol. 26, no. 3, 1961, pp. 262-279.
- , "Les difficultés d'application du Traité de Rome", Politique Etrangère, vol. 26, no. 1, 1961, pp. 57-62.
- , "La Grande Bretagne et l'Europe", Politique Etrangère, vol. 34, no. 3, 1969.
- LUKASZEWSKI, Jerzy, "Western Integration and the People's Democracies", Foreign Affairs, vol. 46, no. 2, enero 1968, pp. 377-387.
- MACRIDIS, Roy C. y Bernard E. Brown, The de Gaulle Republic: Quest for Unity, Homewood, Illinois, The Dorsey Press, Inc., 1960, 450 p.
- , De Gaulle. Implacable Ally, Nueva York y Londres, Harper and Row Pub., 1966, 242 p.
- MANDEL, Ernest, El Mercado Común Europeo y la Competencia Europa-Estados Unidos, La Habana, Instituto del Libro, 1970, 159 p.
- MARCHAL, André, "Les problèmes du Marché Commun", Politique Etrangère, vol. 35, no. 1, 1970, pp. 5-54.
- MASSIP, Roger, De Gaulle et l'Europe, Paris, Flammarion, 1963, 204p.

- MORGENTHAU, Hans, La Lucha por el Poder y por la Paz, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1963, 754 p.
- METTLETON, Sidney, (ed.), France and the European Community, USA, Ohio State University Press, 1964, 176 p.
- Nobel Symposium XVII. Small States in International Relations, Canada, 14-16 de septiembre 1970.
- SENGER und Etterlin, F. von, "Le rôle du pouvoir politique dans le domaine de la défense", Politique Etrangère, vol.24, no.6, 1959, pp.581-586.
- SHULMAN, Marshall D., "Europe versus 'Détente'", Foreign Affairs, vol. 45, no.3, abril 1967, pp.389-402.
- SERFATY, Simon, France, de Gaulle and Europe, Baltimore, The Johns Hopkins Press, 1968, 176 p.
- SEYDOUX, Francois, "Le traité franco-allemand", Politique Etrangère, vol. 28, no.6, 1963, pp.449-458.
- SOUSTELLE, Jacques, Veintiocho Años de Gaullismo, Madrid, Ibérico-Europeas de Ediciones, S. A., 431 p.
- VERNANT, Jacques, "Armement nucléaire français ou force de frappe européenne", Politique Etrangère, vol. 24, no.6, 1959, pp.591-604.
- VERNANT, Jacques, "Fondements et buts de la politique extérieure française", Politique Etrangère, vol. 28, no.6, 1963, pp.459-466.
- , "Le général de Gaulle et la politique extérieure", Politique Etrangère, vol.35, no.6, 1970, pp.619-629.
- VIANSSON-PONTE, Pierre, Histoire de la République Gaullienne, Paris, Ed. Fayard, 1971, 2 vols.
- WEBER, Max, Economía y Sociedad. Esbozo de Sociología Compreensiva, México, Fondo de Cultura Económica, 1969, 2 vols.
- WERTH, Alexander, De Gaulle: A Political Biography, Middlesex, Inglaterra, Penguin Books, 1965, 391 p.
- WILLMANN, Joachim, "L'amitié franco-allemande et l'Europe", Politique Etrangère, vol. 28, no.1, 1963, pp.33-43.
- WOLFE, Thomas, Soviet Power and Europe, 1945-1970, Baltimore y Londres, The Johns Hopkins Press, 1970, 534 p.